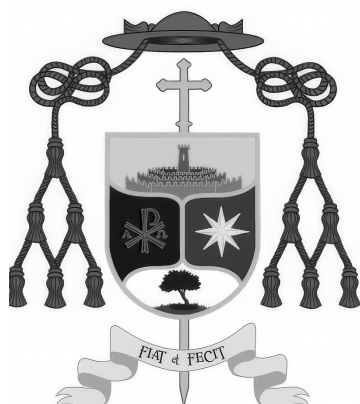


DIÓCESIS DE CIUDAD RODRIGO



BOLETÍN OFICIAL

Año 139 Julio - Diciembre 2025

Imprime: *Kadmos S.L.*
C/ Río Ubierna, 12, 14
37003 Salamanca

Impreso en España
Depósito Legal: S — 857 - 1990

SUMARIO

1. IGLESIA DIOCESANA

Sr. Obispo

Notas y documentos

Mensaje a la comunidad diocesana ante los sucesos de Torre Pacheco	203
Carta a la comunidad diocesana tras los incendios en Salamanca.....	205
Iniciamos un nuevo curso	206
Los cristianos amamos la vida.....	209
Tú también puedes ser santo.....	211
Feliz y Santa Navidad Cristiana	213

Homilías

Homilía en la fiesta de la Virgen del Rosario	217
Homilía en el retiro del arciprestazgo de Campo Charro	220
Homilía en la festividad de la Virgen del Pilar.....	225
Homilía en el retiro del arciprestazgo de Yeltes	228
Homilía en el Jubileo de las Hermanitas de los ancianos desamparados	231
Homilía en la festividad de la Inmaculada Concepción	234
Homilía en la convivencia del presbiterio diocesano	237
Homilía en la clausura del Jubileo de la Esperanza.....	242

Carta pastoral

Descubriendo la espiritualidad sinodal.....	247
---	-----

2. SECRETARÍA

Decretos - Nombramientos - Consejos

Constitución del Colegio de Consultores259

Nombramientos260

3. ADMINISTRACIÓN, OBRAS Y PATRIMONIO

**Administración diocesana - Comisión diocesana de Obras -
Delegación de Patrimonio**

Circular a los párrocos con motivo del cierre económico 2025 ...261

Informe de intervenciones Julio-Diciembre de la Comisión
diocesana de Obras263

Estadística de visitantes del programa de apertura de monumentos
de verano 2025.....265

4. VICARÍAS

Vicaría de Pastoral

Objetivo Pastoral 2025-2026267

5. CRÓNICA DIOCESANA

Crónica diocesana279

6. IGLESIA EN ESPAÑA

Resumen de la 128ª Asamblea plenaria de la Conferencia

Episcopal Española.....	285
Resumen de la 270ª Comisión permanente de la Conferencia	
Episcopal Española	291

7. IGLESIA UNIVERSAL

Papa León XIV

Exhortación apostólica ‘Dilexi te’ del Santo Padre León XIV sobre el amor hacia los pobres	297
Carta apostólica ‘Diseñar nuevos mapas de esperanza’ del Santo Padre León XIV con motivo del LX aniversario de la Declaración conciliar Gravissimum Educationis	364
Homilía del Santo Padre León XIV en el Jubileo de los jóvenes	380
Homilía del Santo Padre León XIV en el Jubileo de los equipos sinodales y de los órganos de participación	384
Homilía del Santo Padre León XIV en la Solemnidad de la Natividad del Señor	388

8. EN LA PAZ DEL SEÑOR

Rvdo. D. Luis Durán Sánchez	393
Excmo. y Rvdmo. D. Francisco Gil Hellín.....	394
Rvdo. D. Alfonso Francia Hernández	395

1 IGLESIA DIOCESANA

Sr. Obispo

Notas y documentos

MENSAJE A LA COMUNIDAD DIOCESANA ANTE LOS SUCESOS DE TORRE PACHECO

(Publicado en www.diocesisciudadrodrigo.org - 16 de julio de 2025)

Como Iglesia que camina en la Diócesis de Ciudad Rodrigo, queremos unirnos al grito de todas las personas de buena voluntad, de las comunidades cristianas, asociaciones civiles, delegaciones diocesanas de migración, Cáritas diocesanas y al comunicado del Departamento de Migraciones de la Conferencia Episcopal Española. Compartimos la preocupación, el rechazo y la repulsa ante las proclamas y acusaciones que, en estos días, algunos grupos y personas están vertiendo contra los migrantes afincados en nuestro país. Nos duele profundamente que incluso estén pidiendo una expulsión generalizada e inciten a la violencia a través de las redes sociales, provocando enfrentamientos entre migrantes y población local, como lamentablemente está sucediendo estos días en Torre Pacheco (Murcia) y en otros lugares de nuestra geografía.

Queremos reconocer y agradecer que, en nuestra diócesis y provincia, los migrantes están fuertemente integrados. Contribuyen a paliar las consecuencias del envejecimiento de nuestra provincia, pues son, en gran medida, los cuidadores de nuestros mayores en sus hogares, en las residencias y en los hospitales. Atienden a las

personas más vulnerables y asumen trabajos que, muchas veces, no estamos dispuestos a realizar los autóctonos, en la hostelería o en el medio rural. Todo esto, como creyentes, debe suscitar en nosotros un agradecimiento expresado en forma de acogida incondicional, generando espacios de convivencia y así dejarnos contagiar por sus valores, aprender de su generosidad y valentía al salir de su tierra para ayudar a sus familias o huir de la violencia. Esto nos alejará de prejuicios y permitirá rechazar con firmeza cualquier tipo de violencia contra estos hermanos.

Además, no podemos pasar por alto que la presencia de personas migrantes está revitalizando y dando un nuevo impulso a la vida de muchas de nuestras parroquias y comunidades cristianas. Basta mirar los grupos de catequesis y la participación en la Eucaristía para comprobarlo.

Es tiempo de mantenernos vigilantes y de comprometernos a ser cuidadosos en gestos y palabras que construyan, a no darnos vacaciones en la acogida y en la valoración del diferente. Aprovechemos este tiempo de verano para conocer más y mejor a nuestros vecinos migrantes, combatir bulos y prejuicios que alimentan actitudes xenófobas y que, desgraciadamente, conducen a una violencia que se aleja del mensaje de Jesús de Nazaret: «Fui forastero y me hospedasteis» (Mt 25,35).

+ *José Luis Retana Gozalo*
Obispo de Ciudad Rodrigo

CARTA A LA COMUNIDAD DIOCESANA TRAS LOS INCENDIOS EN SALAMANCA

(Publicado en www.diocesisciudadrodrigo.org - 16 de agosto de 2025)

Queridos diocesanos de Ciudad Rodrigo y Salamanca:

Con dolor y preocupación vemos estos días el fuego que asola varias localidades de las queridas diócesis salmantinas. Algunos pueblos, con el consabido susto de sus habitantes, han tenido que ser desalojados o confinados. Compartimos vuestra inquietud, incertidumbre y dolor, y rezamos por vosotros.

Quiero deciros que me uno a vuestro dolor y preocupación. Y conmigo todos los diocesanos de Ciudad Rodrigo y Salamanca. Os transmito mi oración, solidaridad y cercanía. Al mismo tiempo, me ofrezco, y nos ofrecemos, desde las parroquias afectadas, y personas e instituciones diocesanas, para ayudaros en todo lo que necesitéis de nosotros y podamos ofrecer. Sabéis que podéis contar con nuestra ayuda y colaboración.

Llegan a mis oídos las noticias de los gestos de colaboración de muchos de los vecinos, especialmente los jóvenes, que han sacado lo mejor de sí mismos para colaborar con generosidad en la extinción de los fuegos y ayuda de los más frágiles. Veo que las raíces cristianas están arraigadas en nuestros pueblos, y no pocas veces se expresa en estos signos inmensos de humanidad y solidaridad ante las tragedias colectivas. Es grande el corazón de las gentes de nuestra tierra. Gracias.

Asimismo, muestro mi gratitud al cuerpo de bomberos, miembros de protección civil, fuerzas y cuerpos de seguridad del Estado, autoridades provinciales, municipales y autonómicas, UME, Cruz Roja, personal sanitario... por su compromiso, algunas

veces heroico, en este servicio a la ciudadanía, ante estos graves sucesos ecológicos. Os envío mi oración y gratitud.

Todos estos acontecimientos han de servirnos para una conversión al Señor. Por ello termino con estas palabras de León XIV, en su homilía el día 9 de junio, en la santa misa por la custodia de la creación: “Con infinito amor, el único Dios creó todas las cosas, dándonos la vida; por eso san Francisco de Asís llamaba a las criaturas hermano, hermana, madre. Sólo una mirada contemplativa puede cambiar nuestra relación con las cosas creadas y sacarnos de la crisis ecológica que tiene como causa la ruptura de las relaciones con Dios, con el prójimo y con la tierra, a causa del pecado (cf. Papa Francisco, Carta enc. Laudato si’, 66)”.

Supliquemos al Señor que cese este drama, que nos enseñe a cuidar juntos nuestra casa común. Un abrazo y mi bendición a todos los miembros de ambas comunidades diocesana.

+ *José Luis Retana Gozalo*
Obispo de Ciudad Rodrigo

INICIAMOS UN NUEVO CURSO

(Publicado en Iglesia en Ciudad Rodrigo, nº 442 - septiembre de 2025)

El mes de septiembre nos pone en modo “inicio de curso” a todos y para todo. Algunos de nosotros vivimos en marzo nuestra peregrinación jubilar a Roma. En junio tuvimos la hermosa experiencia de vivir los Jubileos Arciprestales, en los que experimentamos, de hecho, que la Iglesia es más grande que los límites de nuestra pequeña parroquia y pudimos confraternizar con muchos de los diocesanos de nuestro arciprestazgo, lo que nos causó no poca alegría.

Afrontar un nuevo curso pastoral en nuestra Diócesis, significa un reto y una oportunidad, un don y una tarea, un impulso y un esfuerzo. Es, en definitiva, el ejercicio de apoyarnos en lo descubierto a lo largo de la vida pastoral de la Iglesia local y universal, y así seguir haciendo camino hacia el Reino a la luz del Espíritu Santo.

Este curso hemos propuesto, en el Consejo Presbiteral y en el Consejo de Pastoral, incidir sobre la espiritualidad con el objetivo de estimular y desarrollar la experiencia teologal. Pese a las sombrías previsiones sobre el fin de la religión, nuestro tiempo está lleno de movimientos espirituales que demuestran la vitalidad del sentido religioso en el mundo actual y, particularmente, en la Iglesia.

El renovado interés espiritual de nuestra época brota de profundas exigencias de autenticidad, de dimensión religiosa, de interioridad y libertad, que no satisface la sociedad consumista en la que vivimos. El hombre de hoy rompe la coraza represiva que le impone la sociedad, blandiendo las aspiraciones más radicalmente insertas en su ser. Sentimos una necesidad de ofrecer al mundo moderno un "suplemento del alma" que permita al hombre evitar ser aplastado por sus propias producciones y encontrarse a sí mismo auténticamente.

La espiritualidad en clave sinodal, en la que vamos a incidir en el objetivo diocesano de este curso, se refiere a una forma de vivir la fe cristiana que se caracteriza por la comunión, la participación y la misión, siguiendo el ejemplo de los primeros cristianos y en sintonía con la llamada del Espíritu Santo. Se trata de un camino de crecimiento espiritual que implica la escucha atenta de los demás, el discernimiento comunitario y la acción transformadora en el mundo.

La espiritualidad sinodal nos invita, por tanto, a escuchar con empatía, a dialogar con libertad, a aprender con humildad y a comunicarnos sin miedo ni reservas, porque el Espíritu sopla donde quiere (Jn 4,8). Impulsar tal sinodalidad es confiar en ese Espíritu.

Una confianza que nunca puede apartarse de adoptar posturas, actitudes, comportamientos que llevan a incorporarse a metas comunes con otras personas, dentro o fuera de instituciones. Hemos de abrirnos a la pluralidad con un horizonte de unidad o comunión. Sabemos que la unidad no es uniformidad, sino confluencia de aportaciones diversas, donde se acoge y respeta el protagonismo de personas y grupos, tendencias y perspectivas. De este modo, el diferente no es ni enemigo ni adversario con el que establecer controversia y menos confrontación, sino escucha, esfuerzo por comprender colocándose en la realidad del otro, valoración de las cosas del otro, poner al lado de ellas nuestras propias aportaciones.

Tal actitud puede vivirse como acción del Espíritu en cada uno: Él, que es comunión, abogado de unidad, vence la confusión de Babel dando paso a la intercomunicación de lenguas y culturas de Pentecostés.

Ponemos nuestro curso recién estrenado bajo la mano fuerte y sabia del Santo Espíritu, suplicando la comunión y la sinodalidad para todos los consejos, parroquias y grupos de nuestra Diócesis de Ciudad Rodrigo.

+ *José Luis Retana Gozalo*
Obispo de Ciudad Rodrigo

LOS CRISTIANOS AMAMOS LA VIDA

(Publicado en Iglesia en Ciudad Rodrigo, nº 443 - octubre de 2025)

Escribo en la fiesta de san Francisco, que en el “Canto de las Criaturas” canta el don de los hermanos: un reconocimiento fraterno de que todos los seres tienen como fuente común la paternidad de Dios. Leo en La Gaceta de Salamanca que “solo ocho ginecólogos se hacen objetores ante el aborto”, de los 27 facultativos del hospital, y que en Salamanca, se practicaron 422 abortos en el año 2024.

Desde el siglo I, la Iglesia ha afirmado la maldad de todo aborto provocado. El aborto es muy viejo en la historia de la humanidad y ha tenido una fuerte presencia en todas las culturas decadentes. Ya La Didajé , del año 70, dice: “No matarás al embrión mediante el aborto, no darás muerte al recién nacido”. Y la Carta a Diogneto afirma: “Los cristianos, igual que todos, se casan y engendran hijos, pero no se deshacen de los hijos que conciben”. Desde el primer momento, los cristianos nos hemos distinguido por el valor que damos a la vida humana.

Además, parece que nuestro Gobierno propondrá blindar el aborto como derecho constitucional. El objetivo, según ellos, es "consagrar la libertad y la autonomía de las mujeres para decidir sobre sus vidas". "España da un paso más para consagrar la libertad y la autonomía de las mujeres para decidir sobre sus vidas". No es la primera vez que el Gobierno desliza la posibilidad de incluir el derecho al aborto en la Constitución.

Con esta medida, España se convertiría en el segundo país del mundo en recoger el derecho al aborto en su Constitución, después de que Francia lo hiciese en 2024. Aunque antes, el Gobierno deberá superar una serie de pasos para los cuales necesitará un amplio apoyo parlamentario de mayoría cualificada.

Cabe recordar al Gobierno que la Constitución española nació para proteger la dignidad de todas las personas y la vida humana, por lo que incluir el aborto es una incoherencia. Además, ninguna ley ni reforma puede legitimarse si deja de proteger al más débil, que es el concebido, y acabar con una vida humana, en cualquier etapa de su desarrollo, rompe el principio más básico de justicia.

El artículo 15 de la Constitución dice que «todos tienen derecho a la vida». Se redactó así para incluir también la protección del concebido. Es importante recordarlo: la vida humana está protegida en la Constitución. Además, va en contra de los derechos fundamentales y del pacto de convivencia que permitió instaurar la democracia en España.

A menos que lo que se busque sea «cerrar la puerta a que la Ley del Aborto pueda cambiarse», o sea una cortina de humo para proteger los escándalos de corrupción.

Sobra explicar que el aborto es un asesinato y que, por mucho que lo llamen interrupción voluntaria del embarazo, el resultado de provocarlo es la muerte de un niño, de tu propio hijo, y la destrucción moral de una mujer que ya es madre. Porque madre eres desde que estás embarazada.

Por eso, elegir la vida, defenderla y apostar por ella no es ser de ultraderecha ni ultracatólico, es ser, simplemente, humano. La realidad es mucho más sencilla de lo que nos quieren hacer creer. No dejemos que otros piensen por nosotros y seamos valientes para defender la belleza de la vida. ¡El amor vence siempre!

Un ser humano que pretende ocupar el lugar de Dios se convierte en el primer enemigo para sí mismo. La Constitución Gaudium et Spes , nº 51, del Vaticano II afirma: “Dios, Señor de la vida, ha confiado a los hombres la excelsa misión de conservar la vida, misión que debe cumplir de modo digno del hombre. Por

tanto, la vida, desde su concepción ha de ser salvaguardada con el máximo cuidado”.

El estilo de un cristiano tiene que distinguirse hoy por un sano y potente amor a la vida humana, desde la concepción hasta el último suspiro, y oponerse a toda práctica abortiva, a todo asesinato terrorista, a toda tentación eutanásica. Nosotros amamos la vida.

+ *José Luis Retana Gozalo*
Obispo de Ciudad Rodrigo

TÚ TAMBIÉN PUEDES SER SANTO

(Publicado en Iglesia en Ciudad Rodrigo, nº 444 - noviembre de 2025)

Queridos diocesanos:

El día 9 de noviembre, coincidiendo con la fiesta de la Dedicación de la Basílica de San Juan de Letrán y con el lema: “Tú también puedes ser santo”, celebramos el Día de la Iglesia Diocesana.

La diócesis, a la que tanto queremos, es esa porción del pueblo de Dios cuyo cuidado pastoral se encomienda al obispo, por lo que todo aquel que se siente verdaderamente miembro del pueblo de Dios está en disposición de caminar en comunión con sus hermanos, bajo la guía de su pastor.

Por tanto, todos y cada uno de los miembros de este pueblo de Dios, cada uno desde nuestra propia vocación nacida de nuestro bautismo, caminamos juntos y seguimos a Cristo juntos. Todos los bautizados entregamos nuestro tiempo, nuestro esfuerzo, nuestra aportación económica y nuestros carismas. Con esta entrega,

construimos la Iglesia en nuestra realidad más cercana: nuestra diócesis, nuestra parroquia, nuestro movimiento. Tomemos conciencia de las implicaciones de nuestra fe y de la necesidad de vivirla en comunidad, alimentándola en la celebración de los sacramentos y compartiéndola con los demás en el compromiso cotidiano.

Esta pertenencia es consecuencia del bautismo. El bautismo nos ha transformado. San Pablo nos dice que por el bautismo nos incorporamos a Cristo. Y la consecuencia tiene una palabra: santidad. Estamos llamados a ser santos, a ser imitadores de Cristo, a ser otros cristos. San Pablo llama en sus cartas a los primeros cristianos “los santos”.

La santidad no es para unos pocos, nos ha recordado el Concilio Vaticano II. Hay una llamada universal a la santidad: en nuestras circunstancias concretas, en nuestra edad concreta, en nuestra vida concreta. Es ahí donde Dios nos espera: en el trabajo de cada día, en nuestras relaciones personales, sociales, familiares. Es ahí donde hemos de descubrir y poner en acto las exigencias de nuestro bautismo.

El papa Francisco, en su exhortación apostólica *Gaudete et Exsultate*, afirma: “El Espíritu Santo derrama santidad por todas partes, en el santo pueblo fiel de Dios, porque «fue voluntad de Dios el santificar y salvar a los hombres, no aisladamente, sin conexión alguna de unos con otros, sino constituyendo un pueblo, que le confesara en verdad y le sirviera santamente» (*Lumen Gentium*, nº 9). El Señor, en la historia de la salvación, ha salvado a un pueblo. No existe identidad plena sin pertenencia a un pueblo. Por eso, nadie se salva solo, como individuo aislado, sino que Dios nos atrae tomando en cuenta la compleja trama de relaciones interpersonales que se establecen en la comunidad humana: Dios quiso entrar en la dinámica de un pueblo”.

A ese pueblo pertenecemos, acompañados de ese pueblo seguimos a Cristo y, en Él, nos hacemos santos. Amémoslo y ayudémoslo corresponsablemente. María es –decía san Juan Pablo II– lo que debe ser la Iglesia, lo que debemos ser cada uno de nosotros.

Con mi afecto y bendición

+ *José Luis Retana Gozalo*
Obispo de Ciudad Rodrigo

FELIZ Y SANTA NAVIDAD CRISTIANA

(Publicado en Iglesia en Ciudad Rodrigo, nº 445 - diciembre de 2025)

Queridos diocesanos: el Adviento recién iniciado nos ambienta para acoger este misterio de la Navidad y prepara nuestro corazón a recibir al que es nuestra salvación.

Estamos envueltos por el ambiente de unos días muy especiales que crean en todos nosotros una actitud de agradecimiento y de bondad. Aunque seguramente los viviremos de modos diferentes, en todos nosotros se da esa especie de milagro de estar distintos, y para bien, en estas fechas. Es una especie de tregua que nos concedemos unos y otros para poder serenar nuestras particulares guerras. La magia de estos días tiene un nombre y un acontecimiento que llevan la fecha de nuestra salvación: hace más de dos mil años, Jesús, el Mesías esperado, el Hijo de Dios, se hizo hombre, igual en todo a nosotros, menos en el pecado. Dios no quiso enviarnos ya más mensajeros, sino que Él mismo quiso hacerse hombre para decirnos lo mucho que somos amados por Dios.

Aquello que sucedió hace veinte siglos en Belén, no ha dejado de suceder en la historia de los hombres cada vez que hemos abierto la puerta a Dios para que pasase a nuestra vida. La Palabra de Dios se ha hecho carne humana, se ha hecho historia de hombre, se ha hecho niño pequeño. Y así nos ha contado lo mucho que le importamos a Dios. Lo que vivimos estos días no es la historia lejana de algo que sucedió hace muchos siglos, sino la narración de algo que sigue sucediendo en nosotros y entre nosotros: que Dios es cercano, que es amigo del hombre, que desea nuestro bien. Él ha venido para abrazar las preguntas que cada uno tiene en su corazón, preguntas tantas veces disimuladas o censuradas, pero que siguen estando ahí como el desafío de nuestra propia felicidad. Por esta razón hacemos fiesta, engalanamos las calles y nos disponemos al sincero afecto y a la verdadera paz.

Estas son nuestras Navidades cristianas. Es cierto que el comercio se ha apoderado de esta fiesta, convirtiéndola en una carrera vertiginosa de compras, adornos, regalos y comidas, y la ha privado de su verdadero sentido. Vemos cómo hay quienes, llenos de prejuicios, quieren encubrirlas; quienes se han empeñado en vaciarlas de su verdadero contenido religioso para hacer de estas fechas tan sólo unos días de serpentina y cotillón, haciendo una calculada omisión al nacimiento del Señor, del acontecimiento cristiano como tal. Que el nacimiento del Señor no nos encuentre ocupados en festejar la Navidad, olvidando que el protagonista de la fiesta es precisamente Jesús.

Nosotros, que sabemos el porqué de estas fiestas, que nos deseamos con sencillez unas felices navidades recordando el hecho del nacimiento de Dios entre nosotros, también sabemos festejarlo y desear a todo el mundo la gracia y de la paz. Porque nuestro corazón, no sólo en este día, sino siempre, tiene una sed infinita de estrenar una felicidad para la que ha sido creado.

Por eso es tan importante que nuestras comunidades cristianas hagan un esfuerzo para no sumergirse en unas “navidades celebradas por lo civil”, y celebren la auténtica fiesta de la Navidad. De ahí mi invitación a celebrar juntos el mayor acontecimiento de la historia: la ENCARNACIÓN DE DIOS. Dios se hace hombre en la historia sin dejar de ser Dios. Dios se desborda en amor hacia el hombre. La Navidad es la fiesta de la humildad amante de Dios. Dios se hace cercano en la carne de un niño pequeño para que podamos abrazarle y acercarnos a Él.

“Pero a cuantos lo recibieron les da poder para ser hijos de Dios” (Jn 1, 12). Afortunadamente hay quienes lo acogen. Si somos capaces de ser como los pastores (sencillos) o sabios (inquietos), su luz y su mensaje nos llamarán a ponernos en camino, a salir de nuestra cerrazón para ir al encuentro del Señor, ponernos de rodillas y adorarlo.

En esta Navidad os deseo a todos vosotros, queridos civitatenses, que podáis experimentar en vuestra propia vida el fruto del nacimiento de ese príncipe de la Paz que se hizo niño para nuestra salvación. Pero dejemos nacer a ese divino Niño en nosotros y entre nosotros: que la Navidad no sea una Navidad de unos días, sino que continúe como luz durante todo el año.

Os deseo de corazón, una Feliz y Santa Navidad cristiana.

+ *José Luis Retana Gozalo*
Obispo de Ciudad Rodrigo

Homilías

HOMILÍA EN LA FIESTA DE LA VIRGEN DEL ROSARIO

(El Maíllo, 5 de octubre de 2025)

La fe es el motivo dominante de las lecturas de hoy, bajo tres puntos de vista distintos:

- paciencia (primera lectura).
- perseverancia (segunda lectura).
- trabajo por el Reino (evangelio).

En el texto de Habacuc resuenan dos expresiones típicas de toda plegaria de queja: «¿Hasta cuándo ... , Señor?» «¿Por qué?».

El profeta, como cada uno de nosotros, se encuentra frente al inquietante problema del mal, de la violencia, de la crueldad de la historia (tenía ante los ojos el choque entre las dos grandes superpotencias del tiempo: Asiria -ya encaminada a la decadencia- y el imperio babilónico emergente), de las contradicciones, injusticias, cosas desagradables de la vida cotidiana.

No solamente las guerras acumulan escombros y cadáveres. También en nuestras humildes vivencias de cada día hay montones de ruinas: desilusiones, proyectos que se derrumban, golpes imprevistos, pérdidas dolorosas, preocupaciones motivadas por el trabajo. (especialmente por la falta de trabajo), desgracias de todo tipo.

«¿Hasta cuándo ... , Señor?» (=ya no puedo más). «¿Por qué?» (=no entiendo nada).

A Habacuc se le tranquiliza diciéndole que escriba la visión y la «grave en tablillas». Hay un término, un final seguro. Dios garantiza que existe un límite preciso. Pero el «cuándo» lo conoce solamente él. Nosotros sólo debemos esperar ese vencimiento que tiene la costumbre de «tardar». La fe nos dice que «ciertamente vendrá», pero no es posible fijar el día. Habacuc saca una conclusión importante: «El justo vivirá por su fe».

Podemos decir: el justo se nutre, toma fuerza en la fe. Pero la fe no se alimenta de «seguridades», explicaciones, verificaciones inmediatas, sino de esperas interminables.

No se permite forzar a Dios, aprisionarlo en nuestras previsiones, en nuestros cálculos, en nuestros programas. La espera está hecha de paciencia, calma, paz y ... tiempos largos. Implica la capacidad de resistir al desaliento y a la desilusión.

Nada llega cuando nosotros decidimos. Dios se hace esperar. Dios con frecuencia anda con retraso (al menos según nuestros calendarios). Pero sólo en comparación de nuestras prisas, no de su promesa.

2. Timoteo, testigo de Cristo es exhortado a que rechace toda aptitud de miedo y «cobardía», adoptando un estilo caracterizado «por la energía, amor y buen juicio». Se trata de afrontar con coraje las pruebas inherentes a la causa del evangelio. Como Pablo, que se encuentra en la cárcel a causa de Cristo.

Finalmente, la tarea del anuncio del evangelio («este tesoro»), el patrimonio precioso que se le ha confiado para ser conservado y, sobre todo, para ser transmitido íntegro, exige necesariamente la acción del Espíritu «que habita en nosotros».

Si el justo -como recuerda Habacuc- «vive por su fe», el testigo cristiano resiste en la fidelidad y en la perseverancia gracias al dinamismo interior del Espíritu.

3. Hay que leer la parábola de Lucas mirando al siervo y no al amo.

Nosotros somos los «siervos», que debemos identificarnos con el comportamiento del siervo que trabaja con empeño, amor y humildad. Y, después que ha obedecido las órdenes con seriedad, reconoce que no ha hecho sino cumplir simplemente con su deber.

«Lo mismo vosotros: cuando hayáis hecho todo lo mandado decid: Somos unos pobres siervos, hemos hecho lo que teníamos que hacer».

La relación con Dios está bajo el signo de la gratuidad, y no bajo el signo de un contrato. A la gratuidad del don de Dios, debe corresponder una postura por parte del hombre hecha de dedicación apasionada y humilde, diligente y modesta. Sin reivindicaciones farisaicas y sin propaganda.

Diría que hoy no escasean los siervos.

Lo malo es que se advierte una evidente desproporción entre el número grande de siervos que se consideran necesarios, incluso indispensables, que sueñan que han hecho cosas grandiosas y pretenden, por tanto, que se conozcan, que todos estén informados.

Hay necesidad urgente de «siervos inútiles», si se quiere que la viña del Señor se cultive y no simplemente se haga propaganda.

Necesitan operarios que encuentren la alegría en luchar por Dios y por su Reino en la oscuridad, y no en la exhibición descarada.

El hecho es que la historia la hacen los «siervos inútiles», no los mayordomos decorativos, los camareros habladores, los siervos que se pavonean de lo que hacen.

Hacen la historia los humildes incansables que ponen a disposición del Señor un espinazo que se dobla y una sonrisa que les impide perder el sentido de las proporciones.

«Señor, aumenta nuestra fe».. .. Y ayúdanos a no tomarnos demasiado en serio.

El siervo del evangelio no se presta a la admiración pública.

También esto, como la fe, «hace vivir» en una paz serena.

HOMILÍA EN EL RETIRO DEL ARCIPRESTAZGO DE CAMPO CHARRO

(La Fuente de San Esteban, 10 de octubre de 2025)

a) Hoy y mañana escuchamos al profeta Joel, que habló hacia el año 400 antes de Cristo, invitando a que los sacerdotes convoquen a una jornada de penitencia.

El pueblo acaba de experimentar una catástrofe: una gran plaga de langostas ha destruido las cosechas. Joel interpreta este hecho como juicio de Dios contra la pereza y la dejadez del pueblo en la gran tarea de la reconstrucción moral, después de la vuelta del destierro. Han descuidado la vida de fe: "falta en el templo del Señor ofrenda y libación".

A esa plaga se refieren probablemente las alusiones al "azote que viene de las montañas" y el "día de la oscuridad y tinieblas",

porque se ve que había sido una "horda numerosa y espesa" que oscurecía el cielo. El profeta quiere que se proclame la penitencia y el ayuno y que todos clamen a Dios pidiendo su ayuda, no vaya a ser el día del juicio peor todavía que la calamidad recién sufrida.

b) Somos nosotros los que hoy oímos esta invitación a la conversión, a volver a Dios.

A veces el pecado es comunitario y la decadencia generalizada. También ahora se puede decir que "falta en el templo del Señor ofrenda y libación", porque se descuidan cosas fundamentales. Pero la culpa puede ser también personal. Quien más quien menos, todos somos débiles y pecadores, y necesitamos convertirnos. No hace falta que seamos grandes criminales. También podemos convertirnos a Dios desde nuestras mediocridades y perezas.

A veces suenan las trompetas convocando a penitencia, como en Cuaresma o en el Jubileo. Otras veces es una sencilla invitación a la vigilancia y al cambio de vida, que nos puede venir a través del ejemplo de las personas que nos rodean, o de la palabra de los responsables de la comunidad, y también, si tenemos visión de fe, de los acontecimientos de la historia, agradables o luctuosos.

Cuando no son las plagas de animales, son otras cosas -enfermedades, desgracias personales o colectivas, el fallecimiento de una persona querida- las que nos sirven de despertadores en nuestra vida de fe. No porque todo mal sea castigo de Dios, pero sí porque todo en la vida, lo bueno y lo malo -y, sobre todo, la escucha de la Palabra que nos dirige Dios en la Eucaristía-, debería ayudarnos a recapacitar y reorientar nuestra atención a los valores fundamentales, que tendemos a descuidar.

1. (Año 11) Gálatas 3,7-14

a) Pablo recurre al ejemplo de Abrahán, que pueden entender muy bien sus interlocutores de Galacia. Los judaizantes se sentían orgullosos de ser hijos de Abrahán. Pablo revuelve el argumento a favor de su evangelio, el de Jesús.

Abrahán recibió de Dios una misión universalista: "previendo que Dios aceptaría a los gentiles por la fe, le dijo a Abrahán: por ti serán benditas todas las naciones". Parece que los judíos han olvidado este universalismo que era rasgo de su identidad ya desde el principio.

Lo mejor de Abrahán fue su fe. Para Pablo, la ley del AT no salva a nadie -la llama "maldición" varias veces- si se entiende meramente como un cumplimiento de leyes y de obras. Incluso los que se salvaron antes de Cristo, se salvaron por su fe, no por sus obras. Y desde la venida de Cristo, mucho más.

b) El dilema, para Pablo es: apoyamos en nuestros propios méritos o en la bondad de Dios, centrar nuestra espiritualidad en las obras cumplidas o en nuestra apertura a la gracia de Dios. Un dilema que puede ser de actualidad en nuestra vida.

La fe de Abrahán es modélica. Era pagano cuando fue llamado a una misión que no acababa de entender. Pero se fío totalmente de Dios y emprendió su peregrinación. Eso es la que le hace modelo de los creyentes. Dios no le eligió por sus obras, sus méritos anteriores. Dios actúa con gratuidad. Pero él creyó en Dios.

A nosotros también nos pide una fe absoluta en su Hijo Jesús, una fe que ciertamente comportará obras de fe y una conducta coherente: pero no es la conducta la que nos salva, sino la gracia de Cristo. No llevamos contabilidad de las cosas buenas que estamos haciendo por Dios. ¿Lleva contabilidad un padre o una madre por lo que hace por la familia? ¿pasa factura un amigo por un favor que ha hecho? A nosotros no nos salvará "la ley" que hemos cumplido,

aunque seguramente la hemos cumplido, y con amor, sino la gratuita generosidad de Dios.

Tampoco nos salvará el pertenecer "a la raza de Abrahán": para nosotros, el formar parte de la Iglesia, o de una familia cristiana, o de una comunidad religiosa. Es la respuesta de cada uno ante el amor y la gracia de Dios la que decidirá. Son "hijos de Abrahán", no los que provienen de él por lazos de raza, sino los que le imitan en su actitud de fe.

2. Lucas 11,15-26

a) La oposición contra Jesús, por parte de sus enemigos, llegó a extremos curiosos: "algunos dijeron: si echa los demonios, es por arte de Belcebú, el príncipe de los demonios". ¿Cómo se puede luchar contra el demonio precisamente en nombre del demonio?

Jesús responde con ironía, preguntando si es que había guerra civil en los dominios de Satanás, y también, en nombre de quién echaban los demonios los que en Israel ejercían el ministerio de exorcistas, que también los había. o que pasaba es que los enemigos de Jesús no querían llegar a la conclusión que hubiera sido la más lógica: "el Reino de Dios ha llegado a vosotros".

Pero también nos avisa de que puede haber recaídas en el mal y en la posesión diabólica: "cuando un espíritu inmundo sale de un hombre, vuelve con siete espíritus peores y el final resulta peor que el principio".

b) Todos estamos implicados en la lucha entre el bien y el mal. El mal -el Malo- sigue existiendo y nos obliga a no permanecer neutrales, sino a posicionarnos en su contra, junto a Cristo.

Al leer cómo Jesús libera a los posesos y cura a los enfermos, estamos convencidos de que "el Reino de Dios ya ha llegado a nosotros", que su fuerza salvadora ya está actuando. A nosotros no se nos ocurrirán las excusas ridículas de los que no querían aceptar a Jesús. Pero sí podemos caer en una actitud de pereza o de miedo, o bien no ser conscientes de que en efecto existe el mal, dentro de nosotros y en el mundo y en la Iglesia.

Jesús es "el más fuerte" que ha vencido al poder del mal, en su Pascua, y ahora nos invita a que nos unamos a él en esa lucha: "el que no está conmigo, está contra mí". No podemos ser meros espectadores en la gran batalla.

También haremos bien en escuchar su advertencia: no estamos seguros de haber vencido al mal y al pecado. Puede venir ese espíritu maligno "con otros siete espíritus peores" y "meterse a vivir" en nosotros. Lo que sería una ruina peor. La llamada a la vigilancia es evidente. Cada uno sabe qué demonios le pueden tentar desde dentro y desde fuera. Haremos bien en decir humildemente, con el Padrenuestro, "no nos dejes caer en la tentación".

Cuando comulgamos, se nos invita a participar de Cristo Jesús, que es "el que quita el pecado del mundo". La Eucaristía es la mejor fuerza que Dios nos da en la lucha contra el mal.

"Los pueblos se han hundido en la fosa que hicieron" (salmo 1)

"Hijos de Abrahán son los hombres de fe" (1ª lectura II)

"El que no está conmigo, está contra mí" (evangelio)

HOMILÍA EN LA FESTIVIDAD DE LA VIRGEN DEL PILAR

(Ciudad Rodrigo, 12 de octubre de 2025)

Hermanos sacerdotes concelebrantes, [Señora Subdelegada del Gobierno, Señor Teniente Coronel Jefe de la Comandancia de la Guardia Civil en Salamanca], autoridades militares, judiciales y civiles que nos acompañan, hermanos y hermanas en el Señor.

Es para mí motivo de gran alegría presidir esta Eucaristía en honor de la Virgen del Pilar, patrona de la Hispanidad y patrona también de la Guardia Civil, que tantos servicios ha prestado y sigue prestando a nuestro pueblo y a la que tanto debe la sociedad española como garante de nuestra seguridad personal y comunitaria. En esta fiesta correspondemos a estos buenos servicios con nuestra oración por todos vosotros, por vuestras familias, por los compañeros que prestan servicios especialmente delicados o peligrosos y por quienes han muerto en el cumplimiento del deber o como víctimas del terrorismo.

Lo esencial desde vuestra fundación fue servir a España y a los españoles, independientemente de la forma política que el país quisiera adoptar. Además, Ahumada creó una filosofía de servicio que distinguiría a la Guardia Civil; su soporte moral que se recogerá en un documento clave, la famosa cartilla. Un código deontológico para dotar a sus hombres de un alto concepto moral, del sentido de la honradez y la seriedad en el servicio. Para muestra, su artículo más emblemático reza así, “el honor es la principal divisa del guardia civil; debe, por consiguiente, conservarlo sin mancha. Una vez perdido, no se recobra jamás”. Sus valores de honradez, honor, deber, lealtad, sacrificio, compañerismo y seriedad en el servicio siguen vigentes en la institución.

La devoción de los guardias civiles a la Virgen del Pilar, tiene su origen en el año 1864, cuando el sacerdote D. Miguel Moreno colocó la virgen en la recién estrenada capilla del Colegio de Huérfanos de Valdemoro. Con el tiempo, los guardias procedentes del Colegio fueron extendiendo la devoción a la “Pilarica” por toda la geografía nacional. Esta circunstancia fue determinante para que el rey Alfonso XIII firmara la orden del patronazgo el 8 de febrero de 1913.

Hoy estamos celebrando una fiesta en torno a una advocación especialmente querida en España e Hispanoamérica: nuestra Señora del Pilar.

Podemos decir que hay tres razones que enmarcan esta festividad religiosa: En primer lugar, el 12 de octubre es para nosotros una fiesta mariana muy querida en torno a nuestra Señora del Pilar. [Hemos escuchado en el Evangelio de hoy, cómo una mujer sencilla le echó un piropo nada menos que a Jesús: “dichoso el vientre que te llevó y los pechos que te criaron” (Lc 11, 27). Es el piropo a la buena madre que debe llenar de gozo agradecido a un buen hijo. Y, sin embargo, Jesús modificó tal exclamación. No porque quisiera despreciar el elogio que prorrumpió aquella mujer sencilla. Sino, más bien, porque Jesús quiso situar en su justa medida la alabanza, el piropo que en Él hacían a su madre. “Más bien dichosos los que escuchan la Palabra de Dios y la cumplen” (Lc 11, 28). María representa lo mejor de nuestra historia cristiana].

Cuenta la tradición que el apóstol Santiago, llegó hasta el Finisterrae de nuestra patria, para anunciar el Evangelio. No le debió ir del todo bien y, desfondado, se sentó a la orilla del río Ebro, en Zaragoza, con un gesto de cansancio fatal. Santa María se hizo presente en el corazón abatido de Santiago, el Apostol quedaría fulminado por la ternura acogedora de aquella mujer que fue constituida en madre de todos al pie de la cruz.

En segundo lugar, en un día como hoy rememoramos lo que hace más de cinco siglos sucedió como epopeya de la historia universal con el descubrimiento de América. Descubrir un mundo nuevo, nuevas gentes, nuevas tierras, encerraba junto a la aventura descubridora de marinos audaces una serie de intereses económicos, políticos y militares. Pero semejante hazaña, llevada a cabo por aquellos hombres con sus luces y sus sombras, sus gracias y pecados, tenía también otro objetivo. No sólo llevaban ambiciones comerciales, llevaban también el evangelio, la cruz del Resucitado y un mensaje salvador que anunciar y compartir. Así se ha hecho el reconocimiento de estos pueblos hispanos hermanos nuestros con los que tenemos en común la lengua, el afecto mutuo y la fe. Sólo en la América hispana se dio el sano y respetuoso mestizaje que ha hecho nacer una cultura común fruto de aquel encuentro. Otras zonas del continente americano no tuvieron esa fortuna, porque de las culturas y gentes de entonces sólo podemos decir que fueron exterminadas o quedaron como reservas indias para mostrar a los curiosos turistas.

Finalmente, esta fiesta mariana e hispana, tiene también un epílogo que no es menor, al ser la Pilarica la Patrona de una de las instituciones más queridas en España: la Guardia Civil. No en vano la Benemérita ha hecho suya esta fiesta tan entrañable. Por eso con la advocación del Pilar damos gracias a la Guardia Civil por lo mucho y bueno que hacen desde su particular aportación en beneficio de la paz, de la unidad y de la justicia, a favor de la seguridad y como salvaguarda de los momentos de riesgo en carreteras, en montañas y en el mar. No hay situación en donde nuestra vida pueda correr un cierto peligro, donde la Guardia Civil no esté como compañía amiga a nuestro lado. Y esto pagando el alto precio de la propia vida en la lucha contra la delincuencia organizada, en la batalla contra el terrorismo de cualquier signo e intensidad. Por eso nuestro más sentido gracias, lleno de reconocimiento y de afecto a todos nuestros queridos guardias civiles, que hago extensivo a nuestros policías nacionales y policías

locales por su generoso e impagable servicio. Tendremos un recuerdo especial en esta santa Misa por los difuntos del Cuerpo de la Guardia Civil y sus familiares, particularmente los que han fallecido en acto de servicio.

Termino pidiendo a la Virgen del Pilar como Patrona de la Hispanidad, que vele por la sensatez ponderada de quienes tienen responsabilidades públicas ante la unidad de un pueblo que ha convivido durante más de cinco siglos. La madre Patria, como llaman a España en el resto de la Hispanidad vive este momento tenso que ponemos a los pies de la Virgen del Pilar, y pedimos también para esos pueblos hermanos la justicia y la libertad, especialmente en los países en los que los populismos cercenan la libertad con sus conocidos abusos.

A Nuestra Señora del Pilar nos encomendamos, damos gracias por la historia cristiana de nuestro pueblo que, junto a Santiago, comenzó en Zaragoza, pedimos por todos los pueblos hermanos y encomendamos de nuevo a la Guardia Civil por cuyo servicio damos gracias esta mañana.

HOMILÍA EN EL RETIRO DEL ARCIPRESTAZGO DE YELTES

(Tamames, 16 de octubre de 2025)

a) Todos somos pecadores y todos somos salvados gratuitamente. Es la tesis que va repitiendo Pablo: "por la fe en Jesucristo viene la justicia de Dios a todos los que creen, sin distinción alguna".

Tal vez en la comunidad de Roma se daba alguna clase de tensión entre los que procedían del judaísmo y los del paganismo. Ni los paganos tienen motivos de perder la esperanza, ni los judíos

de enorgullecerse. Todos han fallado ya todos les ofrece Dios su salvación "gratuitamente, por su gracia, mediante la redención de Cristo Jesús" . Dios ha tenido paciencia con unos y con otros.

Sobre todo, los judíos tenían el peligro de creer que merecían la salvación, por haber cumplido cuidadosamente "las obras de la Ley". Pablo les disuade: "¿dónde queda el orgullo? Queda eliminado. ¿En nombre de qué? ¿de las obras? No, en nombre de la fe”.

b) Puede resultarnos un poco extraño este tema tan repetido por Pablo -aquí y en la carta a los Gálatas- de que no es la Ley de Moisés la que salva, sino Cristo Jesús y la fe en él.

No parece, a primera vista, nuestro problema. Y, sin embargo, puede ser que tengamos el peligro de caer en una tentación equivalente. ¿Nos sentimos superiores a otros, por nuestra condición de católicos, de cristianos "practicantes", de religiosos o sacerdotes? ¿tenemos, al menos en el subconsciente, la idea de que estamos "ganándonos" la salvación por los méritos que vamos acumulando en la presencia de Dios?

También nosotros debemos sentirnos perdonados por Dios, salvados gratuitamente por él. No creernos que tenemos derecho a la salvación por nuestras "obras meritorias". La salvación no se compra a base de buenas obras. Estas buenas obras tenemos que hacerlas, pero no son las que nos salvan a modo de paga o de jornal. Tanto "judíos como griegos", los que pertenecen al pueblo israelita como los que no, estamos en deuda con Dios y tenemos que agradecerle el que nos haya salvado enviando como Redentor -pagador del rescate- a su Hijo Jesús.

2. Lucas 11,47-54

a) Sigue el ataque implacable de Jesús contra las actitudes de los fariseos y los juristas.

Ante todo, porque "edificáis mausoleos a los profetas, después que vuestros padres los mataron". O sea, los fariseos están dispuestos a honrar a los profetas muertos, haciendo la comedia de edificarles monumentos. Pero no hacen caso a los profetas vivos. Los tratan igual que sus antepasados a los profetas de antes.

Nombra a dos, Abel, sacrificado por su hermano Caín (Gn 4) y Zacarías, el hijo del sacerdote Yoyadá, a quien mataron por encargo del rey Joás (cf. 2 Crónicas 24). Jesús los nombra como primero y último de una serie de profetas que acabaron igual. Es lo que van a hacer con él también, porque presenta una fe y un Dios muy distintos del que ellos están acostumbrados.

Otra acusación, esta vez para los doctores de la ley, que tienen la llave del saber y de la interpretación de la ley. No han hecho buen uso de esa llave: "no habéis entrado y habéis cerrado el paso a los que intentaban entrar". ¿Para eso tantas llaves?

b) Es valiente Jesús, al desenmascarar las actitudes de las clases dirigentes de su época.

Pero sus palabras nos ponen interrogantes también a nosotros, seamos dirigentes o no. ¿Caemos en la trampa de honrar a los profetas que fueron, reconociendo sus méritos y la injusticia del trato que recibieron, pero luego resulta que no hacemos caso de los profetas actuales, y les hacemos la vida imposible, porque no estamos dispuestos a escuchar su mensaje, cuando nos es incómodo?

Esto puede pasar en la sociedad, en la que pueden estorbar a los poderosos las voces proféticas que se levantan contra sus injusticias. Puede pasar en la Iglesia, en la que a veces se hace callar a los que tienen un espíritu más libre y crítico, aunque más

tarde a veces se les rehabilite o incluso se les canonicen. Pero puede pasar también a nuestro alrededor, cuando nos sentimos molestos si somos criticados, y hacemos lo posible por desacreditar -¡no llegaremos a eliminar! - a esos "profetas" que se atreven a llevarnos la contra. A todos nos pasa que nos estorban los profetas vivos, no los muertos.

Además, podemos merecer también las palabras de Jesús a los juristas. ¿Nos sentimos "propietarios de la verdad", guardando sus llaves, de modo que los demás tengan que pasar la aduana de nuestra interpretación? ¿nos creemos los únicos que tenemos razón en todas las discusiones, sean importantes en el ámbito eclesial o más cotidianas en nuestra familia o círculo comunitario? Sería una lástima que los que podemos decir una palabra en el ámbito de la catequesis o de la predicación no comuniquemos esperanza y alegría, sino angustia y miedo. Seríamos malos guías.

"Él absuelve a los judíos en virtud de la fe y a los paganos también por la fe" (Rom 3.30) Semana 28º del tiempo ordinario.

"Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos ha bendecido en la persona de Cristo" (1 a lectura I/)

"Vosotros no entráis y cerráis el paso a los que intentan entrar" (evangelio)

HOMILÍA EN EL JUBILEO DE LAS HERMANITAS DE LOS ANCIANOS DESAMPARADOS

(Ciudad Rodrigo, 24 de noviembre de 2025)

Queridos sacerdotes, Hermanitas, hermanos: un saludo afectuoso.

Celebramos el Jubileo de la Esperanza en nuestra comunidad. Un año para la conversión, para volver una y otra vez a Dios, el único que es capaz de dar plenitud a nuestra vida. La Iglesia, como sabia maestra, nos ofrece herramientas para que, de modo especial, vivamos tiempos fuertes de gracia. Y estos son los jubileos ordinarios. Como dijo Juan Pablo II en el Jubileo del año 2000: estos tiempos «nos introducen en el recio lenguaje que la pedagogía divina de la salvación usa para impulsar al hombre a la conversión y a la penitencia [...] para recuperar lo que con sus solas fuerzas no podría alcanzar: la amistad de Dios, su gracia y la vida sobrenatural, la única en la que pueden resolverse las aspiraciones más profundas del corazón humano».

Por eso, el Jubileo es un tiempo de gracia y conversión, para reconciliarnos con Dios. Pero no solo; también es un tiempo para salir al encuentro del hermano, para poner en práctica las obras de misericordia.

Al convocar el jubileo, el papa ha pedido que «pueda ser para todos nosotros un momento de encuentro vivo y personal con el Señor Jesús, puerta de salvación (cf. Jn 10,7.9); con Jesús, a quien la Iglesia tiene la misión de anunciar siempre, en todas partes y a todos como “nuestra esperanza” (1 Tim 1,1)».

Enumera Francisco una serie de acciones concretas en las que debemos empeñarnos para ser verdaderos portadores de esperanza: el cuidado de los enfermos y de los que sufren; la acogida de los migrantes, exiliados, desplazados y refugiados; la atención a los ancianos; y, de manera apremiante, el amor a los pobres y necesitados. Se trata, en realidad, de recordar que «las obras de misericordia son igualmente obras de esperanza, que despiertan en los corazones sentimientos de gratitud».

Difícilmente podremos transformar el mundo según el Evangelio, tratando de hacer presente en él el reino de Dios, si

antes no cambiamos personalmente, es decir, sin la conversión personal. Ciertamente, cuanto más nos configuremos con Jesús, más activa y eficaz será nuestra caridad y, por lo tanto, más crecerá la esperanza de los pobres.

Esta conversión se ha de fundamentar en el cultivo de una espiritualidad adecuada, puesto que la caridad hunde sus raíces en la fe en Dios. Como afirma el papa Francisco, «siempre hace falta cultivar un espacio interior que dé sentido al compromiso». Tanto las personas que trabajan en el campo caritativo y social como las instituciones han de cultivar una espiritualidad de ojos y oídos abiertos a los pobres, una espiritualidad de la ternura y de la gracia.

Ciertamente, el amor es un lenguaje universal, cuya comprensión no precisa de una iniciación especial.

Otra forma de anuncio es el acompañamiento a los hermanos en dificultades.

Este es el sueño del papa Francisco: que el jubileo 2025 nos ayude a recuperar la confianza en el Señor; la confianza en la Iglesia, en la sociedad, en los vínculos interpersonales, en la promoción de la dignidad de la persona y en el respeto a la creación.

El Jubileo de la esperanza que estamos viviendo nos tiene que interpelar. No puede pasar de puntillas como un evento más. Porque ser perdonados nos debe llevar a perdonar y recibir la esperanza y la felicidad que viene de Cristo; nos tiene que comprometer en transmitirla a los demás, especialmente a los que más sufren. Francisco nos pide que nos convirtamos en signos de esperanza para todas las personas que viven en especial dificultad.

«Dejémonos atraer desde ahora por la esperanza y permitamos que a través de nosotros sea contagiosa para cuantos la desean», dice el papa Francisco. Este será nuestro principal reto.

Al final de la bula de convocatoria del jubileo, Francisco nos propone a la Madre de Dios como el testimonio más alto de la esperanza. Es voluntad del Hijo que recibamos los bienes de la salvación teniendo a María como madre (cf. Jn 19,25-27). El don divino de la esperanza no nos va a faltar. Ojalá tampoco nuestro compromiso. A María, la Madre de la Esperanza, se lo encomendamos esta mañana para toda la comunidad y para nuestra diócesis de Ciudad Rodrigo.

HOMILÍA EN LA FESTIVIDAD DE LA INMACULADA CONCEPCIÓN

(S. I. Catedral, 8 de diciembre de 2025)

Celebramos, queridos hermanos una de las fiestas más hondamente enraizadas en la fe del pueblo cristiano; fe que a lo largo de los siglos se hizo piedad, arte y cultura, y que incluso tuvo la osadía de proclamar como cierto que Dios preservó a María de la mancha del pecado original mucho antes de que la liturgia, los teólogos y el mismo Magisterio de la Iglesia sancionasen como dogma de fe, lo que tantas generaciones de cristianos venían viviendo con sencillez.

La concepción inmaculada de María significa que el eterno proyecto de Dios, un proyecto de bondad y de belleza como leemos en el relato de la creación del Génesis, no fue del todo truncado con la aparición del tentador y sus malas artes ante las que Eva sucumbe. Los Santos Padres han leído en el relato bíblico del pecado de Eva, que hemos escuchado en la primera lectura (Gén 3,9-15.20), la antítesis de la escena evangélica de la Anunciación,

de manera que, como nos dice San Ireneo, lo que Eva destruyó negándose a colaborar en el proyecto de Dios, María lo restauró obedeciendo su plan de salvación.

Qué bien nos lo explica el Concilio Vaticano II en la constitución *Lumen gentium* 56, cuando toma un texto de san Ireneo para decirnos así: «El nudo de la desobediencia de Eva lo desató la obediencia de María. Lo que ató la virgen Eva por su falta de fe, lo desató la Virgen María por su fe» (*Adversus Haereses*, III, 22, 4).

+ María es la mujer del sí a Dios, del consentimiento a su voluntad. Todas las promesas de Dios han alcanzado su sí en Jesucristo. Y María al responder “he aquí la esclava del Señor”, testifica que Dios es digno de confianza.

El ángel le presenta el proyecto de Dios: “Serás la Madre del Altísimo”. María pregunta buscando luz, pone todas las dudas legítimas: “¿Cómo será eso, pues no conozco varón?” (Lc 1, 26-38). También en la historia de la fe de cada uno de nosotros surgen interrogantes, dificultades, dudas, oscuridades, desconciertos.

Cuando a María se le aclara el designio de Dios que se realiza en la historia, ella queda ante la decisión más trascendental de su vida, de la que está pendiente la humanidad. Dios llama a la puerta; no a la fuerza. Pide permiso y no entra voluntariamente sin habersele abierto. Dios respeta sumamente nuestra libertad. Nos da libertad para dejarle espacio a Él. Decidir libremente entregar mi libertad. La libertad es un don precioso de Dios a los hombres, los cuales pueden decir no y decir sí, pueden defraudar y pueden alegrar. Dios al crearnos como personas libres, se ha expuesto y arriesgado al no, al rechazo, a la indiferencia ante el bien de los demás; de hecho, existe una actitud que se califica falsamente de

respetuosa, pero en realidad es egoísmo y renuncia a complicarse la vida por servir a quien están necesitados.

María abrazó con todo el corazón y sin entorpecimiento de pecado alguno la voluntad salvífica de Dios y se consagró totalmente como esclava del Señor a la persona y a la obra de su Hijo (LG 56). Porque el pecado dificulta la fidelidad; la santidad libera para el amor.

De cara a ese futuro, que implica un giro radical en su vida, María otorga a Dios un crédito ilimitado. Se ha fiado de El y se ha puesto sin reservas a su disposición. Y Dios ha tomado posesión de su corazón y de sus caminos. María, escribió bellamente Teresa de Jesús, puso en manos de Dios las llaves de su libertad. El “fiat” no fue solo transigir a que algo tuviera lugar; María se colocó personalmente del lado del acontecimiento, dejando espacio en sí misma para que Dios actuara. El poder de Dios, ejercido en la total disponibilidad creyente de María suscitó una fecundidad admirable; siendo “Virgen fiel” y “vaso del Espíritu” se convirtió en la Madre de Dios. María es pura capacidad de Jesús, llena de Jesús.

En la concepción inmaculada de María empieza a cumplirse la promesa de Dios al principio de la creación: porque, aunque los hombres rechazaron a Dios, él no se dejó vencer, sino que prometió entonces mismo sacar de la descendencia de la mujer a Aquél que aplastará la cabeza de la serpiente, que en el relato del Génesis representa al Tentador. En el mismo lugar del pecado, el Creador anunció el nacimiento de Cristo que habría de vencer y reparar el engaño fatal de la serpiente, símbolo del Príncipe de las tinieblas. María es un signo anticipado de esta victoria: ella fue concebida sin pecado, absolutamente limpia de toda culpa. Este es el milagro del amor gratuito de Dios que hoy celebramos.

En los comienzos de un nuevo Adviento, que nos prepara para acoger al Señor, María es guía y compañera de nuestra

peregrinación esperanzada. El relato de la anunciación (Lc 1,26-38), un verdadero diálogo entre la llamada de Dios y la libertad de María, nos muestra cómo los imposibles pueden hacerse posibles. Lo imposible se hace posible cuando aceptamos el plan singular diseñado por Dios para cada uno de nosotros, renunciando a ser como Dios, la vieja y única tentación del hombre.

Cada uno de nosotros sabemos cuáles son las frutas prohibidas del árbol de nuestra vida, los sucedáneos con los que tantas veces tratamos de sustituir a Dios. Son nuestras ataduras y apegos, nuestros complejos y miedos cobardes, ante los que podemos sucumbir hasta esclavizarnos y perder la libertad. Pero podemos también abrirnos a Dios para decirle como María: lo que Tú tienes pensado para mí, para mi propia felicidad, deseo con todas mis fuerzas que se cumpla, que se haga en mí según tu Palabra. Importa menos que yo lo entienda íntegramente y al instante. Importa únicamente que yo me deje guiar por Ti, acogiendo tu plan salvador sobre mí.

Que la Virgen Inmaculada, en este tiempo de Adviento, tiempo de esperanza y de espera, tiempo de preparación a la Navidad del Señor, sea nuestra guía, la estrella radiante en la oscuridad de la noche; que María Inmaculada, toda santa, toda pura, toda transparencia de Cristo, nos acompañe en nuestro camino al encuentro del Señor, que viene a nosotros en la noche santa de Belén.

HOMILÍA EN LA CONVIVENCIA DEL PRESBITERIO DIOCESANO

(Seminario diocesano, 29 de diciembre de 2025)

Es el año 1170. El arzobispo de Canterbury está en oración. En ese momento, cuatro caballeros se acercan a él y, sin mediar

palabra, lo acuchillan. Su sangre cae sobre las losas de la catedral. Este asesinato, que inspiró a Thomas S. Eliot su famosa obra “Asesinato en la catedral”, coronó con el martirio la fidelidad a la Iglesia y la obediencia al Papa de Tomás Becket. “Los que quieran vivir piadosamente en Cristo Jesús serán perseguidos” (2Tim 3, 12). “Quien quiera salvar su vida, la perderá; pero el que la pierda por mí, la encontrará” (Mt 16 25).

El martirio de santo Thomas Becket, arzobispo de Canterbury, aún hoy, nos sitúa ante una pregunta siempre actual: ¿buscamos una paz ficticia, que es rendición ante el mal, o la Paz del Reino, que nos exige permanecer siempre firmes, incluso al precio de la propia vida? A Becket lo asesinaron durante su homilía de Navidad por dar, con su compromiso político por la verdad y la justicia, una respuesta a esta pregunta desde la pertenencia al Señor antes que al reyezuelo de turno. Murió por no haberse apartado de la comunión con el Señor, por defender una conciencia recta y una conducta coherente con la Verdad.

Miremos a Sto. Tomás y a tantos otros, como alguien seducido por Jesucristo, persuadido por la Verdad y testigo activo e insobornable ante los poderes del mundo y sus ideologías. Muchos mártires de estos se necesitan hoy en la Iglesia y en la sociedad. Podíamos preguntarnos ¿De quién seremos portavoces con nuestra vida, opciones y silencios?

Tomás Becket no fue el típico santo del que se pueden recoger florecillas milagrosas desde su niñez. Más bien, al contrario. Su vida no era ejemplar y ni siquiera lo fue cuando, muy joven, a instancias del arzobispo de Canterbury, fue consagrado diácono. Poco después se convertía en Canciller de Inglaterra, primer ministro del Reino, uno de los hombres más poderosos de su época.

Su vida parecía dejar mucho que desear en cuanto a los deberes de un hombre de Iglesia. Su amistad con el rey Enrique II, que lo había encumbrado a lo más alto, le convertían en la persona ideal para ocupar la sede arzobispal de Canterbury, que se encontraba vacante. De esta manera el rey pensaba dominar a la Iglesia inglesa, con lo que no sería necesario presentar los nombramientos de obispos al Papa de Roma. Y todos sabían que el canciller del Reino acabaría condescendiendo a todo lo que el rey pidiera.

Al saber que el rey fraguaba su nombramiento, Tomás pareció adivinar lo que iba a suceder, y vaticinó: «Si Dios permite que yo ascienda a la dignidad de arzobispo de Canterbury, no pasará mucho tiempo sin que pierda los favores de Vuestra Majestad, y todo el afecto con que vos me honráis se transformará en odio. Puesto que Vuestra Majestad proyectará hacer ciertas cosas que vayan en perjuicio de los derechos de la Iglesia, mucho me temo que Vuestra Majestad requiera de mí una ayuda o una aprobación que no podré darle. No faltarán personas envidiosas que aprovechen esas ocasiones para alentar una amarga e interminable desavenencia entre vos y yo». El 3 de junio de 1162 Tomás recibió el sacramento del orden y a continuación fue consagrado arzobispo.

Entregado en cuerpo y alma a su misión, se propuso guardar celosamente los derechos del pueblo y de la Iglesia. Dio un cambio radical a su forma de vida, hecho que fue ostensible para quienes le conocían. Centrado en la oración, el ejercicio de la piedad y caridad con los desfavorecidos, templado y moderado al extremo en sus costumbres frugales, se esforzaba por todas las vías posibles en seguir el camino de la perfección. Humildemente pidió que no le ocultaran las flaquezas que advirtieran en él y actuó como mediador de quienes veían pisoteados sus derechos elementales.

La sorpresa debió ser mayúscula, tanto para el rey como para la Corte. El recién consagrado obispo se opuso a todos los manejos

del monarca como nadie lo había hecho hasta entonces. Dejó su vida mundana y se convirtió en un pastor ejemplar. Tomás Becket defendió su obediencia al Vicario de Cristo y fue fiel hasta la muerte.

Hay un santo dentro de cada uno de nosotros. San Agustín lo decía cuando coincidían sus predicaciones con los juegos en el circo de Cartago y contemplaba los bancos vacíos de la Iglesia: «Yo también estuve en el circo y ahora soy obispo, señal de que ahora mismo está viendo los juegos algún futuro obispo».

La muerte de Tomás Becket afectó profundamente al rey, que hizo penitencia pública, y no volvió a injerirse en los asuntos de la Iglesia. Además, pudo ver cómo su antiguo amigo era declarado santo en 1173, apenas tres años después de su muerte.

Queridos sacerdotes: Seguimos a uno que nació en un pesebre, que no lo acogieron en ninguna posada, sin lugar donde reposar la cabeza, que lavó de rodillas los pies de los suyos, fue abandonado por discípulos cobardes que le habían seguido durante años y fue ejecutado en una cruz, con una muerte atroz reservada a los esclavos. Jesús escoge Belén para nacer porque nunca eligió la riqueza, ni el prestigio ni la dignidad. Eligió la puerta de la sencillez y la pobreza, eligió lo humilde y sencillo. Eligió lo pequeño para hacerse todo a todos.

Cristo nos dijo que “Quien no carga con su cruz y viene en pos d

e mí, no puede ser discípulo mío». Estas palabras de Jesús siguen siendo un escándalo para la lógica del mundo. Nos cuesta comprender que la plenitud de la vida cristiana no pase por atajos fáciles ni por promesas de bienestar inmediato, sino por un camino en el que la cruz es compañera inseparable. Y, sin embargo, en esa cruz se encierra el secreto de la alegría más honda. El Evangelio no nos engaña: nos dice la verdad de frente, sin edulcorantes. Ser

cristiano no consiste en huir del dolor, sino en aprender a vivirlo desde la fe.

La cruz que adoramos no es, por tanto, una maldición, sino una maestra silenciosa. No significa resignación amarga, sino aceptación lúcida de que la vida está entretejida de gozo y de sufrimiento, de luz y de sombra. El dolor no es querido por Dios, pero Él lo asume para transformarlo. Se sirve de esas experiencias que más tememos para ensanchar nuestro corazón, para hacernos más compasivos, más fuertes y más capaces de amar. Nuestra cruz, unida a Cristo, no aplasta: eleva. No encierra: abre a la esperanza.

Por eso, no somos cristianos para que nos vaya mejor en la vida, sino para aprender a aceptar con serenidad lo que nos toca vivir. La fe no es un salvoconducto para escapar de las pruebas, sino la fuerza que permite atravesarlas con esperanza. La cruz no desaparece, pero se hace más llevadera porque Cristo camina con nosotros compartiendo su peso.

Porque la Cruz, como afirma San Pablo, nos dice que la fuerza del hombre no está en el poder sino en la debilidad, que el auténtico ascenso consiste en descender, que llegamos a lo alto cuando bajamos, cuando nos volvemos sencillos, cuando nos inclinamos hacia los pobres, los humildes y los que sufren. El sufrimiento y la cruz son el signo más creíble de Dios y de la Iglesia.

Él sabe lo que hay de sufrimiento en nuestra vida. Pero Cristo no nos abandona nunca.

Que Él os bendiga y os sostenga siempre y que la Virgen Santa os cuide y os acompañe en ese trabajo de ser fieles a la verdad, sin pactos vergonzantes a la hora de consolidar la fraternidad.

HOMILÍA EN LA CLAUSURA DEL JUBILEO DE LA ESPERANZA

(S. I. Catedral, 30 de diciembre de 2025)

Queridos hermanos sacerdotes, consagradas, y muy especialmente vosotros, laicos, que sois el corazón de nuestra Iglesia diocesana.

Nos encontramos hoy en un momento de gracia singular. Estamos sellando espiritualmente el Jubileo de la Esperanza, a la vez que debemos pensar en implementar las conclusiones del Sínodo. Durante estos meses, hemos compartido y escuchado los anhelos, las preocupaciones y las alegrías de todos los miembros de nuestra comunidad. Hemos escuchado vuestros anhelos por un futuro más lleno de vida, vuestro dolor ante las divisiones y la falta de jóvenes, y vuestra renovada alegría al descubrir que, a pesar de nuestras fragilidades, el Espíritu Santo sigue soplando con fuerza en nuestros pueblos y en los barrios de nuestra ciudad.

Este Jubileo nos ha mostrado que el fundamento de nuestra esperanza es una Persona: Jesucristo, el eternamente fiel. Y hoy, las lecturas de la Palabra de Dios iluminan este cierre jubilar con una claridad providencial, mostrándonos que la esperanza no solo es un sentimiento abstracto, sino una fuerza transformadora, vivida en la cercanía de los unos con los otros.

En la primera lectura, San Juan nos habla con la ternura de un padre, dirigiéndose a nosotros como "hijos", "padres" y "jóvenes". Este pasaje no es solo una reflexión sobre la fe, sino una radiografía de nuestra comunidad diocesana. Nos recuerda lo fundamental: el perdón y la victoria sobre el mal.

"Os escribo, hijos, porque vuestros pecados han sido perdonados". En nuestro proceso jubilar, hemos reconocido que, a veces, el desánimo nos ha ganado la partida. Nos hemos sentido

derrotados por el secularismo, por la fatiga de las estructuras, o por nuestras propias divisiones internas. Pero, como nos recuerda Juan, la esperanza comienza en el perdón. Una Iglesia que se sabe perdonada es una Iglesia que puede ofrecer misericordia. No podemos ser profetas de esperanza si cargamos con el lastre de la culpa o el juicio constante hacia el mundo.

San Juan también nos advierte: "No améis al mundo ni lo que hay en el mundo". Pero esta advertencia no está dirigida a la creación de Dios, que debemos amar y cuidar, sino a esa lógica de "instintividad", a la seducción del egoísmo que nos dice que la felicidad está en lo material, en el poder, en la apariencia. Durante este año jubilar, muchos de vosotros habéis expresado que nuestra diócesis debe ser una alternativa a ese vacío. La esperanza que hoy renovamos nos invita a vencer al mal no con armas de este mundo, sino con la fidelidad a la Palabra de Dios que "permanece para siempre".

El mundo pasará, nuestras crisis pasarán, incluso nuestras estructuras diocesanas se transformarán, pero el amor de Dios que hemos experimentado en este Jubileo es la roca firme sobre la que podemos mirar al futuro sin miedo. Como Iglesia, no tenemos que tener miedo a las transformaciones que se avecinan, porque nuestra esperanza está en Cristo.

El Evangelio nos presenta el ejemplo concreto de lo que significa vivir nuestra esperanza: la figura de Ana, la profetisa.

Ana, una mujer de ochenta y cuatro años, que ha vivido el dolor de la viudez y ha pasado décadas en un contexto de ocupación romana y de silencio profético, no se deja amargar ni por la espera ni por la edad. "No se apartaba del Templo, sirviendo a Dios día y noche." A pesar de las dificultades, ella nunca dejó de esperar, de servir, de ser testigo de la esperanza.

Ana no es solo una figura del pasado; es una profecía de perseverancia. Ella representa a tantos de nuestros mayores en las parroquias rurales y urbanas, que, con su oración silenciosa, sostienen la fe de todos nosotros. ¿Y qué hace Ana cuando ve al Niño Jesús? "Empezó a alabar a Dios y a hablar del niño a todos los que aguardaban la liberación de Jerusalén". Aquí está la clave: el anuncio. La esperanza no es un tesoro para guardar en la sacristía, sino algo que debe salir a la calle, a los hogares, a los lugares de trabajo.

Hoy, hermanos, mucha gente en nuestra tierra aguarda una liberación: liberación de la depresión, de la falta de sentido, de la precariedad económica y de la soledad no deseada. Al igual que Ana, estamos llamados a hablar de la esperanza a aquellos que aún esperan algo o Alguien que dé sentido a sus vidas.

Este año jubilar nos ha dejado tareas claras. No queremos que sus conclusiones duerman en el fondo de un cajón. La esperanza cristiana es transformadora o no es esperanza.

Como vuestro pastor, quiero proponeros tres compromisos concretos para que el espíritu de este año jubilar, junto a las conclusiones del Sínodo, se haga carne en nuestra vida cotidiana:

- Una Iglesia de Puertas Abiertas y Oídos Atentos: Hemos aprendido a escucharnos. No perdamos esta capacidad. Cada consejo parroquial, cada grupo de Cáritas y cada cofradía debe ser un lugar donde nadie se sienta juzgado, sino acogido. Nuestra prioridad debe ser el cuidado de las personas, especialmente de aquellos más necesitados de afecto y de atención.
- La Opción por los "Pequeños": Al igual que Ana se fijó en un niño humilde, nuestra diócesis debe poner en el centro a los más vulnerables. La esperanza se hace concreta cuando acompañamos al enfermo, cuando abrimos espacios para que los

jóvenes se sientan protagonistas y cuando integramos a quienes se sienten en las periferias de nuestra fe. No podemos hablar de esperanza sin vivirla en las periferias existenciales de nuestra sociedad.

- La Alegría de la Misión: No podemos caminar con cara de funeral, como a menudo decía el Papa Francisco. El mundo no creerá en nuestra esperanza si nos ve tristes o quejumbrosos. Salgamos con la sonrisa de Ana, con la energía de los jóvenes de los que habla San Juan, sabiendo que el Espíritu Santo va por delante de nosotros.

Querida comunidad diocesana:

El Niño Jesús, presentado en el templo, "iba creciendo y robusteciéndose, lleno de sabiduría". Esa es mi oración para nuestra diócesis de Ciudad Rodrigo: que crezcamos no necesariamente en números o en poder, sino en caridad y en sabiduría espiritual. Que nuestro caminar conjunto, iniciado en este Sínodo, nos impulse a ser una Iglesia que, en medio de las sombras del mundo, sea testigo de la luz que no se apaga, la luz de Cristo.

Que este Jubileo nos impulse a seguir construyendo una comunidad viviente de esperanza, donde cada uno de nosotros sea un faro de luz, un signo de amor y de misericordia. Que, como Simeón y Ana, sigamos esperando a Cristo en nuestro corazón y en la vida de los demás. Y que, con la ayuda del Espíritu Santo, podamos transformar este mundo, no con nuestras fuerzas, sino con la fuerza de la esperanza cristiana que se fundamenta en la fe en Jesucristo, nuestro Salvador, que siempre permanece fiel.

Que el Señor nos bendiga y nos fortalezca en este camino de esperanza. Amén.

Carta pastoral

DESCUBRIENDO LA ESPIRITUALIDAD SINODAL

INTRODUCCIÓN

Queridos diocesanos: Afrontamos un nuevo curso pastoral en nuestra iglesia local, significa reto y oportunidad, don y tarea, impulso y esfuerzo. Es en suma el ejercicio de apoyarnos en lo descubierto a lo largo de la vida pastoral de la Iglesia local y universal; y así seguir haciendo camino hacia el Reino a la luz del Espíritu Santo.

La espiritualidad en clave sinodal se refiere a una forma de vivir la fe cristiana que se caracteriza por la comunión, la participación y la misión, siguiendo el ejemplo de los primeros cristianos y en sintonía con el llamado del Espíritu Santo. Se trata de un camino de crecimiento espiritual que implica la escucha atenta de los demás, el discernimiento comunitario y la acción transformadora en el mundo.

COMPONENTES CLAVE DE LA ESPIRITUALIDAD SINODAL

- Escucha atenta:

La escucha sinodal está orientada al discernimiento personal y comunitario. Nos escuchamos unos a otros, a nuestra experiencia de fe y a los signos de los tiempos para discernir lo que Dios nos está diciendo a todos. Implica abrirse a la Palabra de Dios y a la voz del Espíritu Santo que se manifiesta en las personas, especialmente en aquellos que han sido marginados o excluidos.

La escucha sinodal está orientada al discernimiento personal y comunitario. Nos escuchamos unos a otros, a nuestra experiencia

de fe y a los signos de los tiempos para discernir lo que Dios nos está diciendo a todos.

Implica un esfuerzo por escuchar los "gemidos" del Espíritu Santo, tanto en la oración personal como en la vida de la comunidad, para discernir la voluntad de Dios. Se trata de escuchar atentamente las voces de todos, especialmente de aquellos que han sido marginados o excluidos, para comprender sus necesidades y anhelos.

La espiritualidad sinodal, propone una escucha “activa y vulnerable” que va más allá de las palabras, buscando comprender los sentimientos y motivaciones profundas de cada persona. Es un estilo de escucha dentro de la Iglesia católica que implica una participación atenta, receptiva y empática hacia todas las personas, especialmente aquellas que pueden ser marginadas o vulnerables, con el fin de construir una comunidad más unida y comprensiva. Implica un esfuerzo consciente por superar prejuicios y abrirse a las experiencias y perspectivas de los demás, reconociendo la dignidad de cada persona y buscando la voluntad de Dios para la comunidad.

Ello exige una escucha atenta y receptiva que ayude a prestar atención a las palabras y a las emociones de la persona que habla, sin interrumpir ni juzgar. Para crear un ambiente de empatía y compasión, es preciso hacer esfuerzos por comprender la perspectiva y la experiencia del otro, poniéndose en su lugar y sintiendo su dolor o alegría.

Y vivirlo desde una perspectiva de apertura y vulnerabilidad, que facilita estar dispuesto a ser transformado por la escucha, reconociendo que cada persona tiene algo valioso que aportar y que la propia perspectiva puede ser enriquecida por la experiencia de los demás. Valorando a cada persona como un ser único e irrepetible, independientemente de su origen, situación o creencias.

Una espiritualidad sinodal ha de llevarnos indefectiblemente a la búsqueda de la voluntad de Dios. Superar todo tipo de búsquedas estrictamente personales y vivir nuestra fe, con el convencimiento de que la escucha atenta y la conversación pueden revelar la voluntad de Dios para la comunidad.

La escucha atenta nos lleva a involucrar a todos los fieles incentivando la participación de todos los miembros de la comunidad, especialmente de aquellos que no tienen voz. También nos ayuda a fomentar el diálogo y el discernimiento. Creando espacios donde se pueda dialogar con respeto y discernir juntos la voluntad de Dios para la Iglesia. Así mismo fortalece la unidad en la diversidad, al reconocer y valorar la riqueza de la diversidad de la comunidad, buscando la unidad en la diversidad.

Finalmente hemos de tener en cuenta que la escucha es una perfecta ayuda para guiar la misión evangelizadora. Esta ayuda a la Iglesia a salir a anunciar el Evangelio de manera más auténtica y eficaz, respondiendo a las necesidades del mundo actual.

En resumen, la escucha sinodal atenta y activa es una práctica fundamental para construir una Iglesia más cercana a las personas, más consciente de sus necesidades y más comprometida con su misión evangelizadora.

- Discernimiento comunitario:

Es un proceso de reflexión y oración compartida, donde se busca la voluntad de Dios para la Iglesia y el mundo, a través del diálogo respetuoso y la búsqueda de consenso, para tomar decisiones, tanto a nivel personal como comunitario. Implica una búsqueda conjunta, donde se intenta identificar la dirección en la que el Espíritu Santo está moviendo a la comunidad, buscando la acción de Dios en el corazón del grupo.

Ello comprende un constatare talante de búsqueda conjunta de la voluntad de Dios, en un esfuerzo colectivo para discernir la dirección que Dios quiere para la comunidad, tanto en sus decisiones cotidianas como en su misión. Siempre en el afán de Identificar la acción del Espíritu; reconociendo los movimientos del Espíritu Santo en el corazón de la comunidad, interpretando los signos de los tiempos y las situaciones que se presentan.

Implica un proceso de reflexión, oración y diálogo; discernimiento, en suma, donde se comparten diferentes perspectivas y se busca la unidad en la decisión final. Haciéndose fundamental una actitud de apertura, donde cada miembro está dispuesto a escuchar a los demás, a dejar de lado sus propias preferencias y a confiar en la guía del Espíritu. El discernimiento comunitario es especialmente relevante en la vida eclesial, donde se busca la unidad y la comunión en la toma de decisiones.

Hemos de tener en cuenta que, aunque puede haber una metodología, el discernimiento es ante todo una actitud del espíritu, una forma de ser y actuar en consonancia con la voluntad de Dios.

El discernimiento comunitario está estrechamente ligado a la misión de la Iglesia, ya que ayuda a identificar los caminos que Dios nos invita a recorrer.

En resumen, el discernimiento espiritual comunitario es un camino de búsqueda conjunta de la voluntad de Dios, donde la comunidad se abre a la acción del Espíritu Santo para tomar decisiones que la impulsen en su camino de fe y misión.

- **Comunión, participación y misión:**

La espiritualidad sinodal busca fortalecer la unidad de la Iglesia, promover la participación activa de todos los fieles en la

vida eclesial y animar a la Iglesia a ser testigo de la Buena Nueva en el mundo.

La Sinodalidad, la comunión, la participación y la misión son conceptos interconectados que describen la esencia de la Iglesia como Pueblo de Dios en camino.

La Sinodalidad, que como ya sabemos significa "caminar juntos", implica que todos los miembros de la Iglesia, guiados por el Espíritu Santo, participamos activamente en la vida y misión de la Iglesia, buscando la voluntad de Dios a través de la escucha, el diálogo y el discernimiento. También podemos afirmar que se describe como un proceso dinámico y continuo de discernimiento comunitario, donde la Iglesia busca la voluntad de Dios a través de la escucha atenta y el diálogo abierto.

La comunión se refiere a la unidad profunda que existe entre los creyentes, fundada en Cristo y alimentada por la Eucaristía. La Sinodalidad se fundamenta en la comunión, reconociendo la unidad esencial de todos los miembros de la Iglesia, que se expresa en la celebración de la Eucaristía y en la vida de fraternidad. Se puede decir que es la base fundamental para una espiritualidad sinodal.

La participación se refiere a la implicación de todos en la vida de la Iglesia, cada uno según su vocación y carisma, construyendo una comunidad donde se escucha a todos y se comparte la responsabilidad de la misión. La Sinodalidad implica que cada miembro de la Iglesia, desde el Papa hasta los laicos, tiene un papel que desempeñar en la misión, contribuyendo con sus dones y carismas.

Finalmente, la misión se refiere al mandato de Jesús de llevar el Evangelio a todas las naciones, y la Sinodalidad es un medio para fortalecer la capacidad de la Iglesia para cumplir esta misión. Necesitamos repetirnos continuamente que la Sinodalidad no es un

fin en sí misma, sino la forma de hacer a la Iglesia más capaz de cumplir su misión en el mundo, anunciando el Evangelio y construyendo el Reino de Dios.

- Conversión y renovación

La espiritualidad sinodal implica un cambio profundo en la forma de pensar y actuar, tanto a nivel personal como comunitario, para vivir de acuerdo con los valores del Evangelio. La Sinodalidad, la conversión y la renovación están intrínsecamente ligadas en el contexto eclesial, representando un camino de transformación espiritual y estructural para la Iglesia.

La Sinodalidad, entendida como el caminar juntos, exige una conversión personal y comunitaria, donde todos los miembros de la Iglesia, clérigos y laicos participan activamente en la misión y el discernimiento. Esta conversión no solo implica cambios en la mentalidad, sino también en la forma de relacionarse, pasando de estructuras jerárquicas a una mayor corresponsabilidad y participación.

La Sinodalidad no es un evento aislado, sino un proceso continuo de renovación espiritual y estructural que busca hacer la Iglesia más participativa y misionera. La conversión sinodal implica un cambio profundo en la forma de pensar, actuar y relacionarse dentro de la Iglesia, abandonando modelos agotados y abrazando un nuevo estilo de ser y hacer Iglesia.

Hemos de advertir que la renovación, difícilmente tendrá lugar sin la participación de todos los miembros de la Iglesia en la toma de decisiones y en la misión, fomentando la unidad y el respeto por la diversidad. Muchas veces por el método de la decantación, en el “todos, algunos, uno”.

El Documento final del Sínodo aporta dos realidades dentro de la perspectiva y la propuesta de la conversión. Estas son "las relaciones", que es un modo de ser Iglesia; y " los vínculos", en el signo del "intercambio de dones" entre las Iglesias vividas dinámicamente y, por tanto, para convertir los procesos.

En resumen, la Sinodalidad, la conversión y la renovación son aspectos interconectados de un proceso de transformación de la Iglesia, donde la conversión personal y comunitaria es fundamental para caminar juntos en la escucha, el discernimiento y la participación en la misión.

- Acción transformadora:

La espiritualidad sinodal no se queda en la reflexión, sino que impulsa a la Iglesia a ser agente de cambio social, promoviendo la justicia, la paz y la reconciliación en el mundo.

En un mundo marcado por el individualismo, la polarización y la fragmentación, la espiritualidad sinodal ofrece un camino para construir una Iglesia más cercana a las personas, más atenta a sus necesidades y más comprometida con la construcción de un mundo más justo y fraterno. Este enfoque espiritual requiere de una formación continua y un esfuerzo por renovar el lenguaje de la Iglesia, haciéndolo accesible y atractivo para las personas de hoy.

En resumen, la espiritualidad sinodal es una invitación a vivir la fe de manera más profunda, comunitaria y comprometida con la transformación del mundo, siguiendo el llamado del Espíritu Santo a caminar juntos en comunión, participación y misión.

CONCLUSIÓN

La espiritualidad sinodal nos invita, por tanto, a escuchar con empatía, a dialogar con libertad, a aprender con humildad, a

comunicarnos sin miedo ni reservas porque el Espíritu sopla donde quiere (Jn 4,8). Impulsar tal Sinodalidad es confiar en ese Espíritu.

Una confianza que nunca puede apartarse de adoptar posturas, actitudes, comportamientos que llevan a incorporarse a metas comunes con otras personas, dentro o fuera de instituciones. Hemos de abrirnos a la pluralidad con un horizonte de unidad o comunión. Sabemos que la unidad no es uniformidad sino confluencia de aportaciones diversas, donde se acoge y respeta el protagonismo de personas y grupos, tendencias y perspectivas de modo que el diferente no es ni enemigo ni adversario con el que establecer controversia y menos confrontación, sino escucha, esfuerzo por comprender colocándose en la realidad del otro, valoración de cosas del otro, poner al lado de ellas nuestras aportaciones.

Tal actitud puede vivirse como acción del Espíritu en cada uno, Él que es comunión, abogado de unidad que vence la confusión babélica dando paso a la intercomunicación de idiomas y culturas de Pentecostés.

Plan Quinquenal de Pastoral 2025-2030

El curso pastoral 2025-2026 que iniciamos, está enmarcado en el Plan diocesano que se ha presentado en los diversos consejos diocesanos. Se trata del plan quinquenal

El Plan Diocesano de Pastoral está en continuidad las directrices del Sínodo de la Sinodalidad, entroncado en el Jubileo de la Esperanza y teniendo como referencia las propuestas y opciones de fondo que descubrimos en la Asamblea Diocesana de 2014. Estas tres realidades estarán continuamente presentes

Curso 2025-2026: Espiritualidad. Con el objetivo de estimular y desarrollar la experiencia teologal. Los cristianos, hoy

más que nunca, necesitamos ser hombres y mujeres de fe. Estamos necesitados de conversión interior, de volvernos al Señor, de abrir más aún nuestra vida a Dios.

Curso 2026-2027: Palabra. Hacer un detenido ejercicio de acogida de la palabra de Dios, primordial referencia para la comunidad creyente. De manera que el anuncio del Evangelio resuene con fuerza en cada creyente y, por ende, en cada comunidad.

Curso 2027-2028: Celebración. Contemplaremos como en la Liturgia, el Señor se nos sigue dando; y en la Celebración lo acogemos. La Iglesia surge de una experiencia festiva, la Pascua. La oración, los sacramentos, la eucaristía forman parte de su vida. La celebración litúrgica refuerza y alimenta la vida cristiana.

Curso 2028-2029: Caridad. Prestaremos especial atención, a la llamada a servir el evangelio de la vida y la caridad efectiva. Se buscará potenciar el compromiso caritativo, especialmente entre los pobres y los jóvenes, y el diálogo con la cultura. Intensificando el compromiso caritativo, especialmente entre los pobres y los jóvenes, y el diálogo con la cultura.

Curso 2029-2030: La Comunión. Con la intención de advertir, como el Amor del Señor, ha de ser compartido. Es su Amor que nos hace hijos en el Hijo y hermanos en el Hermano. Y por consiguiente se hace vida, bienes, dones, tareas y caminos compartidos.

Se trata de un recorrido concreto, pero a la vez flexible a las indicaciones pastorales de la Iglesia universal; con la pretensión de fijarnos un camino de trabajo, que nos permita dejarnos trabajar por el Espíritu Santo a nivel diocesano, concretado en el Arciprestazgo y la parroquia.

COMPROMETIDOS SINODALMENTE

Fijando nuestra mirada en el Documento final, comprobamos como de una manera totalmente determinante, asumimos la Sinodalidad más que como estilo y método, en conexión con la identidad original de la Iglesia que es encuentro y asamblea a la vez. Donde cada creyente tiene su propio don (carisma) orientado al crecimiento del cuerpo.

La Sinodalidad nos impulsa a redescubrir y discernir la autoridad y la capacidad que caracteriza cada don y lo declina como realidades sacerdocio y profecía. Todo ello nos urge procesos de recepción, de confesión de la fe, de la transmisión de la misma; y de una constante actitud celebrativa de la misma, de forma afectiva y efectiva.

No está de más retomar las grandes líneas de pensamiento espiritual que la reflexión sinodal, nos ha dejado, y que se hacen imprescindibles, a la hora de afrontar nuestro plan quinquenal de pastoral.

Hemos de tener muy presente la necesidad de abandonar cualquier criterio jerárquico, androcéntrico y sacro, aceptando el desafío de la convergencia sinfónica de los dones de todos y cada uno de los miembros de la Iglesia. Como ejemplo mas significativo, hemos de apostar por el abandono del clericalismo.

Así mismo es importante ahondar en la conciencia de que todas las Iglesias debemos dar testimonio de nuestra naturaleza de comunión y del principio de interrelación como constitutivo del misterio de Dios y de sus criaturas. Pues somos creadas y recreadas a imagen de la Trinidad y llamadas a compartir su vida.

De capital importancia es crecer en la conciencia de que la Sinodalidad es una operación interrelacional, flexible a formas siempre nuevas, aunque se sustente en el original “caminar juntos”

que caracteriza a todos los hombres y mujeres, creyentes y no creyentes.

También se ha hecho singular hincapié en que las Iglesias somos intérpretes atentas de los “signos de los tiempos”, tanto en la conversión permanente de cada sujeto, como en la reforma permanente y necesaria de sus estructuras.

Y todo esto en aras a ser una iglesia con capacidad de anuncio y testimonio del Evangelio, de la que somos responsables todos los bautizados, en una corresponsabilidad armónica. Para ello necesitamos avanzar con valentía ante las resistencias y dificultades prácticas y de fondo.

El proceso sinodal que nuestra iglesia sinodal ha de vivir, en comunión con las Iglesias de Castilla, en particular; y de la Iglesia universal en general descansa en las siguientes opciones operativas: Apoyar procesos, favorecer todo tipo de coordinación, ofrecer constantemente formación teológica en las parcelas más necesarias; y promover ámbitos de reflexión teológica y pastoral. Todo ello en espíritu de subsidiariedad, que aleje a nuestra iglesia local de Ciudad Rodrigo de todo tipo de aislamiento.

Como dice explícitamente el documento Final del Sinodo, “se precisa una buena dosis de libertad interior, a la luz de la Palabra de Dios, para discernir qué estilo debe tener el agente de pastoral y qué estructuras o praxis pastorales son más apropiadas para la evangelización del mundo de hoy y cuáles conviene descartar o redefinir. Para ello, se pide tener presente el criterio de simplificación y flexibilidad, la realidad concreta con sus luces y sombras, la tentación de mirar al pasado y la claridad de los planteamientos, evitando el “buenismo” paralizante. Todo ello, teniendo presente que “los procesos de toma de decisiones requieren un discernimiento eclesial, que exige escuchar en un clima de confianza, favorecido por la transparencia”. La fase de

implementación sinodal busca transformar la Iglesia para que sea más capaz de anunciar el Reino de Dios y dar testimonio del Evangelio. Ese mismo espíritu debe alentar nuestro plan quinquenal de Pastoral.

Aunque transcurra y expire el año jubilar en términos cronológicos, hemos de tener en cuenta que el Jubileo de la Esperanza, es un llamado permanente a la renovación espiritual y a la confianza en el futuro, en un mundo marcado por la incertidumbre y el sufrimiento. Este evento eclesial, con vocación de proceso, proclamado por el Papa Francisco, y continuado ahora por el Papa León; busca que el tiempo vivido, bajo la óptica cristiana, sea tiempo de gracia, misericordia y reconciliación, invitándonos a redescubrir la esperanza en Cristo y a vivir con una fe fortalecida.

Con mi afecto y Bendición. Vuestro obispo

+ *José Luis Retana Gozalo*

2 SECRETARÍA

Decretos - Nombramientos - Consejos

Decretos

CONSTITUCIÓN DEL COLEGIO DE CONSULTORES

En conformidad con lo dispuesto en el C. 502, §1 CIC., y con el fin de proveer adecuadamente a las necesidades diocesanas, habiendo expirado el tiempo para el que fue constituido, por el presente Decreto CONSTITUIMOS, para el próximo quinquenio, el COLEGIO DE CONSULTORES DE LA DIÓCESIS DE CIUDAD RODRIGO, al que competen las funciones determinadas por el Derecho.

Integran dicho Colegio los siguientes miembros del Consejo Presbiteral:

1. D. José María Rodríguez-Veleiro Rodríguez
2. D. Antonio Nicolás Risueño Pérez
3. D. Prudencio Manchado Vicente
4. D. Anselmo Matilla Santos
5. D. Andrés Bajo Boada
6. D. Ángel Martín Carballo
7. D. Jesús Gutiérrez Martín

En Ciudad Rodrigo, a 2 de diciembre de 2025

+ *José Luis Retana Gozalo*
Obispo de Ciudad Rodrigo

Nombramientos

Septiembre

Día 20:

- Párroco de las parroquias de Santo Domingo de Sexmiro, y de Santiago apóstol de Martillán al Rvdo. D. Carlos Norberto Gómez Jiménez

3 ADMINISTRACIÓN, OBRAS Y PATRIMONIO

**Administración diocesana
Comisión diocesana de Obras
Delegación de Patrimonio**

Administración diocesana

CIRCULAR A LOS PÁRROCOS CON MOTIVO DEL CIERRE ECONÓMICO 2025

(Ciudad Rodrigo, a 12 de Diciembre de 2025)

Estimado Sacerdote:

Con motivo de la llegada del final del año y, por tanto, el cierre del ejercicio económico en curso, te agradecería atendieras las siguientes recomendaciones:

El próximo viernes día 19 de Diciembre se cargará en la cuenta bancaria de las parroquias, un recibo en concepto de aranceles parroquiales correspondiente a este año 2025. Dicho importe es el mismo que el adeudado en concepto de habitantes el pasado día 7 de Julio.

Antes del día 15 de Enero del próximo año, entregar en la Administración Diocesana una copia, si es el caso, de aquellas facturas que hayas recibido en tus parroquias por importe superior a 3.000 euros y una relación de todos los donativos recibidos a favor de la parroquia, indicando el importe de los mismos y el nombre, apellidos, dirección y dni de cada donante.

Ya puedes descargar de la web de la Diócesis, el impreso para rellenar el resumen anual de ingresos y gastos de este año 2025, y que te agradezco que lo entregues cumplimentado en la Administración Diocesana durante el próximo mes de Enero.

Aprovecho la ocasión para saludarte muy cordialmente y desearte una Feliz Navidad y un próspero año nuevo 2026.

Manuel Domínguez Jiménez
Ecónomo Diocesano

Comisión diocesana de Obras

INFORME DE INTERVENCIONES JULIO-DICIEMBRE

Intervenciones ejecutadas:

- Iglesia parroquial de Retortillo: acondicionamiento de aseo
- Edificio exconvento de San Agustín de Ciudad Rodrigo: sustitución de tres ventanales en claustro
- Casa parroquial de Sanjuanejo: reforma aseo

Convenio Diócesis-Diputación Provincial de Salamanca 2024-2025:

- Espadaña de la iglesia parroquial de Sepulcro Hilario
- Campanario de la iglesia parroquial de Fuenteguinaldo
- Cubierta de la ermita de la Virgen de los Caballeros de Villavieja de Yeltes

Intervenciones en ejecución:

- Iglesia parroquial de El Sagrario de la Catedral: limpieza y reparaciones en cubierta

Intervenciones aprobadas (pendientes de ejecución):

Convenio Diócesis-Diputación Provincial de Salamanca 2024-2025:

- Atrio de la iglesia parroquial de Retortillo
- Cubierta naves laterales de la iglesia parroquial de La Fuente de San Esteban
- Cubierta de la iglesia parroquial de Peñaparda
- Cubierta de portada románica de la iglesia parroquial de San Andrés de Ciudad Rodrigo
- Cubierta de la ermita de N. S. de los Remedios de San Felices de los Gallegos
- Cubierta de la iglesia parroquial de Puebla de Azaba

Enajenaciones, arrendamientos y cesión de inmuebles:

Enajenaciones:

-Casa parroquial de El Milano

Cesión de inmuebles:

-Cementerio parroquial de Casillas de Flores al Ayuntamiento de Casillas de Flores

-Cementerio parroquial de Bermellar al Ayuntamiento de Bermellar

Delegación diocesana de Patrimonio

ESTADÍSTICA DE VISITANTES DEL PROGRAMA DE APERTURA DE MONUMENTOS DE VERANO 2025 DIÓCESIS DE CIUDAD RODRIGO

MONUMENTO	Nº DE VISITANTES
Iglesia de El Sagrario de la Catedral de Ciudad Rodrigo	12.849
Iglesia de San Pedro y San Isidoro de Ciudad Rodrigo	7.990
Iglesia del Hospital de la Pasión de Ciudad Rodrigo	10.193
Iglesia de San Agustín de Ciudad Rodrigo	11.725
Iglesia de N. S. de Porta Coeli de El Zarzoso	352
Iglesia de N. S. de Entre dos Álamos de San Felices de los Gallegos	724
Iglesia conventual de la Pasión de las MM. Agustinas de San Felices de los Gallegos	384
Ermita de N. S. del Rosario de San Felices de los Gallegos	716
Iglesia de N. S. de la Asunción de Lumbrales	342
Iglesia de San Pedro apóstol de Hinojosa de Duero	302
Iglesia de San Marcos de La Fregeneda de Duero	332
TOTAL VISITAS	45.909

4 VICARÍAS

Vicaría de Pastoral

OBJETIVO PASTORAL 2025-2026 IMPULSADOS POR EL ESPÍRITU

“Buscar el rostro de Jesús en los hermanos mediante una espiritualidad sinodal, que nos fortalezca como Pueblo de Dios”

El cuidado de la Espiritualidad es una prioritaria y constante urgencia para la comunidad eclesial. Por eso con cierta periodicidad se vuelve a incidir en las programaciones anuales en la Espiritualidad. Retomemos dos momentos importantes en el caminar de nuestra Iglesia Diocesana el curso 2014- 2015, tras la Asamblea Diocesana celebrada el curso anterior, que impulsó a la Diócesis a caminar, sabiéndose impulsada por el Espíritu. Así mismo ponemos nuestra mirada en el plan trienal de Iglesia en Castilla, que con la mirada en la conversión Pastoral, ha trazado un camino, que nos lleve en comunión a una mejor vivencia evangelizadora en nuestra tierra.

Asamblea diocesana 2014 y curso 2014-15

En el curso 2014-2015, cuando con el objetivo “Ser ante sus ojos para dejar que el Señor vuelva a tocar nuestra existencia” se afrontó de forma explícita la espiritualidad inspirada por la conversión espiritual. Tal iniciativa nació directamente de las propuestas de la Asamblea diocesana, celebrada el año anterior.

De aquellas propuestas advertimos las siguientes indicaciones en aras a vivir la espiritualidad cristiana, de forma saludable:

5.1 Cuidar el encuentro de mes del Arciprestazgo como un tiempo y un lugar especial para la oración personal y comunitaria, “desde la vida y para la vida”.

5.2 Potenciar centros y ámbitos de espiritualidad en los monasterios contemplativos, donde se enseñe y se potencie la dimensión orante. Para ello, que los monasterios ofrezcan tiempos abiertos y regulados de oración para la participación de los fieles.

5.3 Crear, planificar y potenciar grupos de oración donde se desarrolle un mayor conocimiento e interés por la oración litúrgica de la Horas y por la oración bíblica, especialmente de la Lectio divina.

5.4. Promover “presbíteros orantes” que escuchen al Señor y, al mismo tiempo, escuchen el latido de la vida de nuestras gentes y comunidades. Potenciar en ellos una oración que vaya “del Padre a los hermanos” y apostar por la “oración de compromiso apostólico”.

5.5. Crear espacios de oración y de celebración no sólo en los templos sino en la calle y en conexión con lo que sucede en la vida. También en los hogares, verdaderas Iglesias domésticas, ya sea para generar y potenciar la fraternidad, ya sea para dar sentido de fe a la enfermedad y otros dramas y discapacidades. Para ello, potenciar celebraciones sencillas de la Palabra.

Este horizonte abierto por la Asamblea diocesana de 2014 nos ayuda a profundizar en el objetivo que nos marcamos para el presente año.

Realidad eclesial “IGLESIA EN CASTILLA”

Nuestra Iglesia local, en sintonía con la realidad eclesial IGLESIA EN CASTILLA, afronta “La conversión pastoral y misionera. Una llamada a la renovación del estilo pastoral y de las estructuras evangelizadoras”. Para lo que es imprescindible

ponerse a la escucha del Espíritu para entrar en un proceso de discernimiento y trabajar en torno a la conversión pastoral de las diócesis, promoviendo una renovación que se articule en dos grandes ámbitos: la reforma de las estructuras evangelizadoras y el estilo de los agentes de pastoral que se precisa para esa renovación.

Viendo como aspecto importante la pauta metodológica para que la reflexión de estos años se lleve a cabo de forma ordenada. Asumiendo el “reconocer”, “interpretar” y “elegir”.

En los dos últimos encuentros de Obispos, vicarios y arciprestes de IGLESIA EN CASTILLA, celebrados en la primera semana de cuaresma como es de costumbre se señalaron algunos retos a tener en cuenta a la hora de discernir por qué caminos debería discurrir nuestra tarea evangelizadora: la escasez de niños y jóvenes, la despoblación, el envejecimiento, la soledad (particularmente de los ancianos), los migrantes y su, a veces, difícil integración, la desestructuración de la familia, las secuelas del COVID, el desafío digital, etc.

También se insistió en la propuesta del método de la conversación en el Espíritu para hacer el esfuerzo de profundizar en la búsqueda de un sentido evangélico nuestra realidad y así ir individuando el estilo pastoral y las estructuras que más ayuden al anuncio del Evangelio en nuestras diócesis.

De esta manera, se quiere responder a la llamada del Papa Francisco en *Evangelii gaudium* para una conversión pastoral que impulse la necesaria reforma, teniendo en cuenta el contexto sociocultural y eclesial de Castilla y, sobre todo, “la primacía de la gracia”. El eje vertebral del Documento final del Sínodo sobre la Sinodalidad es la conversión, que se refiere tanto a la dimensión personal como a la comunitaria y pastoral y de las estructuras, insistiendo en que la “conversión de los sentimientos, las imágenes y los pensamientos que habitan en nuestros corazones avanza junto

con la conversión de la acción pastoral y misionera”). No es posible separar espiritualidad y acción pastoral.

Conclusión

Nuestra Diócesis busca con humildad ser alentada por el Espíritu, siguiendo caminos marcados y recorridos en tiempos anteriores; a la vez que abre sus brazos a toda aquella implicación, que le sea suscitada, tras el conveniente discernimiento.

Es un camino que emprende nuestra diócesis, absolutamente entroncado sinodalmente con el resto de las Iglesias regionales de Castilla. Se trata de un camino propio de nuestra Iglesia particular y a la vez compartido en Iglesia regional con el resto de con el resto de las iglesias que caminan hacia el Reino en Castilla. Advirtiéndolo y a la vez evitando la grave tentación de vivir aislados como pequeña iglesia local.

PROPUESTAS OPERATIVAS

Para cuidar y alentar nuestra vida según el Espíritu, proponemos:

1. Introducir en los encuentros comunitarios la dinámica de discernimiento, denominada LA CONVERSACIÓN EN EL ESPÍRITU
2. Utilizar para las catequesis mensuales de la comunidad, las catequesis del Papa Francisco, sobre el Espíritu; valiéndonos también del Catecismo de la Iglesia católica y del Youcat.
3. Facilitar la lectura y sencilla oración del Evangelio del día.
4. Insistir en la preparación reparación progresiva, dedicada y adecuada del Sacramento de la Confirmación.
5. Cuidado por parte de los Monasterios semanalmente, de un momento de oración, abierta a seglares y sacerdotes.
6. Alentar la asistencia y participación a los Encuentros Arciprestales, que versarán sobre la vida en espíritu. Teniendo en la segunda parte del retiro, una sencilla guía para la oración personal.

7. Proponer en las parroquias y unidades pastorales un momento de oración semanal, con la posibilidad de tener exposición del Santísimo.
8. Fomentar la relación viva con el Señor, cuidando la espiritualidad del Domingo; preparando con los laicos el estudio del Evangelio.
9. Alentar la oración en familia, facilitando materiales desde la delegación.
10. Cuidar la vida Espiritual de los presbíteros, de modo que tenga en su vida un especial protagonismo la oración.
11. Insistir en la preparación de las homilias, como fundamental alimento del Pueblo de Dios.

CALENDARIO DEL CURSO PASTORAL 2025- 2026

Septiembre

- El espejo de las vocaciones (Delegación de pastoral vocacional, en colaboración, con la Delegación de Medios).
- Formación de un Servicio Diocesano de Pastoral Vocacional.
- 20: Inauguración del Curso Pastoral. (Entrega de la Missio Profesores de Religión de la diócesis)
- 26 - 27: Jornada de responsables de los servicios diocesanos de pastoral vocacional.
- 27: Consejo Diocesano de Pastoral
- 28: Aniversario profesión religiosa misionera y encuentro de voluntarios (El Salvador, 12:00 h.)

Octubre

- Comienzo de Grupo de Primer Anuncio en parroquia piloto. (Delegación de apostolado seglar)
- El espejo de las vocaciones (Delegación de pastoral vocacional, en colaboración , con la Delegación de Medios).
- Presentación del Seminario Menor en Familia. (Delegación de vocaciones)
- 1: Santa Teresita del Niño Jesús, patrona de las Misiones

- 1: Día internacional de las personas mayores
- 3-5: Jubileo del Mundo Misionero (Roma)
- 4: Jornada ecuménica de oración por la creación (Cáritas)
- 4: Témperas de Acción de gracias y de petición.
- 17: Vigilia del DOMUND (Delegación de Misiones).
- 17 - 19. Reunión de rectores y formadores de seminarios mayores.
- 18: Huchas del DOMUND por las calles (12 h.)
- 19: Jornada Mundial de las Misiones (DOMUND). Eucaristía en las Parroquias y colecta.
- 19: Ruta Familiar (Delegación de familia)
- 24-26. Seminario Menor en Familia. (Delegación de Pastoral Vocacional)
- 25-26: Jornada de Formación de Delegados de Apostolado Seglar en la CEE
- 26-28: VIII Encuentro regional de sacerdotes jóvenes (Dueñas. Palencia) (Delegación del clero)
- 31: Holywins (Delegación de Misiones).

Noviembre

- Jornada diocesana de formación permanente del clero, en el Salón Mazarrasa del Obispado.
- El espejo de las vocaciones (Delegación de Pastoral Vocacional, en colaboración, con la Delegación de Medios).
- 1: Solemnidad de todos los Santos
- 2: Conmemoración de los Fieles Difuntos.
- 4. Reunión de coordinación del voluntariado (Pastoral de la Salud)
- 8: Jornada de Formación de Delegados de Familia en la CEE.
- 8: Jubileo de los niños de catequesis.
- 19: Jornada mundial de los pobres
- 20: Celebración de la Dedicación de la S.I. Catedral
- 20: DÍA UNIVERSAL DE LOS DERECHOS DE LA INFANCIA.
- 23: Solemnidad de Nuestro Señor Jesucristo Rey el Universo .
- 21- 23. Seminario Menor en Familia. (Delegación de Pastoral Vocacional)

25: DÍA INTERNACIONAL DE LA ELIMINACIÓN DE LA VIOLENCIA DE GÉNERO.

25: Encuentro de Oración por los enfermos, en el Convento de Madres Carmelitas de Ciudad Rodrigo (Delegación de Pastoral de la salud)

26: Solemnidad de san Cayetano, patrón del Seminario Diocesano.

27: Oración con la Vida Contemplativa. MM. Agustinas (San Felices)

30: Comienza el tiempo de Adviento

Diciembre

– El espejo de las vocaciones (Delegación de Pastoral Vocacional, en colaboración, con la Delegación de Medios).

3: San Francisco Javier, patrono de las Misiones

7: Vigilia de la Inmaculada. Oración vocacional y juvenil (Delegación de Pastoral Vocacional en colaboración con el Secretariado Diocesano para la Adolescencia y la Juventud).

14-16: Seminario Menor en Familia. (Delegación de Pastoral Vocacional)

20: Sembradores de Estrellas. Desde Parque La Glorieta, 12 h. (Delegación de Misiones)

23: Encuentro de Oración por los enfermos, en el Convento de Madres Carmelitas de Ciudad Rodrigo (Delegación de Pastoral de la salud)

25: Natividad del Señor. Comienza el tiempo de Navidad

28: Festividad de la Sagrada Familia.

¿29?: Encuentro de Navidad del presbiterio diocesano (Seminario Diocesano de Ciudad Rodrigo)

Enero

– El espejo de las vocaciones (delegación de pastoral vocacional, en colaboración, con la Delegación de Medios).

1: Solemnidad de Santa María Madre de Dios. Jornada Mundial por la Paz

6: Epifanía del Señor.

11: Fiesta del Bautismo del Señor
 12: Comienza el Tiempo Ordinario
 15-22: Octavario de oración por la Unidad de los Cristianos.
 17: Reunión de coordinación del voluntariado (Pastoral de la Salud)
 18: Jornada de Infancia Misionera
 20: San Sebastián, patrono de Ciudad Rodrigo.
 23-25: Encuentro de rectores y formadores de Seminarios Menores en Madrid.
 24: Festividad de Francisco de Sales (Delegación de medios de Comunicación)
 24: Encuentro diocesano de catequistas. (Delegación de Catequesis)
 25: XII Marcha misionera a Ivanrey (Delegación de Misiones)
 25: Domingo de la Palabra de Dios.
 27: Encuentro de Oración por los enfermos, en el Convento de Madres Carmelitas de Ciudad Rodrigo (Delegación de Pastoral de la salud)
 29: Oración con la Vida Contemplativa. MM. Franciscanas (El Zarzoso) (Delegación de Misiones)
 30: Día Mundial de la NO VIOLENCIA y LA PAZ
 30- 1 de febrero: Seminario Menor en Familia. (Delegación de Pastoral Vocacional)

Febrero

– Jornada diocesana de formación permanente del clero (Salón Mazarrasa del Obispado)
 – El espejo de las vocaciones (delegación de pastoral vocacional, en colaboración, con la Delegación de Medios).
 2: Fiesta de la Presentación de la Presentación del Señor. Jornada Mundial de la vida consagrada.
 4: Día internacional de la fraternidad humana.
 5: Día internacional de la FRATERNIDAD HUMANA
 9-11: Encuentro nacional de Vicarios generales y de Pastoral, en Huelva.

9-15: Semana del matrimonio. (Delegación de Familia)
 11: Jornada Mundial del enfermo. Eucaristía por la JME 2026 en la Residencia Mixta de Ciudad Rodrigo.
 18: Miércoles de Ceniza. Comienza el tiempo de Cuaresma.
 24: Encuentro de Oración por los enfermos, en el Convento de Madres Carmelitas de Ciudad Rodrigo (Delegación de Pastoral de la salud)
 26: Oración con la Vida Contemplativa. (MM. Carmelitas) (Delegación de Misiones)
 27 - 1 de marzo: Seminario Menor en Familia. (Delegación de Pastoral Vocacional)
 – 15 de febrero: Celebración dominical por los enfermos en las parroquias.

Marzo

– Retiro en Batuecas (Delegación de Apostolado Seglar)
 – El espejo de las vocaciones (Delegación de Pastoral Vocacional, en colaboración, con la Delegación de Medios).
 2: Jornada de Hispanoamérica.
 4-5: Encuentro nacional de voluntarios de Misiones (Madrid)
 8: Día internacional de la mujer.
 10: Reunión de coordinación del voluntariado (Pastoral de la Salud)
 18: Vísperas solemnes de san José en la Capilla Mayor del Seminario Diocesano. Invitación a los párrocos de los seminaristas.
 19: San José, patrón de todos los Seminarios. Eucaristía solemne en la Capilla Mayor del Seminario Diocesano.
 20: Viacrucis de los niños (Misioneras Providencia-El Salvador, 17:30h.) (Delegación de Misiones)
 20-22: Seminario menor en familia. Campaña del Día del Seminario.
 22: Día del Seminario.
 22: Ruta Familiar. (Delegación de Familia)

24: Encuentro de Oración por los enfermos, en el Convento de Madres Carmelitas de Ciudad Rodrigo (Delegación de Pastoral de la salud)

25: Jornada por la Vida

29: Día internacional del empleo doméstico.

31: Misa Crismal y encuentro del presbiterio (S. I. Catedral-Seminario)

Abril

– Sesiones online de formación prematrimonial (Delegación de Familia)

– El espejo de las vocaciones (Delegación de Pastoral Vocacional, en colaboración, con la Delegación de Medios).

1: Jueves Santo. Comienza el Triduo Pascual

5: Domingo de Pascua: empieza el tiempo de Pascua.

17-19 Seminario Menor en Familia. (Delegación de Pastoral Vocacional)

17-19: Encuentro Misionero de Jóvenes (Madrid)

18: Encuentro de Novios (Delegación de Familia)

21: Encuentro de Oración por los enfermos, en el Convento de Madres Carmelitas de Ciudad Rodrigo (Delegación de Pastoral de la salud)

22: Mañana de oración por las vocaciones en la capilla del Seminario. (Delegación de Pastoral Vocacional)

26: Domingo del Buen Pastor. Jornada mundial de oración por las vocaciones y de las vocaciones nativas (Delegación de Misiones en colaboración Delegación de Pastoral Vocacional).

27: San Isidoro de Sevilla, patrono de la Diócesis de Ciudad Rodrigo (S. I. Catedral.)

28: Encuentro Regional de formación para voluntarios de la Región de Castilla-Duero, en Valladolid (Delegación de Pastoral de la salud)

Mayo

– Retiro en Batuecas (Delegación de Apostolado Seglar)

- El espejo de las vocaciones (Delegación de Pastoral Vocacional, en colaboración, con la Delegación de Medios).
- 9: Ofrenda floral de los niños a la Virgen (S. I. Catedral, 12:15 h.)
- 9: Eucaristía y Unción de los enfermos (Barruecopardo).
- 10: Fiesta de San Juan de Ávila, patrono del clero secular español.
- 10: Pascua del Enfermo. Celebración de la Pascua del Enfermo en las parroquias. (Delegación de Pastoral de la salud)
- 12-14: Jornadas nacionales de Delegados de Misiones (Madrid)
- 19: Encuentro de Oración por los enfermos, en el Convento de Madres Carmelitas de Ciudad Rodrigo (Delegación de Pastoral de la salud)
- 23: Encuentro diocesano de Pentecostés.
- 22-24 Seminario Menor en Familia. (Delegación de Pastoral Vocacional)
- 24: Domingo de Pentecostés (Jornada de la Acción Católica y del Apostolado Seglar)
- 25: Prosigue el tiempo ordinario
- 28: Fiesta de Jesucristo Sumo y Eterno Sacerdote (Bodas de oro y plata sacerdotales)

Junio

- El espejo de las vocaciones (Delegación de Pastoral Vocacional, en colaboración, con la Delegación de Medios).
- Encuentro regional de fin de curso.
- 7: Festividad de Corpus- Cristi.
- 9: Reunión de coordinación del voluntariado (Pastoral de la Salud)
- 18: Oración con la Vida Contemplativa-Fin de curso. MM. Franciscanas (El Zarzoso)
- 23: Encuentro de Oración por los enfermos, en el Convento de Madres Carmelitas de Ciudad Rodrigo (Delegación de Pastoral de la salud)
- 24: Aniversario de la ordenación episcopal de Mons. José Luis Retana Gozalo
- 29-3 de Julio: Campamento vocacional Samuel para niños de 4º de Primaria a 3º de la ESO.

30-4 de Julio: XLI Peregrinación Diocesana a Lourdes.
(Delegación de Pastoral de la salud)

Julio

– Encuentro de seminaristas menores de Bachillerato de toda España.

– Encuentro de verano de los seminaristas.

4: Día del Misionero Diocesano

6-9: 79ª Semana de Misionología (Burgos)

9 -12: Jornadas de Formación para Delegados de Familia con la CEE.

26: Día de los Abuelos y los Mayores.

Agosto

4: Rastrillo del Martes Chico de Manos Unidas

11: Rastrillo del Martes Mayor de Manos Unidas

11: Puesto en el mercadillo del Martes Mayor de Delegación de Misiones

15: La Asunción de Nuestra Señora. Titular de la S.I.Catedral.
Jornada de ayuda a la Iglesia diocesana

31-4 de Septiembre: Ejercicios Espirituales para sacerdotes
(Seminario Diocesano de Ciudad Rodrigo)

5 CRÓNICA DIOCESANA

Crónica diocesana

Julio

— La Delegación diocesana de Enseñanza clausura el curso con un encuentro con profesores de Religión.

— La Virgen “Reina de Radio María” visita El Bodón.

— Un grupo de 22 personas de la Diócesis de Ciudad Rodrigo, acompañadas por el obispo, Mons. José Luis Retana, participan en una peregrinación al Santuario de Nuestra Señora de Lourdes.

— El obispo, Mons. José Luis Retana, junto a los vicarios episcopales José María Rodríguez-Veleiro y Antonio Risueño, participaron en el encuentro de verano de los obispos de Iglesia en Castilla que se celebró los días 7 y 8 de julio en la Diócesis de Osma-Soria.

— Sancti Spiritus honra a la Virgen del Carmen con su tradicional peregrinación a la finca de Carreros

— La parroquia de El Maíllo concluye su proyecto artístico sobre María Magdalena

— La Diócesis recibe una hornacina barroca del siglo XVII para la iglesia de Fuentes de Oñoro

— Pastoral Familiar impulsa la V Jornada Mundial de los Abuelos y Mayores con tres actos diocesanos

— Diecisiete jóvenes de la diócesis junto al obispo, Mons. José Luis Retana, y los responsables de Pastoral juvenil, peregrinan a Roma para ganar el Jubileo

Agosto

— Las Hermanas de Marta y María, que prestan su servicio en la Casa Sacerdotal de Ciudad Rodrigo y en la Residencia San José, celebran la fiesta de Santa Marta en Fuenteliante

— Mons. José Luis Retana saluda al papa León XIV en el Jubileo de los Jóvenes

— Ituero de Azaba celebra los actos principales del V Centenario de su iglesia. Una representación teatral, una visita guiada al templo y una misa solemne en la fiesta de San Cayetano fueron algunas de las actividades organizadas

— La Diócesis de Ciudad Rodrigo se une a la jornada de ayuno y oración por la paz convocada por el Papa León XIV, intensificando la oración y ofreciendo gestos de ayuno en comunión con la Iglesia universal

— Las Hermanitas de los Ancianos Desamparados celebran la fiesta de su fundadora, Santa Teresa de Jesús Jornet, con una eucaristía en la capilla de la Residencia de San José, en Ciudad Rodrigo

— El obispo auxiliar de Madrid, Mons. Vicente Martín Muñoz, guía estos días en Ciudad Rodrigo una tanda de Ejercicios espirituales dirigida al clero diocesano

Septiembre

— Los tres colegios de las Misioneras de la Providencia celebran en Ciudad Rodrigo una convivencia de inicio de curso

— El obispo emérito de Ávila, Mons. Jesús García Burrillo, preside la eucaristía en el santuario de la Peña de Francia en la fiesta de la Natividad de la Virgen

— El delegado diocesano de Enseñanza reflexiona en Madrid sobre cine y evangelización

— La espiritualidad sinodal inspira el nuevo curso pastoral: ‘Impulsados por el Espíritu’

— La Hna. Teresa Herrero celebra 60 años de vocación religiosa. La Delegación de Misiones lo celebra con una eucaristía en acción de gracias en la parroquia de El Salvador

Octubre

— Cáritas celebra una mesa redonda sobre la responsabilidad de cuidar el medio ambiente, enmarcada en el Tiempo de la Creación, con las intervenciones de Rufino Antúnez, Isabel Cervera y Carlos Dávila

— Cáritas diocesana celebra el Día Internacional de las Personas Mayores, compartiendo un vídeo grabado en la Plaza del Buen Alcalde de Ciudad Rodrigo y organizando la representación teatral de ‘El charlatán’

— La Delegación Diocesana de Familia y Vida promueve una nueva marcha familiar por Navasfrías, dentro de la propuesta pastoral “Vamos a caminar en familia por nuestra diócesis”

— Doce docentes civitatenses participan en Zamora en el VII Congreso Regional de Religión que se celebra bajo el lema ‘El patrimonio como recurso educativo’

— El vicario general de la Diócesis de Ciudad Rodrigo, José María Rodríguez-Veleiro, asiste en el VIII Encuentro para las Oficinas de Protección de Menores, organizado en Madrid por el Servicio de Protección de Menores de la Conferencia Episcopal Española

— La Delegación de Misiones celebra el Día Mundial de las Misiones con un encuentro de oración en la parroquia de El Sagrario y una actividad solidaria de los niños con las huchas misioneras, entre otros actos

— La directora y el secretario de Cáritas diocesana de Ciudad Rodrigo participan en Palencia en un encuentro de reflexión donde compartieron diferentes experiencias en torno a “Acompañar sembrando esperanza”

— Cáritas impulsa junto a Cruz Roja y AFEMC un espacio de diálogo sobre salud mental y acompañamiento comunitario

— Más de un centenar de civitatenses peregrinan al Monasterio de Guadalupe

— El vicario de pastoral participa en Roma en el Jubileo de los Equipos Sinodales

— CONFER Salamanca y Ciudad Rodrigo renueva su junta directiva

Noviembre

— Manos Unidas invita a iluminar el mundo con gestos de solidaridad asistiendo a la eucaristía que celebra en la parroquia de San Cristóbal, encendiendo velas, y leyendo un manifiesto

— El obispo, Mons. José Luis Retana, junto al ecónomo diocesano y tres laicos, presenta la campaña del Día de la Iglesia Diocesana, invitando a redescubrir la pertenencia y compromiso con la comunidad cristiana

— El jesuita Elías Royón abre el curso de formación permanente del clero diocesano con una charla titulada ‘El sacerdote, sanador herido’

— Los niños llenaron de alegría y esperanza la Catedral en su Jubileo en una actividad promovida por la Delegación diocesana de Catequesis y la Vicaría de Pastoral dentro del Año Santo 2025

— Monsagro honra a sus beatos, Fr. Pedro Luis y Fr. Vidal Luis, en la memoria de los mártires del 6 de noviembre

— Cáritas de Ciudad Rodrigo invita a participar en el Círculo del Silencio por la Jornada Mundial de los Pobres. Se trata de un gesto comunitario de oración y compromiso con quienes más sufren

— El presbiterio diocesano aborda la dimensión humana del sacerdote en su encuentro de formación. La sesión, fue impartida por el jesuita Elías Royón, quien profundizó en la fragilidad y las heridas que acompañan la vida y misión del sacerdote

— Ciudad Rodrigo participa en las Jornadas de Familia y Vida de la Conferencia Episcopal Española con la asistencia del delegado diocesano en ese encuentro centrado en los retos actuales de la pastoral familiar

— La Diócesis conmemora los 865 años de la dedicación de la Catedral de Santa María con una eucaristía solemne

— Mons. José Luis Retana participa en la 128ª Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española. Los obispos

españoles trabajan en las nuevas líneas pastorales, la sinodalidad diocesana y la atención a las víctimas...

— El Seminario San Cayetano celebra su fiesta con una eucaristía por las vocaciones sacerdotales

— Manos Unidas inaugura su rastrillo solidario en el Palacio Episcopal de Ciudad Rodrigo que permite recaudar fondos para apoyar proyectos de desarrollo para jóvenes y familias en países empobrecidos como Mali, Haití o Nicaragua

— La Pastoral de la Salud convoca el primer encuentro del curso de oración por los enfermos

— El obispo comparte con los mayores de la Residencia San José, atendida por las Hermanitas de los Ancianos Desamparados, la alegría del Jubileo

— Cáritas Diocesana de Ciudad Rodrigo presenta su campaña de Navidad bajo el lema ‘Hagamos que tener una vida digna no sea cuestión de suerte’. El acto contó con la presencia de la directiva de la entidad, junto al obispo, Mons. José Luis Retana

Diciembre

— Los niños del Colegio de las Misioneras de la Providencia llevan su felicitación de Navidad al obispo. Los escolares recorrieron la Curia diocesana y descubrieron cómo se organiza la vida de la diócesis

— Pastoral Juvenil convoca la Vigilia diocesana de la Inmaculada en la parroquia de El Salvador

— La Residencia San José organiza un mercadillo solidario en apoyo a los damnificados por los incendios con artículos de decoración, trabajos de costura y diversas creaciones elaboradas por los propios residentes

— Representación civitatense con Daniel Mielgo y Teresa Anciones en el XL Encuentro Nacional del Diaconado Permanente celebrado en Santander

— Apostolado Seglar convoca una oración de alabanza como preparación a la Navidad en la iglesia de San Cristóbal. La jornada

finalizó con una chocolatada solidaria a favor de Cáritas diocesana de Ciudad Rodrigo

— Los niños felicitan la Navidad en nombre de los misioneros sembrando de estrellas las calles y plazas de Ciudad Rodrigo

— La Residencia Hospital de la Pasión celebra el Jubileo de la Esperanza. Los residentes, las religiosas Siervas de María y los trabajadores comparten una celebración jubilar presidida por el obispo

— Las parroquias de Aldehuela de Yeltes, Puebla de Yeltes, Morasverdes y El Maíllo preparan un Belén viviente inspirado en el Cántico de las criaturas

— La Junta concede una subvención de más de 290.000 euros para el arreglo de la iglesia de la Tercera Orden y del solado de la iglesia de San Agustín en Ciudad Rodrigo

— La diócesis felicita la Navidad al obispo en un encuentro de comunión en el salón Mazarrasa. Las Delegaciones diocesanas, congregaciones religiosas, Cáritas y sacerdotes participan en este gesto de cercanía y agradecimiento al pastor diocesano

— Pastoral Familiar propone una tarde de cine con la proyección de la película ‘El Rey de Reyes’ para celebrar a la Sagrada Familia

— La Diócesis de Ciudad Rodrigo clausura el Año Santo con una solemne eucaristía en la Catedral presidida por el obispo, Mons. José Luis Retana.

6 IGLESIA EN ESPAÑA

RESUMEN DE LA 128ª ASAMBLEA PLENARIA DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA

(Madrid, del 18 al 21 de noviembre de 2025)

Los obispos españoles celebran su 128ª Asamblea Plenaria del 18 al 21 de noviembre en la sede de la Conferencia Episcopal Española (CEE). El secretario general, Mons. Francisco César García Magán, informa en rueda de prensa, el viernes 21 de noviembre, de los trabajos que se realizan en este encuentro.

El inicio de la Asamblea ha estado marcado por la visita de la Comisión Ejecutiva al papa León XIV el lunes 17 de noviembre. Una visita a la que dedicó el presidente de la CEE, Mons. Luis Argüello, las primeras palabras de su discurso inaugural. La Comisión Ejecutiva, destacó, tuvo la oportunidad de expresar al Santo Padre “nuestra obediencia y comunión”; además de invitarlo a visitar España. También tuvo un recuerdo para el papa Francisco resaltando la expresión que utilizó en la que fue su última homilía, el Domingo de Resurrección: «Apresurémonos, pues, a salir al encuentro de Cristo». “Pareciera –subrayó– que el papa ha querido responder a esta llamada y que Dios le ha permitido vivirla”. Y musitó: «Gracias por traerme de nuevo a la plaza» en una “expresión que resume su afán por salir y acompañar”.

El secretario de la Nunciatura, Mons. Giuseppe Commisso, en su saludo a la Asamblea, también hizo referencia al encuentro con León XIV que representa “la búsqueda de una comunión que no sea solo teórica, sino efectiva y dinámica”. Además, transmitió

el saludo y la cercanía del nuevo nuncio apostólico, Mons. Piero Pioppo, que llegará a España el próximo 5 de diciembre.

Participantes en la Asamblea

La Asamblea ha reunido a los obispos miembros de pleno derecho, excepto los obispos de Huelva, Vic, Cádiz y Ceuta, Mallorca y Jerez de la Frontera. También han participado como miembros los administradores diocesanos de Astorga, Francisco Javier Gay, Teruel y Albarracín, Alfonso Belenguer, y Osma-Soria, Gabriel-Ángel Rodríguez Millán. Además de varios obispos eméritos que tienen voz, pero no voto.

Han participado por primera vez en la Asamblea Mons. Eloy Alberto Santiago, obispo de San Cristóbal de La Laguna (Tenerife); Mons. Ángel Román, obispo de Albacete; Mons. Pedro Aguado, Sch.P., obispo de Jaca y de Huesca; y Mons. Daniel Palau, obispo de Lérida.

Mons. Santiago se ha incorporado a la Subcomisión Episcopal para las Relaciones interconfesionales y el Diálogo interreligioso; Mons. Román a la Comisión Episcopal para la Pastoral social y Promoción humana; Mons. Aguado, a la Comisión Episcopal para la Educación y Cultura; y Mons. Palau, a las Comisiones Episcopal para la Doctrina de la Fe y Medios de Comunicación Social.

Líneas pastorales para el cuatrienio 2026-2030

La Plenaria continua el estudio de las líneas pastorales que marcarán el trabajo de la CEE durante el cuatrienio 2026-2030. En la parte previa de su elaboración, se recabaron las contribuciones de los obispos en las distintas reuniones, las que se han aportado desde las Provincias Eclesiásticas y las de los directores de la CEE. En una fase posterior, un grupo de trabajo ha sintetizado todas las propuestas para la redacción del texto definitivo. Además de las

líneas generales, en la IV parte, se incluyen las líneas de trabajo y acciones de las Comisiones Episcopales.

Aplicación de la sinodalidad en las diócesis

Otro de los temas del orden del día, ha sido estudiar las propuestas que ha presentado Mons. Francisco Conesa, referente sinodal de la CEE, para la aplicación de la sinodalidad en las diócesis. El objetivo es experimentar prácticas y estructuras renovadas para que la vida de la Iglesia en las diócesis sea más sinodal en línea con el documento final de la Asamblea sinodal que implica desarrollarla en las diócesis de manera coherente. En este sentido se propuso la creación de los equipos sinodales en las diócesis y de referentes sinodales que existen ya prácticamente en todas las diócesis.

Informe de la Comisión Asesora del Plan PRIVA

Los obispos han conocido el informe anual de la Comisión Asesora del Plan de Reparación Integral a los menores y personas equiparadas en derechos, víctimas de abusos sexuales (PRIVA). Han hecho la presentación la representante de la CEE en esta Comisión, Cristina Guzmán, y el director del Servicio de Coordinación y Asesoramiento de las Oficinas para la Protección de Menores, Jesús Rodríguez Torrente. Los obispos han valorado y agradecido el trabajo realizado. Hasta la fecha se han presentado en esta Comisión 101 casos, 58 ya están resueltos y comunicados y de los otros casos se ha solicitado ya la información necesaria para poder establecer el cauce de reparación.

El cuidado y el servicio de los obispos eméritos

La Plenaria ha aprobado unas Orientaciones sobre el acompañamiento y el servicio que pueden prestar los obispos eméritos en las diócesis y en la CEE. El documento aúna el estudio realizado por la Comisión Episcopal para el Clero y Seminarios, que preside Mons. Jesús Pulido, y el texto normativo del Consejo Episcopal para Asuntos jurídicos, que preside Mons. Casimiro

López Llorente. También se ha contado con la colaboración de la Vicesecretaría para Asuntos económicos. Con estas orientaciones se concretan los criterios generales que aprobó la 127ª Asamblea Plenaria (31 de marzo-4 de abril de 2025).

Temas de las Comisiones Episcopales y otros organismos de la CEE

También se han abordado distintos documentos y proyectos en los que trabajan las Comisiones Episcopales y otros organismos de la CEE.

Mons. Jesús Vidal, presidente de la Subcomisión Episcopal para los Seminarios, ha intervenido en la Plenaria con una reflexión sobre la situación actual de los seminarios en la que se han tocado aspectos como la realidad vocacional o los criterios de actualización formativa.

El presidente de la Comisión Episcopal para los Laicos, Familia y Vida, Mons. Carlos Escribano y la presidenta de Acción Católica General Eva Fernández Mateo han informado sobre la situación actual de Acción Católica General y el nuevo proyecto evangelizador en el que están trabajando.

Mons. Escribano también ha presentado una propuesta sobre la presencia de los laicos en la vida pública.

Mons. José Manuel Lorca Planes presentó a la Plenaria el Plan de Comunicación de la CEE que ha redactado la Comisión Episcopal para las Comunicaciones Sociales, como se indicaba en las Orientaciones Pastorales vigentes.

También ha presentado la propuesta de esta Comisión para crear una Escuela de Verano de la CEE. Esta Escuela tendría como punto de partida los cursos que ya organizan las diversas Comisiones y se ampliaría con otros nuevos. La Asamblea ha

encargado a la Secretaría general para que, junto con los directores de las distintas Comisiones, puedan ofrecer un plan detallado a los obispos en la próxima Comisión Permanente. Se trata de ofrecer formación sobre cuestiones que están en el interés de la Iglesia y de la sociedad y que puedan servir como lugar de diálogo y encuentro con la sociedad y un cauce de formación para laicos, religiosos, seminaristas y sacerdotes.

La Plenaria ha dado el visto bueno al texto definitivo de la Regulación del «Consejo General de la Iglesia en la Educación». Este documento recoge las aportaciones de la 127ª Asamblea Plenaria, que ya aprobó la propuesta y el documento base, y las aportaciones de los miembros del Pleno y del Seminario Permanente de este Consejo.

La Comisión Episcopal para la Educación y Cultura, que preside Mons. Alfonso Carrasco, ha puesto en marcha este Consejo para dar continuidad al camino que se emprendió en el Congreso La Iglesia en la Educación. Presencia y Compromiso, de febrero de 2024. Entre sus objetivos está abordar de manera conjunta los grandes desafíos que las entidades educativas católicas afrontan en la actualidad.

Asuntos económicos

Fernando Giménez Barriocanal ha sido renovado en el cargo de vicesecretario para Asuntos Económicos de la CEE para los próximos cinco años. Según indica el Reglamento de Ordenación Económica, el vicesecretario para Asuntos Económicos “será nombrado por un quinquenio, renovable, por la Asamblea Plenaria de la Conferencia, a propuesta de la Comisión Permanente, oído el Consejo de Economía”. Giménez Barriocanal fue nombrado por primera vez en noviembre de 2005.

Como es habitual en la Plenaria de noviembre, los obispos han dado su visto bueno al presupuesto del Fondo Común

Interdiocesano y de la Conferencia Episcopal para 2026, que se presentarán próximamente.

Celebración ecuménica con motivo del 1700 aniversario del Concilio de Nicea

En el marco de la Plenaria, el jueves 20 de noviembre, a las 20.00 h., la catedral de La Almuneda acogió una celebración ecuménica con motivo del 1700 aniversario del Concilio de Nicea, considerado el primer Concilio ecuménico de la Iglesia Católica. En el acto se hizo pública una Declaración conjunta con el resto de las confesiones cristianas en España.

La Subcomisión Episcopal para las Relaciones Interconfesionales y el Diálogo Interreligioso, que preside Mons. Ramón Valdivia, ha sido la encargada de redactar y consensuar el texto y organizar el acto ecuménico.

Otros asuntos del orden del día

La Plenaria ha aprobado la celebración de las II Jornadas de actualización para Obispos, que tendrá lugar los días del 12 al 15 de julio de 2026 en Covadonga (Asturias). También han conocido el nuevo informe sobre exclusión y desarrollo social en España, elaborado por la Fundación Foessa.

En el capítulo dedicado a las asociaciones nacionales, la Plenaria ha aprobado los estatutos y erección de la Fundación educativa pía autónoma privada de ámbito nacional “López Vicuña” y la modificación de los Estatutos de la Asociación de Ciegos Españoles Católicos (CECO).

RESUMEN DE LA 270ª COMISIÓN PERMANENTE DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA

(Madrid, 30 de septiembre y 1 de octubre de 2025)

La Comisión Permanente de la Conferencia Episcopal Española (CEE) ha celebrado su 271 reunión los días 30 de septiembre y 1 de octubre en Madrid.

En este encuentro se ha seguido trabajando sobre las Líneas Pastorales de la CEE para el cuatrienio 2026-2030. Los obispos han estudiado el borrador que ha presentado el presidente de la Conferencia Episcopal, Mons. Luis Argüello. A este texto se incorporaron las aportaciones de las Comisiones Episcopales y, ahora, las de los obispos de la Permanente para presentarlo de nuevo en la Asamblea Plenaria de noviembre.

Informaciones de las Comisiones Episcopales

Declaración sobre el 1.700 aniversario del Concilio de Nicea

Los obispos de la Comisión Permanente han aprobado el texto definitivo de la Declaración conjunta, con el resto de las confesiones cristianas en España, que se va a hacer público en el acto ecuménico con motivo del 1.700 aniversario del Concilio de Nicea, considerado como el primer Concilio ecuménico de la Iglesia Católica.

La Subcomisión Episcopal para las Relaciones Interconfesionales y el Diálogo Interreligioso, que preside Mons. Ramón Valdivia, ha sido la encargada de redactar y consensuar el texto y organizar el acto ecuménico que tendrá lugar en la catedral de la Almudena en el marco de la Plenaria de noviembre.

Aprobación del plan de ayudas a las diócesis en su misión educativa con los colegios diocesanos

La Asamblea Plenaria de noviembre de 2024 aprobó incluir en el fondo común interdiocesano una partida para los colegios diocesanos; así como, además, la posibilidad de ayudar a los obispos diocesanos en algún proyecto educativo concreto. El presidente de la Comisión Episcopal para la Educación y Cultura, Mons. Alfonso Carrasco, ha presentado los proyectos aprobados por la Comisión y la Permanente ha ratificado la decisión de esta Comisión.

El cuidado y el servicio de los obispos eméritos

La Asamblea Plenaria aprobó en su anterior reunión los criterios generales que se deben aplicar sobre el cuidado y el servicio que los obispos eméritos pueden prestar a las diócesis y a la Conferencia Episcopal. En aquel momento se encomendó a la Comisión del Clero, que preside Mons. Jesús Pulido, hacer unas orientaciones sobre su aplicación concreta y solicitar al Consejo Episcopal para Asuntos jurídicos su aportación sobre esa colaboración del obispo emérito. Con estas dos aportaciones se elaborará el texto para presentarlo en la Asamblea Plenaria.

Propuesta para la aplicación de la sinodalidad en las diócesis

Mons. Conesa, referente de la CEE para el Sínodo, ha presentado unas propuestas para la aplicación de la sinodalidad en las diócesis españolas, después de enviar a los obispos españoles una serie de indicaciones sobre la actual fase del Sínodo, en concreto, sobre la constitución de los equipos sinodales diocesanos y sobre la participación de los mismos en el Jubileo. Las propuestas han sido presentadas a la Comisión Permanente que ha dialogado sobre ellas y realizado algunas aportaciones. El texto pasa a la Plenaria de noviembre con un cronograma de presentación a las diócesis.

Plan de Comunicación y Universidad de Verano

El presidente de la Comisión Episcopal para las Comunicaciones Sociales, Mons. José Manuel Lorca Planes, ha llevado dos temas a esta reunión de la Comisión Permanente.

Por un lado, el Plan de Comunicación de la Conferencia Episcopal Española. La elaboración de este Plan, es una de las acciones incluidas en las Orientaciones pastorales vigentes de la CEE. Los obispos han propuesto algunas sugerencias y el documento también se dará a conocer a los obispos en la próxima Asamblea Plenaria.

Además, ha presentado una propuesta para la creación de un ámbito de encuentro y diálogo con la sociedad con un formato similar al de las universidades de verano, recogiendo las actividades formativas que ya realizan las Comisiones Episcopales y ampliándola a temas que puedan resultar de interés. Los obispos han pedido que las Comisiones profundicen en esta idea y que sea presentada en la próxima Asamblea Plenaria.

Propuesta sobre la presencia de los laicos en la vida pública

El presidente de la Comisión Episcopal para los Laicos, Familia y Vida, Mons. Carlos Escribano, ha presentado una propuesta sobre la presencia de los laicos en la vida pública. Esta iniciativa tiene su origen en las líneas de trabajo del Congreso de Laicos Pueblo de Dios en salida. Ha presentado a la valoración de los obispos el iter para la realización de esa presencia en las diócesis y en grupo parroquiales, con la idea de formar y acompañar a los fieles laicos para su presencia en la vida pública. Los miembros de la Comisión Permanente han realizado aportaciones y el texto pasa a la próxima Asamblea Plenaria.

Otros temas del orden del día

La Comisión Permanente ha aprobado el temario de la Asamblea Plenaria de noviembre. También han dedicado un tiempo

a distintos temas de seguimiento y económicos; además del habitual capítulo de nombramientos.

Nombramientos

En la Conferencia Episcopal Española

- Francisco Ramírez Mora, laico de la archidiócesis de Toledo, como nuevo director del secretariado de la Subcomisión Episcopal para la Juventud y la Infancia. Sustituye al sacerdote Raúl Tinajero Ramírez.
- José Benito Gallego Marchante, sacerdote de la Hermandad de Sacerdotes Operarios Diocesanos, como director del Servicio de Pastoral Vocacional.
- Antonio Roura Javier, director de la Comisión Episcopal para la Educación y Cultura, nuevo experto delegado de la Conferencia Episcopal Española en la Comisión de Educación y Cultura de la COMECE. Sustituye a Raquel Pérez Sanjuán.

La Comisión Permanente ha dado su autorización para que la Subcomisión Episcopal para las Relaciones Interconfesionales y el Diálogo Interreligioso nombre a Luis Santamaría del Río, laico de la diócesis de Zamora, como nuevo consultor de esta Subcomisión.

También ha dado su visto bueno para que la Subcomisión Episcopal para las Migraciones y Movilidad Humana proponga a la Conferencia Episcopal Alemana al P. Jorge Blanco Piñeros, OB, religioso benedictino, como delegado nacional de las Misiones Católicas de Lengua Española en Alemania.

Otros nombramientos:

- María Paloma Becerra Montoya, laica de la archidiócesis de Madrid, como presidenta general del Movimiento de Acción Católica “Hermandad Obrera de Acción Católica” (HOAC).

- Juan Antonio Perteguer Muñoz, laico de la archidiócesis de Madrid, como presidente de la Asociación “Acción Social Empresarial” (ASE).
- P. Juan Javier Flores Arcas, OSB, como presidente de la Asociación Española de Profesores de Liturgia.

7 IGLESIA UNIVERSAL

Papa León XIV

EXHORTACIÓN APOSTÓLICA ‘DILEXI TE’ DEL SANTO PADRE LEÓN XIV SOBRE EL AMOR HACIA LOS POBRES

1. «Te he amado» (Ap 3,9), dice el Señor a una comunidad cristiana que, a diferencia de otras, no tenía ninguna relevancia ni recursos y estaba expuesta a la violencia y al desprecio: «A pesar de tu debilidad [...] obligaré [...] a que se postren delante de ti» (Ap 3,8-9). Este texto evoca las palabras del cántico de María: «Derribó a los poderosos de su trono y elevó a los humildes. Colmó de bienes a los hambrientos y despidió a los ricos con las manos vacías» (Lc 1,52-53).

2. La declaración de amor del Apocalipsis remite al misterio inextinguible que el Papa Francisco ha profundizado en la encíclica *Dilexit* nos sobre el amor divino y humano del Corazón de Cristo. En ella hemos admirado el modo en el que Jesús se identifica «con los más pequeños de la sociedad» y cómo con su amor, entregado hasta el final, muestra la dignidad de cada ser humano, sobre todo cuando es «más débil, miserable y sufriente». [1] Contemplar el amor de Cristo «nos ayuda a prestar más atención al sufrimiento y a las carencias de los demás, nos hace fuertes para participar en su obra de liberación, como instrumentos para la difusión de su amor». [2]

3. Por esta razón, en continuidad con la encíclica *Dilexit nos*, el Papa Francisco estaba preparando, en los últimos meses de su vida, una exhortación apostólica sobre el cuidado de la Iglesia por los pobres y con los pobres, titulada *Dilexi te*, imaginando que Cristo se dirigiera a cada uno de ellos diciendo: no tienes poder ni fuerza, pero «yo te he amado» (Ap 3,9). Habiendo recibido como herencia este proyecto, me alegra hacerlo mío —añadiendo algunas reflexiones— y proponerlo al comienzo de mi pontificado, compartiendo el deseo de mi amado predecesor de que todos los cristianos puedan percibir la fuerte conexión que existe entre el amor de Cristo y su llamada a acercarnos a los pobres. De hecho, también yo considero necesario insistir sobre este camino de santificación, porque en el «llamado a reconocerlo en los pobres y sufrientes se revela el mismo corazón de Cristo, sus sentimientos y opciones más profundas, con las cuales todo santo intenta configurarse». [3]

CAPÍTULO PRIMERO

ALGUNAS PALABRAS INDISPENSABLES

4. Los discípulos de Jesús criticaron a la mujer que le había derramado un perfume muy valioso sobre su cabeza: «¿Para qué este derroche? —decían— Se hubiera podido vender el perfume a buen precio para repartir el dinero entre los pobres». Pero el Señor les dijo: «A los pobres los tendrán siempre con ustedes, pero a mí no me tendrán siempre» (Mt 26,8-9.11). Aquella mujer había comprendido que Jesús era el Mesías humilde y sufriente sobre el que debía derramar su amor. ¡Qué consuelo ese ungüento sobre aquella cabeza que algunos días después sería atormentada por las espinas! Era un gesto insignificante, ciertamente, pero quien sufre sabe cuán importante es un pequeño gesto de afecto y cuánto alivio puede causar. Jesús lo comprende y sanciona su perennidad: «Allí donde se proclame esta Buena Noticia, en todo el mundo, se contará también en su memoria lo que ella hizo» (Mt 26,13). La sencillez de este gesto revela algo grande. Ningún gesto de afecto, ni siquiera el más pequeño, será olvidado, especialmente si está

dirigido a quien vive en el dolor, en la soledad o en la necesidad, como se encontraba el Señor en aquel momento.

5. Y es precisamente en esta perspectiva que el afecto por el Señor se une al afecto por los pobres. Aquel Jesús que dice: «A los pobres los tendrán siempre con ustedes» (Mt 26,11) expresa el mismo concepto que cuando promete a los discípulos: «Yo estaré siempre con ustedes» (Mt 28,20). Y al mismo tiempo nos vienen a la mente aquellas palabras del Señor: «Cada vez que lo hicieron con el más pequeño de mis hermanos, lo hicieron conmigo» (Mt 25,40). No estamos en el horizonte de la beneficencia, sino de la Revelación; el contacto con quien no tiene poder ni grandeza es un modo fundamental de encuentro con el Señor de la historia. En los pobres Él sigue teniendo algo que decirnos.

San Francisco

6. El Papa Francisco, recordando la elección de su nombre, contó que, después de haber sido elegido, un cardenal amigo lo abrazó, lo besó y le dijo: «¡No te olvides de los pobres!». [4] Se trata de la misma recomendación hecha a san Pablo por las autoridades de la Iglesia cuando subió a Jerusalén para confirmar su misión (cf. Ga 2,1-10). Años más tarde, el Apóstol pudo afirmar que fue esto lo que siempre había tratado de hacer (cf. v. 10). Y fue también la opción de san Francisco de Asís: en el leproso fue Cristo mismo quien lo abrazó, cambiándole la vida. La figura luminosa del Poverello nunca dejará de inspirarnos.

7. Fue él, hace ocho siglos, quien provocó un renacimiento evangélico entre los cristianos y en la sociedad de su tiempo. Al joven Francisco, antes rico y arrogante, le impactó encontrarse con la realidad de los marginados. El impulso que provocó no cesa de movilizar el ánimo de los creyentes y de muchos no creyentes, y «ha cambiado la historia». [5] El mismo Concilio Vaticano II, según las palabras de san Pablo VI, se encuentra en este camino: «la antigua historia del buen samaritano ha sido el paradigma de la

espiritualidad del Concilio». [6] Estoy convencido de que la opción preferencial por los pobres genera una renovación extraordinaria tanto en la Iglesia como en la sociedad, cuando somos capaces de liberarnos de la autorreferencialidad y conseguimos escuchar su grito.

El grito de los pobres

8. A este respecto, hay un texto de la Sagrada Escritura al que siempre es necesario volver. Se trata de la revelación de Dios a Moisés junto a la zarza ardiente: «Yo he visto la opresión de mi pueblo, que está en Egipto, y he oído los gritos de dolor, provocados por sus capataces. Sí, conozco muy bien sus sufrimientos. Por eso he bajado a librarlo [...]. Ahora ve, yo te envío» (Ex 3,7-8.10). [7] Dios se muestra solícito hacia la necesidad de los pobres: «clamaron al Señor, y él hizo surgir un salvador» (Jc 3,15). Por eso, escuchando el grito del pobre, estamos llamados a identificarnos con el corazón de Dios, que es premuroso con las necesidades de sus hijos y especialmente de los más necesitados. Permaneciendo, por el contrario, indiferentes a este grito, el pobre apelaría al Señor contra nosotros y seríamos culpables de un pecado (cf. Dt 15,9), alejándonos del corazón mismo de Dios.

9. La condición de los pobres representa un grito que, en la historia de la humanidad, interpela constantemente nuestra vida, nuestras sociedades, los sistemas políticos y económicos, y especialmente a la Iglesia. En el rostro herido de los pobres encontramos impreso el sufrimiento de los inocentes y, por tanto, el mismo sufrimiento de Cristo. Al mismo tiempo, deberíamos hablar quizás más correctamente de los numerosos rostros de los pobres y de la pobreza, porque se trata de un fenómeno variado; en efecto, existen muchas formas de pobreza: aquella de los que no tienen medios de sustento material, la pobreza del que está marginado socialmente y no tiene instrumentos para dar voz a su dignidad y a sus capacidades, la pobreza moral y espiritual, la pobreza cultural,

la del que se encuentra en una condición de debilidad o fragilidad personal o social, la pobreza del que no tiene derechos, ni espacio, ni libertad.

10. En este sentido, se puede decir que el compromiso en favor de los pobres y con el fin de remover las causas sociales y estructurales de la pobreza, aun siendo importante en los últimos decenios, sigue siendo insuficiente. Esto también porque vivimos en una sociedad que a menudo privilegia algunos criterios de orientación de la existencia y de la política marcados por numerosas desigualdades y, por tanto, a las viejas pobreza de las que hemos tomado conciencia y que se intenta contrastar, se agregan otras nuevas, en ocasiones más sutiles y peligrosas. Desde este punto de vista, es encomiable el hecho de que las Naciones Unidas hayan puesto la erradicación de la pobreza como uno de los objetivos del Milenio.

11. Al compromiso concreto por los pobres también es necesario asociar un cambio de mentalidad que pueda incidir en la transformación cultural. En efecto, la ilusión de una felicidad que deriva de una vida acomodada mueve a muchas personas a tener una visión de la existencia basada en la acumulación de la riqueza y del éxito social a toda costa, que se ha de conseguir también en detrimento de los demás y beneficiándose de ideales sociales y sistemas políticos y económicos injustos, que favorecen a los más fuertes. De ese modo, en un mundo donde los pobres son cada vez más numerosos, paradójicamente, también vemos crecer algunas élites de ricos, que viven en una burbuja muy confortable y lujosa, casi en otro mundo respecto a la gente común. Eso significa que todavía persiste —a veces bien enmascarada— una cultura que descarta a los demás sin advertirlo siquiera y tolera con indiferencia que millones de personas mueran de hambre o sobrevivan en condiciones indignas del ser humano. Hace algunos años, la foto de un niño tendido sin vida en una playa del Mediterráneo provocó un gran impacto y, lamentablemente, aparte de alguna emoción

momentánea, hechos similares se están volviendo cada vez más irrelevantes, reduciéndose a noticias marginales.

12. No debemos bajar la guardia respecto a la pobreza. Nos preocupan particularmente las graves condiciones en las que se encuentran muchísimas personas a causa de la falta de comida y de agua. Cada día mueren varios miles de personas por causas vinculadas a la malnutrición. En los países ricos las cifras relativas al número de pobres tampoco son menos preocupantes. En Europa hay cada vez más familias que no logran llegar a fin de mes. En general, se percibe que han aumentado las distintas manifestaciones de la pobreza. Esta ya no se configura como una única condición homogénea, más bien se traduce en múltiples formas de empobrecimiento económico y social, reflejando el fenómeno de las crecientes desigualdades también en contextos generalmente acomodados. Recordemos que «doblemente pobres son las mujeres que sufren situaciones de exclusión, maltrato y violencia, porque frecuentemente se encuentran con menores posibilidades de defender sus derechos. Sin embargo, también entre ellas encontramos constantemente los más admirables gestos de heroísmo cotidiano en la defensa y el cuidado de la fragilidad de sus familias». [8] Si bien en algunos países se observan cambios importantes, «la organización de las sociedades en todo el mundo todavía está lejos de reflejar con claridad que las mujeres tienen exactamente la misma dignidad e idénticos derechos que los varones. Se afirma algo con las palabras, pero las decisiones y la realidad gritan otro mensaje», [9] sobre todo si pensamos en las mujeres más pobres.

Prejuicios ideológicos

13. Más allá de los datos —que a veces son “interpretados” en modo tal de convencernos que la situación de los pobres no es tan grave—, la realidad general es bastante clara: «Hay reglas

económicas que resultaron eficaces para el crecimiento, pero no así para el desarrollo humano integral. Aumentó la riqueza, pero con inequidad, y así lo que ocurre es que “nacen nuevas pobreza”. Cuando dicen que el mundo moderno redujo la pobreza, lo hacen midiéndola con criterios de otras épocas no comparables con la realidad actual. Porque en otros tiempos, por ejemplo, no tener acceso a la energía eléctrica no era considerado un signo de pobreza ni generaba angustia. La pobreza siempre se analiza y se entiende en el contexto de las posibilidades reales de un momento histórico concreto». [10] Sin embargo, más allá de las situaciones específicas y contextuales, en un documento de la Comunidad Europea, en 1984, se afirmaba que «se entiende por personas pobres los individuos, las familias y los grupos de personas cuyos recursos (materiales, culturales y sociales) son tan escasos que no tienen acceso a las condiciones de vida mínimas aceptables en el Estado miembro en que viven». [11] Pero si reconocemos que todos los seres humanos tienen la misma dignidad, independientemente del lugar de nacimiento, no se deben ignorar las grandes diferencias que existen entre los países y las regiones.

14. Los pobres no están por casualidad o por un ciego y amargo destino. Menos aún la pobreza, para la mayor parte de ellos, es una elección. Y, sin embargo, todavía hay algunos que se atreven a afirmarlo, mostrando ceguera y crueldad. Obviamente entre los pobres hay también quien no quiere trabajar, quizás porque sus antepasados, que han trabajado toda la vida, han muerto pobres. Pero hay muchos —hombres y mujeres— que de todas maneras trabajan desde la mañana hasta la noche, a veces recogiendo cartones o haciendo otras actividades de ese tipo, aunque este esfuerzo sólo les sirva para sobrevivir y nunca para mejorar verdaderamente su vida. No podemos decir que la mayor parte de los pobres lo son porque no hayan obtenido “méritos”, según esa falsa visión de la meritocracia en la que parecería que sólo tienen méritos aquellos que han tenido éxito en la vida.

15. También los cristianos, en muchas ocasiones, se dejan contagiar por actitudes marcadas por ideologías mundanas o por posicionamientos políticos y económicos que llevan a injustas generalizaciones y a conclusiones engañosas. El hecho de que el ejercicio de la caridad resulte despreciado o ridiculizado, como si se tratase de la fijación de algunos y no del núcleo incandescente de la misión eclesial, me hace pensar que siempre es necesario volver a leer el Evangelio, para no correr el riesgo de sustituirlo con la mentalidad mundana. No es posible olvidar a los pobres si no queremos salir fuera de la corriente viva de la Iglesia que brota del Evangelio y fecunda todo momento histórico.

CAPÍTULO SEGUNDO

DIOS OPTA POR LOS POBRES

La opción por los pobres

16. Dios es amor misericordioso y su proyecto de amor, que se extiende y se realiza en la historia, es ante todo su descenso y su venida entre nosotros para liberarnos de la esclavitud, de los miedos, del pecado y del poder de la muerte. Con una mirada misericordiosa y el corazón lleno de amor, Él se dirigió a sus criaturas, haciéndose cargo de su condición humana y, por tanto, de su pobreza. Precisamente para compartir los límites y las fragilidades de nuestra naturaleza humana, Él mismo se hizo pobre, nació en carne como nosotros, lo hemos conocido en la pequeñez de un niño colocado en un pesebre y en la extrema humillación de la cruz, allí compartió nuestra pobreza radical, que es la muerte. Se comprende bien, entonces, por qué se puede hablar también teológicamente de una opción preferencial de Dios por los pobres, una expresión nacida en el contexto del continente latinoamericano y en particular en la Asamblea de Puebla, pero que ha sido bien integrada en el magisterio de la Iglesia sucesivo. [12] Esta “preferencia” no indica nunca un exclusivismo o una discriminación hacia otros grupos, que en Dios serían imposibles; esta desea subrayar la acción de Dios que se compadece ante la pobreza y la debilidad de toda la humanidad y, queriendo inaugurar

un Reino de justicia, fraternidad y solidaridad, se preocupa particularmente de aquellos que son discriminados y oprimidos, pidiéndonos también a nosotros, su Iglesia, una opción firme y radical en favor de los más débiles.

17. Se comprenden en esta perspectiva las numerosas páginas del Antiguo Testamento en las que Dios es presentado como amigo y liberador de los pobres, Aquel que escucha el grito del pobre e interviene para liberarlo (cf. Sal 34,7). Dios, refugio del pobre, por medio de los profetas —recordemos en particular a Amós e Isaías— denuncia las iniquidades en perjuicio de los más débiles y dirige a Israel la exhortación a renovar también el culto desde dentro, porque no se puede rezar ni ofrecer sacrificios mientras se oprime a los más débiles y a los más pobres. Desde el comienzo, la Escritura manifiesta con mucha intensidad el amor de Dios a través de la protección de los débiles y de los que menos tienen, hasta el punto de poder hablar de una auténtica “debilidad” de Dios para con ellos. «El corazón de Dios tiene un sitio preferencial para los pobres [...]. Todo el camino de nuestra redención está signado por los pobres». [13]

Jesús, Mesías pobre

18. Toda la historia veterotestamentaria de la predilección de Dios por los pobres y el deseo divino de escuchar su grito —que he evocado brevemente— encuentra en Jesús de Nazaret su plena realización. [14] En su encarnación, Él «se anonadó a sí mismo, tomando la condición de servidor y haciéndose semejante a los hombres. Y presentándose con aspecto humano» (Flp 2,7), de esa forma nos trajo la salvación. Se trata de una pobreza radical, fundada sobre su misión de revelar el verdadero rostro del amor divino (cf. Jn 1,18; 1 Jn 4,9). Por tanto, con una de sus admirables síntesis, san Pablo puede afirmar: «Ya conocen la generosidad de nuestro Señor Jesucristo que, siendo rico, se hizo pobre por nosotros, a fin de enriquecernos con su pobreza» (2 Co 8,9).

19. En efecto, el Evangelio muestra que esta pobreza incidió en cada aspecto de su vida. Desde su llegada al mundo, Jesús experimentó las dificultades relativas al rechazo. El evangelista Lucas, narrando la llegada a Belén de José y María, ya próxima a dar a luz, observa con amargura: «No había lugar para ellos en el albergue» (Lc 2,7). Jesús nació en condiciones humildes; recién nacido fue colocado en un pesebre y, muy pronto, para salvarlo de la muerte, sus padres huyeron a Egipto (cf. Mt 2,13-15). Al inicio de la vida pública, fue expulsado de Nazaret después de haber anunciado que en Él se cumple el año de gracia del que se alegran los pobres (cf. Lc 4,14-30). No hubo un lugar acogedor ni siquiera a la hora de su muerte, ya que lo condujeron fuera de Jerusalén para crucificarlo (cf. Mc 15,22). En esta condición se puede resumir claramente la pobreza de Jesús. Se trata de la misma exclusión que caracteriza la definición de los pobres: ellos son los excluidos de la sociedad. Jesús es la revelación de este *privilegium pauperum*. Él se presenta al mundo no sólo como Mesías pobre sino como Mesías de los pobres y para los pobres.

20. Hay algunos indicios a propósito de la condición social de Jesús. En primer lugar, Él realizaba el oficio de artesano o carpintero, *téktōn* (cf. Mc 6,3). Se trata de una categoría de personas que vivían de su trabajo manual. Además, al no poseer tierras, eran considerados inferiores respecto a los campesinos. Cuando el pequeño Jesús fue presentado en el Templo por José y María, sus progenitores ofrecieron una pareja de tórtolas o de pichones (cf. Lc 2,22-24), que según las prescripciones del libro del Levítico (cf. 12,8) era la ofrenda de los pobres. Un episodio evangélico significativo es el que relata cómo Jesús, junto con sus discípulos, arrancaban espigas para comer mientras atravesaban los campos (cf. Mc 2,23-28), y esto —espigar los sembrados— sólo le era permitido a los pobres. Jesús mismo, luego, dice de sí: «Los zorros tienen sus cuevas y las aves del cielo sus nidos; pero el Hijo del hombre no tiene dónde reclinar la cabeza» (Mt 8,20; Lc 9,58). Él, en efecto, es un maestro itinerante, cuya pobreza y precariedad

es signo de su vínculo con el Padre y es lo que se le pide también a quien quiere seguirlo en el camino del discipulado, precisamente para que la renuncia a los bienes, a las riquezas y a las seguridades de este mundo sean signo visible de la confianza en Dios y en su providencia.

21. Al comienzo de su ministerio público, Jesús se presenta en la sinagoga de Nazaret leyendo el libro del profeta Isaías y aplicándose a sí mismo la palabra del profeta: «El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha consagrado por la unción. Él me envió a llevar la Buena Noticia a los pobres» (Lc 4,18; cf. Is 61,1). Él, por tanto, se presenta como Aquel que viene a manifestar en el hoy de la historia la cercanía amorosa de Dios, que es ante todo obra de liberación para quienes son prisioneros del mal, para los débiles y los pobres. Los signos que acompañan la predicación de Jesús son manifestación del amor y de la compasión con la que Dios mira a los enfermos, a los pobres y a los pecadores que, en virtud de su condición, eran marginados por la sociedad, pero también por la religión. Él abre los ojos a los ciegos, cura a los leprosos, resucita a los muertos y anuncia la buena noticia a los pobres; Dios se acerca, Dios los ama (cf. Lc 7,22). Esto explica por qué Él proclama: «¡Felices ustedes, los pobres, porque el Reino de Dios les pertenece!» (Lc 6,20). En efecto, Dios muestra predilección hacia los pobres, a ellos se dirige la palabra de esperanza y de liberación del Señor y, por eso, aun en la condición de pobreza o debilidad, ya ninguno debe sentirse abandonado. Y la Iglesia, si quiere ser de Cristo, debe ser la Iglesia de las Bienaventuranzas, una Iglesia que hace espacio a los pequeños y camina pobre con los pobres, un lugar en el que los pobres tienen un sitio privilegiado (cf. St 2,2-4).

22. Los indigentes y enfermos, incapaces de procurarse lo necesario para vivir, se encontraban muchas veces obligados a la mendicidad. A esto se añadía el peso de la vergüenza social, alimentado por la convicción de que la enfermedad y la pobreza

estuvieran vinculadas a algún pecado personal. Jesús se opuso con firmeza a ese modo de pensar, afirmando que Dios «hace salir el sol sobre malos y buenos y hace caer la lluvia sobre justos e injustos» (Mt 5,45). Es más, dio un vuelco completo a esa concepción, como queda bien ejemplificado en la parábola del rico epulón y del pobre Lázaro: «Hijo mío, [...] recuerda que has recibido tus bienes en vida y Lázaro, en cambio, recibió males; ahora él encuentra aquí su consuelo, y tú, el tormento» (Lc 16,25).

23. Entonces es claro que «de nuestra fe en Cristo hecho pobre, y siempre cercano a los pobres y excluidos, brota la preocupación por el desarrollo integral de los más abandonados de la sociedad». [15] Muchas veces me pregunto por qué, aun cuando las Sagradas Escrituras son tan precisas a propósito de los pobres, muchos continúan pensando que pueden excluir a los pobres de sus atenciones. Por el momento, sigamos aún en el ámbito bíblico e intentando reflexionar sobre nuestra relación con los últimos de la sociedad y su lugar fundamental en el pueblo de Dios.

La misericordia hacia los pobres en la Biblia

24. El apóstol Juan escribe: «¿Cómo puede amar a Dios, a quien no ve, el que no ama a su hermano, a quien ve?» (1 Jn 4,20). Del mismo modo, en su réplica al doctor de la ley, Jesús retoma los dos antiguos mandamientos: «Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas» (Dt 6,5) y «amarás a tu prójimo como a ti mismo» (Lv 19,18) fundiéndolos en un único mandamiento. El evangelista Marcos recoge la respuesta de Jesús en estos términos: «El primero es: Escucha, Israel: el Señor nuestro Dios es el único Señor; y tú amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón y con toda tu alma, con todo tu espíritu y con todas tus fuerzas. El segundo es: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. No hay otro mandamiento más grande que estos» (Mc 12,29-31).

25. El pasaje citado del Levítico exhorta a honrar al conciudadano, mientras en otros textos se encuentra una enseñanza que también invita al respeto —por no decir incluso al amor— del enemigo: «Si encuentras perdido el buey o el asno de tu enemigo, se los llevarás inmediatamente. Si ves al asno del que te aborrece, caído bajo el peso de su carga, no lo dejarás abandonado; más aún, acudirás a auxiliarlo junto con su dueño» (Ex 23,4-5). De todo esto se trasluce el valor intrínseco del respeto a la persona: cualquiera, incluso el enemigo, si se encuentra en dificultad, merece siempre nuestra ayuda.

26. Es innegable que el primado de Dios en la enseñanza de Jesús va acompañado de otro punto fijo: no se puede amar a Dios sin extender el propio amor a los pobres. El amor al prójimo representa la prueba tangible de la autenticidad del amor a Dios, como asevera el apóstol Juan: «Nadie ha visto nunca a Dios: si nos amamos los unos a los otros, Dios permanece en nosotros y el amor de Dios ha llegado a su plenitud en nosotros. [...] Dios es amor, y el que permanece en el amor permanece en Dios, y Dios permanece en él» (1 Jn 4,12.16). Son dos amores distintos, pero inseparables. Incluso en los casos en los que la relación con Dios no es explícita, el Señor mismo nos enseña que todo acto de amor hacia el prójimo es de algún modo un reflejo de la caridad divina: «Les aseguro que cada vez que lo hicieron con el más pequeño de mis hermanos, lo hicieron conmigo» (Mt 25,40).

27. Por esta razón se recomiendan las obras de misericordia, como signo de la autenticidad del culto que, mientras alaba a Dios, tiene la tarea de disponernos a la transformación que el Espíritu puede realizar en nosotros, para que seamos todos imagen de Cristo y de su misericordia hacia los más débiles. En este sentido, la relación con el Señor, que se expresa en el culto, pretende también liberarnos del riesgo de vivir nuestras relaciones en la lógica del cálculo y del interés, para abrirnos a la gratuidad que circula entre aquellos que se aman y que, por eso, ponen todo en común. A este

respecto, Jesús aconseja: «Cuando des un almuerzo o una cena, no invites a tus amigos, ni a tus hermanos, ni a tus parientes, ni a los vecinos ricos, no sea que ellos te inviten a su vez, y así tengas tu recompensa. Al contrario, cuando des un banquete, invita a los pobres, a los lisiados, a los paralíticos, a los ciegos. ¡Feliz de ti, porque ellos no tienen cómo retribuirte!» (Lc 14,12-14).

28. La llamada del Señor a la misericordia para con los pobres ha encontrado una expresión plena en la gran parábola del juicio final (cf. Mt 25,31-46), que es también una descripción gráfica de la bienaventuranza de los misericordiosos. Allí el Señor nos ofrece la clave para alcanzar nuestra plenitud, porque «si buscamos esa santidad que agrada a los ojos de Dios, en este texto hallamos precisamente un protocolo sobre el cual seremos juzgados». [16] Las palabras fuertes y claras del Evangelio deberían ser vividas «sin comentario, sin elucubraciones y excusas que les quiten fuerza. El Señor nos dejó bien claro que la santidad no puede entenderse ni vivirse al margen de estas exigencias tuyas». [17]

29. En la primera comunidad cristiana el programa de caridad no derivaba de análisis o de proyectos, sino directamente del ejemplo de Jesús, de las mismas palabras del Evangelio. La Carta de Santiago dedica mucho espacio al problema de la relación entre ricos y pobres, lanzando a los creyentes dos enérgicos llamados que cuestionan su fe: «¿De qué le sirve a uno, hermanos míos, decir que tiene fe, si no tiene obras? ¿Acaso esa fe puede salvarlo? ¿De qué sirve si uno de ustedes, al ver a un hermano o una hermana desnudos o sin el alimento necesario, les dice: “Vayan en paz, caliéntense y coman”, y no les da lo que necesitan para su cuerpo? Lo mismo pasa con la fe: si no va acompañada de las obras, está completamente muerta» (St 2,14-17).

30. «Su oro y su plata se han herrumbrado, y esa herrumbre dará testimonio contra ustedes y devorará sus cuerpos como un

fuego. ¡Ustedes han amontonado riquezas, ahora que es el tiempo final! Sepan que el salario que han retenido a los que trabajaron en sus campos está clamando, y el clamor de los cosechadores ha llegado a los oídos del Señor del universo. Ustedes llevaron en este mundo una vida de lujo y de placer, y se han cebado a sí mismos para el día de la matanza» (St 5,3-5). ¡Qué fuerza tienen estas palabras, aunque prefiramos hacernos los sordos! En la Primera Carta de san Juan encontramos una exhortación parecida: «Si alguien vive en la abundancia, y viendo a su hermano en la necesidad, le cierra su corazón, ¿cómo permanecerá en él el amor de Dios?» (1 Jn 3,17).

31. Lo que dice la Palabra revelada «es un mensaje tan claro, tan directo, tan simple y elocuente, que ninguna hermenéutica eclesial tiene derecho a relativizarlo. La reflexión de la Iglesia sobre estos textos no debería oscurecer o debilitar su sentido exhortativo, sino más bien ayudar a asumirlos con valentía y fervor. ¿Para qué complicar lo que es tan simple? Los aparatos conceptuales están para favorecer el contacto con la realidad que pretenden explicar, y no para alejarnos de ella». [18]

32. Por otra parte, un claro ejemplo eclesial de compartir los bienes y asistir a los pobres lo encontramos en la vida cotidiana y en el estilo de la primera comunidad cristiana. Podemos recordar en particular el modo en el que fue resuelta la cuestión de la distribución cotidiana de ayuda a las viudas (cf. Hch 6,1-6). Se trataba de un problema difícil de resolver, porque algunas de estas viudas, que provenían de otros países, eran desatendidas por ser extranjeras. De hecho, el episodio relatado por los Hechos de los Apóstoles pone de manifiesto un cierto descontento por parte de los helenistas, que eran judíos de cultura griega. Los apóstoles no responden con un discurso doctrinal abstracto, sino que, volviendo a poner en el centro la caridad hacia todos, reorganizan la asistencia a las viudas pidiendo a la comunidad que busquen personas sabias

y estimadas a quienes confiar el servicio de las mesas, mientras ellos se ocupaban de la predicación de la Palabra.

33. Cuando Pablo fue a Jerusalén a consultar a los apóstoles para asegurarse de «que no corría o no había corrido en vano» (Ga 2,2), le pidieron que no se olvidase de los pobres (cf. Ga 2,10). Por esta razón, organizó varias colectas para ayudar a las comunidades necesitadas. Entre las motivaciones que ofrece para este gesto se debe resaltar la siguiente: «Dios ama al que da con alegría» (2 Co 9,7). A aquellos entre nosotros que somos poco propensos a gestos gratuitos, sin ningún interés, la Palabra de Dios nos indica que la generosidad para con los pobres es un verdadero bien para quien la practica; de hecho, comportándonos así, somos amados por Dios de modo especial. En efecto, las promesas bíblicas dirigidas a quien da con generosidad son muchas: «El que se apiada del pobre presta al Señor, y él le devolverá el bien que hizo» (Pr 19,17). «Den, y se les dará. [...] Porque la medida con que ustedes midan también se usará para ustedes» (Lc 6,38). «Entonces despuntará tu luz como la aurora y tu llaga no tardará en cicatrizar» (Is 58,8). Los primeros cristianos estaban convencidos de ello.

34. La vida de las primeras comunidades eclesiales, narrada en el canon bíblico y que ha llegado a nosotros como Palabra revelada, se nos ofrece como ejemplo a imitar y como testimonio de la fe que obra por medio de la caridad, y que continúa como exhortación permanente para las generaciones venideras. A lo largo de los siglos, estas páginas han interpelado los corazones de los cristianos a amar y a realizar obras de caridad, como semillas fecundas que no cesan de producir fruto.

CAPÍTULO TERCERO

UNA IGLESIA PARA LOS POBRES

35. Tres días después de su elección, mi predecesor expresó a los representantes de los medios de comunicación su deseo de que la Iglesia mostrara más claramente su cuidado y atención hacia los

pobres: «¡Ah, cómo quisiera una Iglesia pobre y para los pobres!». [19]

36. Este deseo refleja la conciencia de que la Iglesia «reconoce en los pobres y en los que sufren la imagen de su Fundador pobre y paciente, se esfuerza en remediar sus necesidades y procura servir en ellos a Cristo». [20] En efecto, habiendo sido llamada a configurarse con los últimos, en ella «no deben quedar dudas ni caben explicaciones que debiliten este mensaje tan claro [...]. Hay que decir sin vueltas que existe un vínculo inseparable entre nuestra fe y los pobres». [21] A este respecto, tenemos abundantes testimonios a lo largo de los casi dos mil años de historia de los discípulos de Jesús. [22]

La verdadera riqueza de la Iglesia

37. San Pablo refiere que entre los fieles de la naciente comunidad cristiana no había «muchos sabios, ni muchos poderosos, ni muchos nobles» (1 Co 1,26). Sin embargo, a pesar de su propia pobreza, los primeros cristianos tienen clara conciencia de la necesidad de acudir a aquellos que sufren mayores privaciones. Ya en los albores del cristianismo los apóstoles impusieron las manos sobre siete hombres elegidos por la comunidad y, en cierta medida, los integraron en su propio ministerio, instituyéndolos para el servicio —en griego, diakonía— de los más pobres (cf. Hch 6,1-5). Es significativo que el primer discípulo en dar testimonio de su fe en Cristo con el derramamiento de su propia sangre fuera san Esteban, que formaba parte de este grupo. En él se unen el testimonio de vida en la atención a los necesitados y el martirio.

38. Poco más de dos siglos después, otro diácono manifestará su adhesión a Jesucristo en modo semejante, uniendo en su vida el servicio a los pobres y el martirio: san Lorenzo. [23] Del relato de san Ambrosio comprendemos que Lorenzo, diácono en Roma en el pontificado del Papa Sixto II, al ser obligado por las autoridades

romanas a entregar los tesoros de la Iglesia, «al día siguiente traje consigo a los pobres. Cuando le preguntaron dónde estaban los tesoros que había prometido, les mostró a los pobres, diciendo: “Estos son los tesoros de la Iglesia”». [24] Al narrar este episodio, Ambrosio pregunta: «¿Qué mejores tesoros tendría Cristo que aquellos en los que él mismo dijo que estaba?». [25] Y, recordando que los ministros de la Iglesia nunca deben descuidar el cuidado de los pobres y, menos aún, acumular bienes en beneficio propio, afirma: «Es necesario que cada uno de nosotros cumpla con esta obligación con fe sincera y providencia perspicaz. Sin duda, si alguien desvía algo para su propio beneficio, eso es un delito; pero si lo da a los pobres, si rescata al cautivo, eso es misericordia». [26]

Los Padres de la Iglesia y los pobres

39. Desde los primeros siglos, los Padres de la Iglesia reconocieron en el pobre un acceso privilegiado a Dios, un modo especial para encontrarlo. La caridad hacia los necesitados no se entendía como una simple virtud moral, sino como expresión concreta de la fe en el Verbo encarnado. La comunidad de fieles, sostenida por la fuerza del Espíritu Santo, se encuentra arraigada en la cercanía a los pobres, que en ella no son un apéndice, sino parte esencial de su cuerpo vivo. San Ignacio de Antioquía, por ejemplo, camino del martirio, exhortaba a los fieles de la comunidad de Esmirna a no descuidar el deber de la caridad para con los más necesitados, advirtiéndoles que no procedieran como los que se oponían a Dios: «Considerad a los que tienen una opinión diferente sobre la gracia de Jesucristo, que vino a nosotros: ¡cómo se oponen al pensamiento de Dios! No se preocupan por el amor, ni por la viuda, ni por el huérfano, ni por el oprimido, ni por el prisionero o el liberto, ni por el hambriento o el sediento». [27] El obispo de Esmirna, Policarpo, recomendaba precisamente a los ministros de la Iglesia que cuidaran de los pobres: «Los presbíteros también sean compasivos, misericordiosos con todos. Traigan de vuelta a los descarriados, visiten a todos los enfermos, no descuiden a la viuda, al huérfano y al pobre, sino que sean siempre solícitos en el

bien ante Dios y los hombres». [28] A partir de estos dos testimonios, constatamos que la Iglesia aparece como madre de los pobres, lugar de acogida y de justicia.

40. San Justino, por su parte, en su primera Apología, dirigida al emperador Adriano, al Senado y al pueblo romano, explicaba que los cristianos llevaban a los necesitados todo lo que podían, porque veían en ellos hermanos y hermanas en Cristo. Al escribir sobre la asamblea de oración del primer día de la semana, destacaba que, en el centro de la liturgia cristiana, no se puede separar el culto a Dios de la atención a los pobres. En efecto, en un momento determinado de la celebración, «los que tienen algo y quieren, cada uno según su libre voluntad, dan lo que les parece bien, y lo que se ha recogido se entrega al presidente. Él lo distribuye a los huérfanos y viudas, a los que por enfermedad u otra causa están necesitados, a los que están en las cárceles, a los extranjeros de paso, en una palabra, se convierte en el proveedor de todos los que se encuentran indigentes». [29] Así, se da testimonio de que la Iglesia naciente no separaba el creer de la acción social: la fe que no iba acompañada del testimonio de las obras, como había enseñado Santiago, se consideraba muerta (cf. St 2,17).

San Juan Crisóstomo

41. Entre los Padres orientales, quizá el predicador más ardiente de la justicia social sea san Juan Crisóstomo, arzobispo de Constantinopla entre los siglos IV y V. En sus homilías, exhortaba a los fieles a reconocer a Cristo en los necesitados: «¿Quieres honrar el Cuerpo de Cristo? No permitas que sea despreciado en sus miembros, es decir, en los pobres que no tienen qué vestir, ni lo honres aquí en el templo con vestiduras de seda, mientras fuera lo abandonas al frío y a la desnudez [...]. En el templo, el Cuerpo de Cristo no necesita mantos, sino almas puras; pero en la persona de los pobres, Él necesita todo nuestro cuidado. Aprendamos, pues, a reflexionar y a honrar a Cristo como Él quiere. Cuando queremos honrar a alguien, debemos prestarle el honor que él prefiere y no el

que más nos gusta [...]. Así también tú debes prestarle el honor que Él mismo ha ordenado, distribuyendo tus riquezas entre los pobres. Dios no necesita vasos de oro, sino almas de oro». [30] Afirmando con claridad meridiana que si los fieles no encuentran a Cristo en los pobres a su puerta, tampoco lo encontrarán en el altar, continúa: «¿De qué serviría, al fin y al cabo, adornar la mesa de Cristo con vasos de oro, si Él muere de hambre en la persona de los pobres? Primero da de comer al que tiene hambre y luego adorna su mesa con lo que sobra». [31] Entendía la Eucaristía, por tanto, también como una expresión sacramental de la caridad y la justicia que la precedían, la acompañaban y debían darle continuidad en el amor y la atención a los pobres.

42. Así pues, la caridad no es una vía opcional, sino el criterio del verdadero culto. Crisóstomo denunciaba con vehemencia el lujo exacerbado, que convivía con la indiferencia hacia los pobres. La atención que se les debe prestar, más que una mera exigencia social, es una condición para la salvación, lo que atribuye a la riqueza injusta un peso de condena: «Hace mucho frío y el pobre yace en harapos, moribundo y helado, castañeteando los dientes, con un aspecto y un atuendo que deberían conmoverte. Tú, sin embargo, calentito y ebrio, pasas de largo. ¿Y cómo quieres que Dios te libre de la infelicidad? [...] A menudo adornas con muchas vestiduras variadas y doradas un cadáver insensible, que ya no percibe el honor. Sin embargo, desprecias a aquel que siente dolor, que está desgarrado, torturado, atormentado por el hambre y el frío, y te preocupa más la vanagloria que el temor de Dios». [32] Este profundo sentido de la justicia social le lleva a afirmar que «no dar a los pobres es robarles, es defraudarles la vida, porque lo que poseemos les pertenece». [33]

San Agustín

43. Agustín tuvo como maestro espiritual a san Ambrosio, que insistía en la exigencia ética de compartir los bienes: «Lo que das al pobre no es tuyo, es suyo. Porque te has apropiado de lo que

fue dado para uso común». [34] Para el obispo de Milán, la limosna es justicia restaurada, no un gesto paternalista. En sus sermones, la misericordia adquiere un carácter profético: denuncia las estructuras de acumulación y reafirma la comunión como vocación eclesial.

44. Formado en esta tradición, el santo obispo de Hipona enseñó a su vez el amor preferencial por los pobres. Pastor vigilante y teólogo de rara clarividencia, comprendió que la verdadera comunión eclesial se expresa también en la comunión de los bienes. En sus Comentarios a los Salmos, recuerda que los verdaderos cristianos no dejan de lado el amor a los más necesitados: «Atended a vuestros hermanos, si necesitan algo; dad, si Cristo está en vosotros, incluso a los extranjeros». [35] Este compartir los bienes brota, por tanto, de la caridad teologal y tiene como fin último el amor a Cristo. Para Agustín, el pobre no es sólo alguien a quien se ayuda, sino la presencia sacramental del Señor.

45. El Doctor de la Gracia veía en el cuidado a los pobres una prueba concreta de la sinceridad de la fe. Quien dice amar a Dios y no se compadece de los necesitados, miente (cf. 1 Jn 4,20). Al comentar el encuentro de Jesús con el joven rico y el «tesoro en el cielo» que está reservado a quienes dan sus bienes a los pobres (cf. Mt 19,21), Agustín pone en boca del Señor las siguientes palabras: «Recibí tierra y daré el cielo. Recibí cosas temporales y daré a cambio bienes eternos. Recibí pan, daré la vida. [...] He recibido alojamiento y daré una casa. He sido visitado en la enfermedad y daré salud. Fui visitado en la cárcel y daré libertad. El pan que se dio a mis pobres se consumió; el pan que yo daré restaura las fuerzas, sin acabarse nunca». [36] El Altísimo no se deja vencer en generosidad por aquellos que le sirven en los más necesitados; cuanto mayor es el amor a los pobres, mayor es la recompensa por parte de Dios.

46. Esta mirada cristocéntrica y profundamente eclesial lleva a sostener que las ofrendas, cuando nacen del amor, no sólo alivian la necesidad del hermano, sino que también purifican el corazón de quien da y está dispuesto a la conversión, «pues las limosnas pueden servirte para redimir los pecados de la vida pasada, si cambias de vida». [37] Son, por así decirlo, el camino ordinario de conversión de quien desea seguir a Cristo con corazón indiviso.

47. En una Iglesia que reconoce en los pobres el rostro de Cristo y en los bienes el instrumento de la caridad, el pensamiento agustiniano sigue siendo una luz segura. Hoy, la fidelidad a las enseñanzas de Agustín exige no sólo el estudio de sus obras, sino la disposición a vivir con radicalidad su llamada a la conversión, que incluye necesariamente el servicio de la caridad.

48. Muchos otros Padres de la Iglesia, tanto orientales como occidentales, se pronunciaron sobre la primacía de la atención a los pobres en la vida y misión de cada fiel cristiano. Sobre este aspecto, en resumen, se puede afirmar que la teología patristica fue práctica, apuntando a una Iglesia pobre y para los pobres, recordando que el Evangelio sólo se anuncia bien cuando llega a tocar la carne de los últimos, y advirtiendo que el rigor doctrinal sin misericordia es una palabra vacía.

Cuidar a los enfermos

49. La compasión cristiana se ha manifestado de manera peculiar en el cuidado de los enfermos y los que sufren. A partir de los signos presentes en el ministerio público de Jesús —que curaba a ciegos, leprosos y paralíticos—, la Iglesia entiende como parte importante de su misión el cuidado de los enfermos, en los que con facilidad reconoce al Señor crucificado. San Cipriano, durante una peste en la ciudad de Cartago, donde era obispo, recordaba a los cristianos la importancia del cuidado de los infectados al afirmar: «Esta epidemia que parece tan horrible y funesta pone a prueba la justicia de cada uno y examina el espíritu de los hombres,

verificando si los sanos sirven a los enfermos, si los parientes se aman sinceramente, si los señores tienen piedad de los siervos enfermos, si los médicos no abandonan a los enfermos que imploran». [38] La tradición cristiana de visitar a los enfermos, de lavar sus heridas, de consolar a los afligidos no se reduce a una mera obra de filantropía, sino que es una acción eclesial a través de la cual, en los enfermos, los miembros de la Iglesia «tocan la carne sufriente de Cristo». [39]

50. En el siglo XVI, san Juan de Dios, al fundar la Orden Hospitalaria que lleva su nombre, creó hospitales modelo que acogían a todos, independientemente de su condición social o económica. Su famosa expresión “¡Haced el bien, hermanos!” se convirtió en el lema de la caridad activa con los enfermos. Contemporáneamente, san Camilo de Lellis fundó la Orden de los Ministros de los Enfermos —los camilos—, asumiendo como misión servir a los enfermos con total dedicación. Su regla ordena que «cada uno solicite al Señor la gracia de tener un afecto maternal hacia su prójimo para poderlo servir con todo amor caritativo, en el alma y el cuerpo; porque deseamos —con la gracia de Dios— servir a todos los enfermos con el mismo afecto que una madre amorosa suele asistir a su único hijo enfermo». [40] En hospitales, campos de batalla, prisiones y calles, los camilos encarnaron la misericordia de Cristo Médico.

51. Cuidando a los enfermos con cariño maternal, como una madre cuida de su hijo, muchas mujeres consagradas desempeñaron un papel aún más difundido en la atención sanitaria de los pobres. Las Hijas de la Caridad de San Vicente de Paúl, las Hermanas Hospitalarias, las Pequeñas Siervas de la Divina Providencia y tantas otras Congregaciones femeninas se convirtieron en una presencia maternal y discreta en los hospitales, asilos y residencias de ancianos. Llevaban medicinas, escucha, presencia y, sobre todo, ternura. Construyeron, a menudo con sus propias manos, estructuras sanitarias en zonas sin asistencia

médica. Enseñaban higiene, atendían partos, medicaban con sabiduría natural y fe profunda. Sus casas se convertían en oasis de dignidad donde nadie era excluido. El toque de la compasión era el primer remedio. Santa Luisa de Marillac escribía a sus hermanas, las Hijas de la Caridad, recordándoles que habían «recibido una bendición especial de Dios para servir a los pobres enfermos en los hospitales». [41]

52. Hoy, ese legado continúa en los hospitales católicos, los puestos de salud en las regiones periféricas, las misiones sanitarias en las selvas, los centros de acogida para toxicómanos y los hospitales de campaña en las zonas de guerra. La presencia cristiana junto a los enfermos revela que la salvación no es una idea abstracta, sino una acción concreta. En el gesto de limpiar una herida, la Iglesia proclama que el Reino de Dios comienza entre los más vulnerables. Y, al hacerlo, permanece fiel a Aquel que dijo: «Estaba [...] enfermo, y me visitaron» (Mt 25,35.36). Cuando la Iglesia se arrodilla junto a un leproso, a un niño desnutrido o a un moribundo anónimo, realiza su vocación más profunda: amar al Señor allí donde Él está más desfigurado.

El cuidado de los pobres en la vida monástica

53. La vida monástica, nacida en el silencio de los desiertos, fue desde sus inicios un testimonio de solidaridad. Los monjes lo dejaban todo —riqueza, prestigio, familia— no sólo por despreciar las riquezas del mundo —*contemptus mundi*—, sino para encontrar, en este despojo radical, al Cristo pobre. San Basilio Magno, en su Regla, no veía contradicción entre la vida de oración y recogimiento de los monjes y la acción en favor de los pobres. Para él, la hospitalidad y el cuidado de los necesitados eran parte integrante de la espiritualidad monástica, y los monjes, incluso después de haberlo dejado todo para abrazar la pobreza, debían ayudar a los más pobres con su trabajo, ya que «para poder socorrer a los necesitados, es evidente que debemos trabajar con diligencia [...]. Este modo de vida es provechoso no sólo para someter el

cuerpo, sino también por la caridad hacia el prójimo, para que, por medio de nosotros, Dios provea lo suficiente a los hermanos más débiles». [42]

54. Construyó en Cesarea, donde era obispo, un lugar conocido como Basiliades, que incluía alojamientos, hospitales y escuelas para los pobres y los enfermos. El monje, por lo tanto, no era sólo un asceta, sino un servidor. Basilio demostraba así que para estar cerca de Dios hay que estar cerca de los pobres. El amor concreto era criterio de santidad. Orar y cuidar, contemplar y curar, escribir y acoger: todo era expresión del mismo amor a Cristo.

55. En Occidente, san Benito de Nursia elaboró una Regla que se convertiría en la columna vertebral de la espiritualidad monástica europea. En ella, la acogida de los pobres y los peregrinos ocupa un lugar de honor: «Mostrad sobre todo un cuidado solícito en la recepción de los pobres y los peregrinos, porque sobre todo en ellos se recibe a Cristo». [43] No se trataba sólo de palabras: los monasterios benedictinos fueron, durante siglos, lugares de refugio para viudas, niños abandonados, peregrinos y mendigos. Para Benito, la vida comunitaria era una escuela de caridad. El trabajo manual no sólo tenía una función práctica, sino que también formaba el corazón para el servicio. El compartir entre los monjes, la atención a los enfermos y la escucha de los más frágiles preparaban para acoger a Cristo, que llega en la persona del pobre y el extranjero. La hospitalidad monástica benedictina permanece hasta hoy como signo de una Iglesia que abre las puertas, que acoge sin preguntar, que cura sin exigir nada a cambio.

56. Los monasterios benedictinos, con el tiempo, se convirtieron en lugares que contrastaban la cultura de la exclusión. Los monjes cultivaban la tierra, producían alimentos, preparaban medicinas y los ofrecían, con sencillez, a los más necesitados. Su trabajo silencioso fue fermento de una nueva civilización, donde

los pobres no eran un problema que resolver, sino hermanos y hermanas que acoger. La regla del compartir, del trabajo común y de la asistencia a los vulnerables estructuraba una economía solidaria, en contraste con la lógica de la acumulación. El testimonio de los monjes mostraba que la pobreza voluntaria, lejos de ser miseria, es camino de libertad y comunión. No sólo ayudaban a los pobres: se hacían cercanos a ellos, hermanos en el mismo Señor. En las celdas y claustros se formaba una mística de la presencia de Dios en los pequeños.

57. Además de la asistencia material, los monasterios desempeñaron un papel fundamental en la formación cultural y espiritual de los más humildes. En tiempos de peste, guerra o hambre, eran lugares donde el necesitado encontraba pan y remedios, pero también dignidad y palabra. Allí se educaba a los huérfanos, se formaba a los aprendices y se instruía a los campesinos en técnicas agrícolas y en la lectura. El saber se compartía como don y responsabilidad. El abad era a la vez maestro y padre, y la escuela monástica era un lugar de liberación por la verdad. Porque, como escribe Juan Casiano, el monje debe caracterizarse por «la humildad de corazón [...], que no conduce a la ciencia que hincha, sino a la que ilumina por medio de la plenitud de la caridad». [44] Al formar conciencias y transmitir sabiduría, los monjes contribuyeron a una pedagogía cristiana de inclusión. La cultura, marcada por la fe, se compartía con sencillez. El saber, cuando está iluminado por la caridad, se convierte en servicio. De ese modo, la vida monástica se revelaba como un estilo de santidad y una forma concreta de transformación de la sociedad.

58. La tradición monástica enseña, por tanto, que la oración y la caridad, el silencio y el servicio, las celdas y los hospitales, forman un único tejido espiritual. El monasterio es lugar de escucha y de acción, de adoración y de compartir. San Bernardo de Claraval, gran reformador de la Orden Cisterciense, «reclamó con

decisión la necesidad de una vida sobria y moderada, tanto en la mesa como en la indumentaria y en los edificios monásticos, recomendando la sustentación y la solicitud por los pobres». [45] Para él, la compasión no era una opción accesorio, sino el camino real para seguir a Cristo. La vida monástica, por lo tanto, cuando es fiel a su vocación original, muestra que la Iglesia sólo será plenamente esposa del Señor cuando sea también hermana de los pobres. El claustro no es un mero refugio del mundo, sino una escuela en la que se aprende a servirlo mejor. Allí donde los monjes abrieron sus puertas a los pobres, la Iglesia reveló con humildad y firmeza que la contemplación no excluye la misericordia, sino que la exige como su fruto más puro.

Liberar a los cautivos

59. Desde los tiempos apostólicos, la Iglesia ha visto en la liberación de los oprimidos un signo del Reino de Dios. Jesús mismo, al iniciar su misión pública, proclamó: «El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha consagrado por la unción. Él me envió a llevar la Buena Noticia a los pobres, a anunciar la liberación a los cautivos» (Lc 4,18). Los primeros cristianos, incluso en condiciones precarias, rezaban y asistían a los hermanos y hermanas encarcelados, como atestiguan los Hechos de los Apóstoles (cf. 12,5; 24,23) y diversos escritos de los Padres. Esta misión liberadora se prolongó a lo largo de los siglos mediante acciones concretas, especialmente cuando el drama de la esclavitud y el cautiverio marcó sociedades enteras.

60. Entre finales del siglo XII y principios del XIII, cuando muchos cristianos eran capturados en el Mediterráneo o esclavizados en las guerras, surgieron dos Órdenes religiosos: la Orden de la Santísima Trinidad, Redención de Cautivos (trinitarios), fundada por san Juan de Mata y san Félix de Valois, y la Orden de la Bienaventurada Virgen María de la Merced (mercedarios), fundada por san Pedro Nolasco con el apoyo de san Raimundo de Peñafort, dominico. Estas comunidades de

consagrados nacieron con el carisma específico de liberar a los cristianos esclavizados, poniendo a disposición sus bienes [46] y a menudo ofreciendo su propia vida a cambio. Los trinitarios, con el lema *Gloria Tibi Trinitas et captivis libertas* (Gloria a Ti, Trinidad, y a los cautivos libertad), y los mercedarios, que añaden un cuarto voto [47] a los votos religiosos de pobreza, obediencia y castidad, dieron testimonio de que la caridad puede ser heroica. La liberación de los cautivos era expresión del amor trinitario: un Dios que libera no sólo de la esclavitud espiritual, sino también de la opresión concreta. El gesto de rescatar de la esclavitud y de la prisión se considera una prolongación del sacrificio redentor de Cristo, cuya sangre es el precio de nuestro rescate (cf. 1 Co 6,20).

61. La espiritualidad original de estas Órdenes estaba profundamente arraigada en la contemplación de la cruz. Cristo es el Redentor de los cautivos por excelencia, y la Iglesia, su cuerpo, prolonga este misterio en el tiempo. [48] Los religiosos no veían en el rescate una acción política o económica, sino un acto casi litúrgico, una ofrenda sacramental de sí mismos. Muchos entregaron sus propios cuerpos para sustituir a los prisioneros, cumpliendo literalmente el mandamiento: «No hay amor más grande que dar la vida por los amigos» (Jn 15,13). La tradición de estas Órdenes no cesó. Al contrario, inspiró nuevas formas de acción frente a las esclavitudes modernas: la trata de personas, el trabajo forzoso, la explotación sexual, las distintas adicciones. [49] La caridad cristiana, cuando se encarna, se convierte en liberadora. Y la misión de la Iglesia, cuando es fiel a su Señor, es siempre proclamar la liberación. Aún en nuestros días, en los que existen «millones de personas —niños, hombres y mujeres de todas las edades— privados de su libertad y obligados a vivir en condiciones similares a la esclavitud», [50] dicha herencia es continuada por estas Órdenes y por otras Instituciones y Congregaciones que actúan en las periferias urbanas, las zonas de conflicto y los corredores migratorios. Cuando la Iglesia se arrodilla para romper

las nuevas cadenas que aprisionan a los pobres, se convierte en signo de la Pascua.

62. No se puede concluir esta reflexión sobre las personas privadas de libertad sin mencionar a los reclusos que se encuentran en los distintos centros penitenciarios de preventivos y de penados. A este respecto, cabe recordar las palabras que el Papa Francisco dirigió a un grupo de ellos: «Para mí, entrar en una cárcel es siempre un momento importante, porque la cárcel es un lugar de gran humanidad [...]. De humanidad probada, a veces fatigada por dificultades, sentimientos de culpa, juicios, incomprensiones, sufrimientos, pero al mismo tiempo cargada de fuerza, de deseo de perdón, de deseo de rescate». [51] Este deseo, entre otros, también fue asumido por las Órdenes redentoras como un servicio preferencial a la Iglesia. Como proclamaba san Pablo: «Esta es la libertad que nos ha dado Cristo» (Ga 5,1). Y esa libertad no es sólo interior: se manifiesta en la historia como amor que cuida y libera de todas las ataduras.

Testigos de la pobreza evangélica

63. En el siglo XIII, ante el crecimiento de las ciudades, la concentración de riquezas y la aparición de nuevas formas de pobreza, el Espíritu Santo suscitó en la Iglesia un nuevo tipo de consagración: las Órdenes mendicantes. A diferencia del modelo monástico estable, los mendicantes adoptaron una vida itinerante, sin propiedades personales ni comunitarias, confiando plenamente en la Providencia. No sólo servían a los pobres: se hacían pobres con ellos. Consideraban la ciudad como un nuevo desierto y a los marginados como nuevos maestros espirituales. Estas Órdenes, como los franciscanos, los dominicos, los agustinos y los carmelitas, representaron una revolución evangélica, en la que el estilo de vida sencillo y pobre se convierte en un signo profético para la misión, reviviendo la experiencia de la primera comunidad cristiana (cf. Hch 4,32). El testimonio de los mendicantes desafiaba tanto la opulencia clerical como la frialdad de la sociedad urbana.

64. San Francisco de Asís se convirtió en el icono de esta primavera espiritual. Tomando la pobreza como esposa, quiso imitar al Cristo pobre, desnudo y crucificado. En su Regla, pide a los hermanos que de «nada se apropien, ni casa, ni lugar, ni cosa alguna. Y como peregrinos y forasteros en este siglo, sirviendo al Señor en pobreza y humildad, vayan por limosna confiadamente, y no deben avergonzarse, porque el Señor se hizo pobre por nosotros en este mundo». [52] Su vida fue un continuo despojarse: del palacio al leproso, de la elocuencia al silencio, de la posesión al don total. Francisco no fundó un servicio social, sino una fraternidad evangélica. Entre los pobres veía hermanos e imágenes vivas del Señor. Su misión era estar con ellos, por una solidaridad que superaba las distancias, por un amor compasivo. Su pobreza era relacional: lo llevaba a hacerse cercano, igual, más aún, menor. Su santidad brotaba de la convicción de que sólo se recibe verdaderamente a Cristo en la entrega generosa de sí mismo a los hermanos.

65. Santa Clara de Asís, inspirada por Francisco, fundó la Orden de las Damas Pobres, más tarde llamadas clarisas. Su lucha espiritual consistió en mantener fielmente el ideal de la pobreza radical. Rechazó los privilegios pontificios que podrían garantizar la seguridad material de su monasterio y, con firmeza, obtuvo del Papa Gregorio IX el llamado *Privilegium Paupertatis*, que garantizaba el derecho a vivir sin poseer ningún bien material. [53] Esta opción expresaba la confianza total en Dios y la conciencia de que la pobreza voluntaria era una forma de libertad y de profecía. Clara enseñaba a sus hermanas que Cristo era su única herencia y que nada debía oscurecer la comunión con Él. Su vida orante y oculta fue un grito contra la mundanidad y una defensa silenciosa de los pobres y olvidados.

66. Santo Domingo de Guzmán, contemporáneo de Francisco, fundó la Orden de Predicadores con otro carisma, pero con la misma radicalidad. Deseaba anunciar el Evangelio con la

autoridad que brota de una vida pobre, convencido de que la Verdad necesita testigos coherentes. El ejemplo de la pobreza de vida acompañaba la Palabra predicada. Libres del peso de los bienes terrenos, los frailes dominicos podían dedicarse mejor a la obra principal, es decir, a la predicación. Iban a las ciudades, sobre todo a aquellas universitarias, para enseñar la verdad de Dios. [54] Al depender de los demás, demostraban que la fe no se impone, sino que se ofrece. Y, al vivir entre los pobres, aprendían la verdad del Evangelio “desde abajo”, como discípulos del Cristo humillado.

67. Las Órdenes mendicantes fueron, así, una respuesta viva a la exclusión y la indiferencia. No propusieron expresamente reformas sociales, sino una conversión personal y comunitaria a la lógica del Reino. La pobreza, en ellos, no era consecuencia de la escasez de bienes, sino una elección libre: hacerse pequeños para acoger a los pequeños. Como dijo Tomás de Celano sobre Francisco: «Se deja ver en él el primer amador de los pobres, [...] despojándose de sus vestidos, viste con ellos a los pobres, a quienes, si no todavía de hecho, sí de todo corazón intenta asemejarse». [55] Los mendicantes se han convertido en un signo de una Iglesia peregrina, humilde y fraterna, que vive entre los pobres no por estrategia proselitista, sino por identidad. Enseñan que la Iglesia es luz sólo cuando se despoja de todo, y que la santidad pasa por un corazón humilde y volcado en los pequeños.

La Iglesia y la educación de los pobres

68. Dirigiéndose a algunos educadores, el Papa Francisco recordó que la educación ha sido siempre una de las expresiones más altas de la caridad cristiana: «La vuestra es una misión llena de obstáculos pero también de alegrías. [...] Una misión de amor, porque no se puede enseñar sin amar». [56] En este sentido, desde los primeros tiempos, los cristianos se dieron cuenta de que el saber libera, dignifica y acerca a la verdad. Para la Iglesia, enseñar a los pobres era un acto de justicia y de fe. Inspirada en el ejemplo del Maestro, que enseñaba a la gente las verdades divinas y humanas,

la Iglesia asumió la misión de formar a los niños y a los jóvenes, especialmente a los más pobres, en la verdad y el amor. Esta misión tomó forma con la fundación de Congregaciones dedicadas a la educación popular.

69. En el siglo XVI, san José de Calasanz, impresionado por la falta de instrucción y formación de los jóvenes pobres de la ciudad de Roma, en unas salas anejas a la iglesia de Santa Dorotea en el Trastevere, creó la primera escuela pública popular gratuita de Europa. Era la simiente de la que después se desarrollaría, no sin dificultades, la Orden de Clérigos Regulares Pobres de la Madre de Dios de las Escuelas Pías, llamados escolapios, con el fin de transmitir a los jóvenes «la ciencia profana, al igual que la sabiduría del Evangelio, enseñándoles a descubrir en sus acontecimientos personales y en la historia la acción amorosa de Dios creador y redentor». [57] De hecho, podemos considerar a este valiente sacerdote como «el verdadero fundador de la escuela católica moderna, que busca la formación integral del hombre y está abierta a todos». [58] Animado por la misma sensibilidad, en el siglo XVII san Juan Bautista de La Salle, dándose cuenta de la injusticia causada por la exclusión de los hijos de obreros y campesinos del sistema educativo de Francia en aquel tiempo, fundó los Hermanos de las Escuelas Cristianas, con el ideal de ofrecerles educación gratuita, una sólida formación y un ambiente fraternal. La Salle veía el aula como un lugar para el desarrollo humano, pero también para la conversión. Sus escuelas combinaban la oración, el método, la disciplina y el compartir. Cada niño era considerado un don único de Dios y el acto de enseñar un servicio al Reino de Dios.

70. Ya en el siglo XIX, también en Francia, san Marcelino Champagnat fundó el Instituto de los Hermanos Maristas de las Escuelas, «sensible a las necesidades espirituales y educativas de su época, especialmente a la ignorancia religiosa y a las situaciones de abandono que vivía particularmente la juventud», [59] dedicándose

de lleno, en una época en la que el acceso a la educación era todavía privilegio de unos pocos, a la misión de educar y evangelizar a los niños y jóvenes, sobre todo a los más necesitados. Con el mismo espíritu, en Turín, san Juan Bosco inició la obra salesiana, basada en los tres principios del “sistema preventivo” —razón, religión y amor— [60] y el beato Antonio Rosmini fundó el Instituto de la Caridad, en el que la “caridad intelectual” —junto con la “material” y, en la cúspide, la “espiritual-pastoral”— se presentaba como una dimensión indispensable para cualquier acción caritativa que mirase al bien y al desarrollo integral de la persona. [61]

71. Muchas Congregaciones femeninas fueron también protagonistas de esta revolución pedagógica. Las ursulinas, las monjas de la Orden de la Compañía de María Nuestra Señora, las Maestras Pías y muchas otras fundadas especialmente en los siglos XVIII y XIX ocuparon espacios donde el Estado estaba ausente. Crearon escuelas en pequeños pueblos, en los suburbios y en los barrios obreros. La educación de las niñas, en particular, se convirtió en una prioridad. Las religiosas alfabetizaban, evangelizaban, trataban de cuestiones prácticas de la vida cotidiana, elevaban el espíritu a través del cultivo de las artes y, sobre todo, formaban conciencias. Su pedagogía era sencilla: cercanía, paciencia, dulzura. Enseñaban a través de la vida, antes que con palabras. En tiempos de analfabetismo generalizado y de exclusión estructural, estas mujeres consagradas eran faros de esperanza. Su misión era formar el corazón, enseñar a pensar, promover la dignidad. Combinando una vida de piedad y dedicación al prójimo, combatieron el abandono con la ternura de quien educa en nombre de Cristo.

72. Para la fe cristiana, la educación de los pobres no es un favor, sino un deber. Los pequeños tienen derecho a la sabiduría, como exigencia básica para el reconocimiento de la dignidad humana. Enseñarles es afirmar su valor, darles las herramientas

para transformar su realidad. La tradición cristiana entiende que el conocimiento es un don de Dios y una responsabilidad comunitaria. La educación cristiana forma no sólo profesionales, sino personas abiertas al bien, a la belleza y a la verdad. Por eso, la escuela católica, cuando es fiel a su nombre, se convierte en un espacio de inclusión, formación integral y promoción humana. Así, conjugando fe y cultura, se siembra futuro, se honra la imagen de Dios y se construye una sociedad mejor.

Acompañar a los migrantes

73. La experiencia de la migración acompaña la historia del pueblo de Dios. Abraham parte sin saber adónde va; Moisés conduce a un pueblo peregrino por el desierto; María y José huyen con el Niño a Egipto. El mismo Cristo, que «vino a los suyos, y los suyos no lo recibieron» (Jn 1,11), vivió entre nosotros como extranjero. Por eso, la Iglesia siempre ha reconocido en los migrantes una presencia viva del Señor, que en el día del juicio dirá a los que estén a su derecha: «Estaba de paso, y me alojaron» (Mt 25,35).

74. En el siglo XIX, cuando millones de europeos emigraban en busca de mejores condiciones de vida, dos grandes santos se destacaron en la atención pastoral de los migrantes: san Juan Bautista Scalabrini y santa Francisca Javier Cabrini. Scalabrini, obispo de Piacenza, fundó los Misioneros de San Carlos para acompañar a los migrantes en sus comunidades de destino, ofreciéndoles asistencia espiritual, jurídica y material. Veía en los migrantes destinatarios de una nueva evangelización, alertando sobre los riesgos de la explotación y la pérdida de la fe en tierra extranjera. Respondiendo con generosidad al carisma que el Señor le había concedido, «Scalabrini miraba más allá, miraba hacia el futuro, hacia un mundo y una Iglesia sin barreras, sin extranjeros».

[62] Santa Francisca Cabrini, nacida en Italia y naturalizada estadounidense, se convirtió en la primera ciudadana de los Estados Unidos en ser canonizada. Para cumplir su misión de atender a los

emigrantes, cruzó el Atlántico varias veces e «impulsada por una singular audacia, empezó de la nada la construcción de escuelas, hospitales y orfanatos para multitud de desheredados que se aventuraban a buscar trabajo en el nuevo mundo, sin conocer la lengua y sin medios que les permitieran una inserción digna en la sociedad norteamericana, en la que a menudo eran víctimas de personas sin escrúpulos. Su corazón materno, que no se resignaba jamás, llegaba a ellos dondequiera que se encontraran: en los tugurios, en las cárceles y en las minas». [63] En el Año Santo de 1950, el Papa Pío XII la proclamó patrona de todos los migrantes. [64]

75. La tradición de la actividad de la Iglesia con y para los migrantes continúa y hoy ese servicio se expresa en iniciativas como los centros de acogida para refugiados, las misiones en las fronteras y los esfuerzos de Cáritas Internacional y otras instituciones. El Magisterio contemporáneo reafirma claramente este compromiso. El Papa Francisco recordaba que la misión de la Iglesia junto a los migrantes y refugiados es aún más amplia, insistiendo en que «la respuesta al desafío planteado por las migraciones contemporáneas se puede resumir en cuatro verbos: acoger, proteger, promover e integrar. Pero estos verbos no se aplican sólo a los migrantes y a los refugiados. Expresan la misión de la Iglesia en relación a todos los habitantes de las periferias existenciales, que deben ser acogidos, protegidos, promovidos e integrados». [65] Y añadía: «Cada ser humano es hijo de Dios. En él está impresa la imagen de Cristo. Se trata, entonces, de que nosotros seamos los primeros en verlo y así podamos ayudar a los otros a ver en el emigrante y en el refugiado no sólo un problema que debe ser afrontado, sino un hermano y una hermana que deben ser acogidos, respetados y amados, una ocasión que la Providencia nos ofrece para contribuir a la construcción de una sociedad más justa, una democracia más plena, un país más solidario, un mundo más fraterno y una comunidad cristiana más abierta, de acuerdo con el Evangelio». [66] La Iglesia, como madre, camina con los

que caminan. Donde el mundo ve una amenaza, ella ve hijos; donde se levantan muros, ella construye puentes. Sabe que el anuncio del Evangelio sólo es creíble cuando se traduce en gestos de cercanía y de acogida; y que en cada migrante rechazado, es Cristo mismo quien llama a las puertas de la comunidad.

Al lado de los últimos

76. La santidad cristiana florece, con frecuencia, en los lugares más olvidados y heridos de la humanidad. Los más pobres entre los pobres —los que no sólo carecen de bienes, sino también de voz y de reconocimiento de su dignidad— ocupan un lugar especial en el corazón de Dios. Son los preferidos del Evangelio, los herederos del Reino (cf. Lc 6,20). Es en ellos donde Cristo sigue sufriendo y resucitando. Es en ellos donde la Iglesia redescubre la llamada a mostrar su realidad más auténtica.

77. Santa Teresa de Calcuta, canonizada en 2016, se convirtió en un icono universal de la caridad vivida hasta el extremo en favor de los más indigentes, descartados por la sociedad. Fundadora de las Misioneras de la Caridad, dedicó su vida a los moribundos abandonados en las calles de la India. Recogía a los rechazados, lavaba sus heridas y los acompañaba hasta el momento de la muerte con una ternura que era oración. Su amor por los más pobres entre los pobres la llevaba no sólo a atender sus necesidades materiales, sino también a anunciarles la buena noticia del Evangelio: «Queremos proclamar la buena nueva a los pobres de que Dios les ama, de que nosotros les amamos, de que ellos son alguien para nosotros, de que ellos también han sido creados por la misma mano amorosa de Dios, para amar y ser amados. Nuestros pobres son grandes personas, son personas muy queribles, no necesitan nuestra lástima y simpatía, necesitan nuestro amor comprensivo. Necesitan nuestro respeto, necesitan que les tratemos con dignidad». [67] Todo esto nacía de una profunda espiritualidad que veía el servicio a los más pobres como fruto de la oración y del amor, que generan la verdadera paz, como recordaba el Papa Juan

Pablo II a los peregrinos que habían acudido a Roma para su beatificación: «¿Dónde encontró la madre Teresa la fuerza para ponerse completamente al servicio de los demás? La encontró en la oración y en la contemplación silenciosa de Jesucristo, de su santo Rostro y de su Sagrado Corazón. Lo dijo ella misma: “El fruto del silencio es la oración; el fruto de la oración es la fe; el fruto de la fe es el amor; el fruto del amor es el servicio; y el fruto del servicio es la paz” [...]. La oración colmó su corazón de la paz de Cristo y le permitió irradiarla a los demás». [68] Teresa no se consideraba una filántropa ni una activista, sino esposa de Cristo crucificado, a quien servía con amor total en los hermanos que sufrían.

78. En Brasil, santa Dulce de los Pobres, conocida como “el ángel bueno de Bahía”, encarnó el mismo espíritu evangélico con rasgos brasileños. Refiriéndose a ella y a otras dos religiosas canonizadas en la misma celebración, el Papa Francisco recordó el amor que profesaban a los más marginados de la sociedad y afirmó que las nuevas santas «nos muestran que la vida consagrada es un camino de amor en las periferias existenciales del mundo». [69] La hermana Dulce enfrentó la precariedad con creatividad, los obstáculos con ternura, la carencia con fe inquebrantable. Comenzó acogiendo a enfermos en un gallinero, y desde allí fundó una de las mayores obras sociales del país. Atendía a miles de personas al día, sin perder nunca su dulzura. Se hizo pobre con los pobres por amor al sumamente Pobre. Vivía con poco, rezaba con fervor y servía con alegría. Su fe no la alejaba del mundo, sino que la sumía aún más profundamente en los dolores de los últimos.

79. Se podría recordar también a san Benito Menni y las Hermanas Hospitalarias del Sagrado Corazón de Jesús, junto a las personas con discapacidades; a san Carlos de Foucauld entre las comunidades del Sahara; a santa Katharine Drexel, junto a los grupos más desfavorecidos de Norteamérica; a la hermana Emmanuelle con los recolectores de basura en el barrio de Ezbet El Nakhl, en la ciudad de El Cairo; y a muchísimos más. Cada uno a

su manera descubrió que los más pobres no son meros objetos de compasión, sino maestros del Evangelio. No se trata de “llevarles a Dios”, sino de encontrarlo entre ellos. Todos estos ejemplos enseñan que servir a los pobres no es un gesto de arriba hacia abajo, sino un encuentro entre iguales, donde Cristo se revela y es adorado. San Juan Pablo II nos recordaba que «en la persona de los pobres hay una presencia especial [de Cristo], que impone a la Iglesia una opción preferencial por ellos». [70] Por lo tanto, cuando la Iglesia se inclina hasta el suelo para cuidar de los pobres, asume su postura más elevada.

Movimientos populares

80. Debemos reconocer también que, a lo largo de la historia cristiana, la ayuda a los pobres y la lucha por sus derechos no han implicado sólo a los individuos, a algunas familias, a las instituciones o a las comunidades religiosas. Han existido, y existen, varios movimientos populares, integrados por laicos y guiados por líderes populares, muchas veces bajo sospecha o incluso perseguidos. Me refiero a un «conjunto de personas que no caminan como individuos sino como el entramado de una comunidad de todos y para todos, que no puede dejar que los más pobres y débiles se queden atrás. [...] Los líderes populares, entonces, son aquellos que tienen la capacidad de incorporar a todos. [...] No les tienen asco ni miedo a los jóvenes lastimados y crucificados». [71]

81. Estos líderes populares saben que la solidaridad «también es luchar contra las causas estructurales de la pobreza, la desigualdad, la falta de trabajo, la tierra y la vivienda, la negación de los derechos sociales y laborales. Es enfrentar los destructores efectos del imperio del dinero [...]. La solidaridad, entendida en su sentido más hondo, es un modo de hacer historia y eso es lo que hacen los movimientos populares». [72] Por esta razón, cuando las distintas instituciones piensan en las necesidades de los pobres se requiere «que incluyan a los movimientos populares y animen las

estructuras de gobierno locales, nacionales e internacionales con ese torrente de energía moral que surge de la incorporación de los excluidos en la construcción del destino común». [73] Los movimientos populares, efectivamente, nos invitan a superar «esa idea de las políticas sociales concebidas como una política hacia los pobres pero nunca con los pobres, nunca de los pobres y mucho menos inserta en un proyecto que reunifique a los pueblos». [74] Si los políticos y los profesionales no los escuchan, «la democracia se atrofia, se convierte en un nominalismo, una formalidad, pierde representatividad, se va desencarnando porque deja afuera al pueblo en su lucha cotidiana por la dignidad, en la construcción de su destino». [75] Lo mismo se debe decir de las instituciones de la Iglesia.

CAPÍTULO CUARTO

UNA HISTORIA QUE CONTINÚA

El siglo de la Doctrina Social de la Iglesia

82. La aceleración de las transformaciones tecnológicas y sociales de los últimos dos siglos, llena de trágicas contradicciones, no sólo ha sido sufrida, sino también afrontada y pensada por los pobres. Los movimientos de trabajadores, de mujeres y de jóvenes, así como la lucha contra la discriminación racial, han dado lugar a una nueva conciencia de la dignidad de los marginados. También el aporte de la Doctrina Social de la Iglesia tiene en sí esta raíz popular que no se debe olvidar; sería inimaginable su relectura de la revelación cristiana en las modernas circunstancias sociales, laborales, económicas y culturales sin los laicos cristianos lidiando con los desafíos de su tiempo. A su lado trabajaron religiosas y religiosos, testigos de una Iglesia en salida de los caminos ya recorridos. El cambio de época que estamos afrontando hace hoy aún más necesaria la continua interacción entre los bautizados y el Magisterio, entre los ciudadanos y los expertos, entre el pueblo y las instituciones. En particular, se reconoce nuevamente que la realidad se ve mejor desde los márgenes y que los pobres son

sujetos de una inteligencia específica, indispensable para la Iglesia y la humanidad.

83. El Magisterio de los últimos ciento cincuenta años ofrece una auténtica fuente de enseñanzas referidas a los pobres. De ese modo, los Obispos de Roma se han hecho voz de nuevas conciencias, tomadas en consideración para el discernimiento eclesial. Por ejemplo, en la carta encíclica *Rerum novarum* (1891), León XIII afrontó la cuestión del trabajo, poniendo al descubierto la situación intolerable de muchos obreros de la industria, proponiendo la instauración de un orden social justo. Otros pontífices también se han expresado en esta misma línea. Con la encíclica *Mater et Magistra* (1961) san Juan XXIII se hizo promotor de una justicia de dimensiones mundiales: los países ricos no podían permanecer indiferentes ante los países oprimidos por el hambre y la miseria, sino que estaban llamados a socorrerlos generosamente con todos sus recursos.

84. El Concilio Vaticano II representa una etapa fundamental en el discernimiento eclesial en relación a los pobres, a la luz de la Revelación. Si bien en los documentos preparatorios este tema fue marginal, desde el radiomensaje del 11 de septiembre de 1962, a un mes de la apertura del Concilio, san Juan XXIII centró la atención sobre el mismo con palabras inolvidables: «La Iglesia se presenta como es y como quiere ser, como Iglesia de todos, en particular como la Iglesia de los pobres». [76] Fue pues el gran trabajo de obispos, teólogos y expertos preocupados por la renovación de la Iglesia —con el apoyo del mismo san Juan XXIII— lo que reorientó el Concilio. Es fundamental la naturaleza cristocéntrica, es decir, doctrinal y no sólo social, de tal fermento. Numerosos padres conciliares, en efecto, favorecieron la consolidación de la conciencia, bien expresada por el cardenal Lercaro en su memorable intervención del 6 de diciembre de 1962, de que «el misterio de Cristo en la Iglesia es siempre, pero sobre todo hoy, el misterio de Cristo en los pobres», [77] y de que «no se trata de un

tema más, sino que en cierto sentido es el único tema de todo el Vaticano II». [78] El arzobispo de Bolonia, preparando el texto de esta intervención, anotaba: «Esta es la hora de los pobres, de los millones de pobres que están en toda la tierra, esta es la hora del misterio de la Iglesia madre de los pobres, esta es la hora del misterio de Cristo sobre todo en el pobre». [79] Se perfilaba de ese modo la necesidad de una nueva forma eclesial, más sencilla y sobria, que implicase a todo el pueblo de Dios y a su figura histórica. Una Iglesia más semejante a su Señor que a las potencias mundanas, dirigida a estimular en toda la humanidad un compromiso concreto para resolver el gran problema de la pobreza en el mundo.

85. San Pablo VI, con ocasión de la apertura de la segunda sesión del Concilio, retomó el tema planteado por su predecesor respecto a la Iglesia que mira con particular interés «a los pobres, a los necesitados, a los afligidos, a los hambrientos, a los enfermos, a los encarcelados, es decir, mira a toda la humanidad que sufre y que llora; ésta le pertenece por derecho evangélico». [80] En la Audiencia general del 11 de noviembre de 1964, subrayó que «el pobre es representante de Cristo» y, acercando la imagen del Señor en los últimos a la que se manifiesta en el Papa, afirmó: «La representación de Cristo en el pobre es universal, todo pobre refleja a Cristo; la del Papa es personal. [...] El pobre y Pedro pueden coincidir, pueden ser la misma persona, revestida de una doble representación: la de la pobreza y la de la autoridad». [81] De ese modo, el vínculo intrínseco entre la Iglesia y los pobres era expresado simbólicamente con una original claridad.

86. En la constitución pastoral *Gaudium et spes*, actualizando la herencia de los Padres de la Iglesia, el Concilio afirmó con fuerza el destino universal de los bienes de la tierra y la función social de la propiedad que deriva de ello: «Dios ha destinado la tierra y cuanto ella contiene para uso de todos los hombres y pueblos. En consecuencia, los bienes creados deben llegar a todos

[...]. Por tanto, el hombre, al usarlos, no debe tener las cosas exteriores que legítimamente posee como exclusivamente suyas, sino también como comunes, en el sentido de que no le aprovechen a él solamente, sino también a los demás. Por lo demás, el derecho a poseer una parte de bienes suficiente para sí mismos y para sus familias es un derecho que a todos corresponde. [...] Quien se halla en situación de necesidad extrema tiene derecho a tomar de la riqueza ajena lo necesario para sí. [...] La misma propiedad privada tiene también, por su misma naturaleza, una índole social, cuyo fundamento reside en el destino común de los bienes. Cuando esta índole social es descuidada, la propiedad muchas veces se convierte en ocasión de ambiciones y graves desórdenes». [82] Esta convicción fue impulsada nuevamente por san Pablo VI en la encíclica *Populorum progressio*, donde leemos que nadie puede considerarse autorizado a «reservarse en uso exclusivo lo que supera a la propia necesidad cuando a los demás les falta lo necesario». [83] En su intervención en las Naciones Unidas, el Papa Montini se presentó como el abogado de los pueblos pobres, [84] solicitando a la comunidad internacional la edificación de un mundo solidario.

87. Con san Juan Pablo II se consolida, al menos en el ámbito doctrinal, la relación preferencial de la Iglesia con los pobres. Su magisterio ha reconocido, en efecto, que la opción por los pobres es una «forma especial de primacía en el ejercicio de la caridad cristiana, de la cual da testimonio toda la tradición de la Iglesia». [85] En la encíclica *Sollicitudo rei socialis* escribe también que hoy, vista la dimensión mundial que ha adquirido la cuestión social, «este amor preferencial, con las decisiones que nos inspira, no puede dejar de abarcar a las inmensas muchedumbres de hambrientos, mendigos, sin techo, sin cuidados médicos y, sobre todo, sin esperanza de un futuro mejor: no se puede olvidar la existencia de esta realidad. Ignorarlo significaría parecernos al “rico epulón” que fingía no conocer al mendigo Lázaro, postrado a su puerta (cf. Lc 16,19-31)». [86] Su enseñanza sobre el trabajo

adquiere importancia cuando queremos pensar en el rol activo de los pobres en la renovación de la Iglesia y de la sociedad, dejando atrás el paternalismo de la mera asistencia de sus necesidades inmediatas. En la encíclica *Laborem exercens* afirma que «el trabajo humano es una clave, quizá la clave esencial, de toda la cuestión social». [87]

88. Frente a las múltiples crisis que han caracterizado el comienzo del tercer milenio, la lectura de Benedicto XVI se hace más marcadamente política. Así, en la carta encíclica *Caritas in veritate* afirma que «se ama al prójimo tanto más eficazmente, cuanto más se trabaja por un bien común que responda también a sus necesidades reales». [88] Además, observa que «el hambre no depende tanto de la escasez material, cuanto de la insuficiencia de recursos sociales, el más importante de los cuales es de tipo institucional. Es decir, falta un sistema de instituciones económicas capaces, tanto de asegurar que se tenga acceso al agua y a la comida de manera regular y adecuada desde el punto de vista nutricional, como de afrontar las exigencias relacionadas con las necesidades primarias y con las emergencias de crisis alimentarias reales, provocadas por causas naturales o por la irresponsabilidad política nacional e internacional». [89]

89. El Papa Francisco ha reconocido cómo, además del magisterio de los Obispos de Roma, en los últimos decenios se han hecho cada vez más frecuentes los posicionamientos adoptados por las Conferencias episcopales nacionales y regionales al respecto. Por ejemplo, él pudo testimoniar en primera persona el compromiso particular del episcopado latinoamericano al reflexionar sobre la relación de la Iglesia con los pobres. En el período postconciliar, en casi todos los países de América Latina se sintió fuertemente la identificación de la Iglesia con los pobres y la participación activa en su rescate. Fue el corazón mismo de la Iglesia el que se conmovió ante tanta gente pobre que sufría desempleo, subempleo, salarios inicuos y estaba obligada a vivir en

condiciones miserables. El martirio de san Óscar Romero, arzobispo de San Salvador, fue al mismo tiempo un testimonio y una exhortación viva para la Iglesia. Él sintió como propio el drama de la gran mayoría de sus fieles y los hizo el centro de su opción pastoral. Las Conferencias del Episcopado Latinoamericano en Medellín, Puebla, Santo Domingo y Aparecida constituyen etapas significativas también para toda la Iglesia. Yo mismo, misionero durante largos años en Perú, debo mucho a este camino de discernimiento eclesial, que el Papa Francisco ha sabido unir sabiamente al de otras Iglesias particulares, especialmente las del Sur global. Ahora quisiera referirme a dos temas específicos de este magisterio episcopal.

Estructuras de pecado que causan pobreza y desigualdades extremas

90. En Medellín, los obispos se pronunciaron en favor de la opción preferencial por los pobres: «Cristo nuestro Salvador, no sólo amó a los pobres, sino que “siendo rico se hizo pobre”, vivió en la pobreza, centró su misión en el anuncio a los pobres de su liberación y fundó su Iglesia como signo de esa pobreza entre los hombres. [...] La pobreza de tantos hermanos clama justicia, solidaridad, testimonio, compromiso, esfuerzo y superación para el cumplimiento pleno de la misión salvífica encomendada por Cristo». [90] Los obispos afirmaron con fuerza que la Iglesia, para ser plenamente fiel a su vocación, no sólo debe compartir la condición de los pobres, sino también ponerse de su lado, comprometiéndose diligentemente en su promoción integral. La Conferencia de Puebla, ante el agravamiento de la pobreza en América Latina, confirmó la decisión de Medellín con una opción franca y profética en favor de los pobres, y calificó las estructuras de injusticia como “pecado social”.

91. La caridad es una fuerza que cambia la realidad, una auténtica potencia histórica de cambio. Es la fuente a la que debe hacer referencia todo compromiso para «resolver las causas

estructurales de la pobreza», [91] y llevarlo a cabo urgentemente. Hago votos, por lo tanto, para «que crezca el número de políticos capaces de entrar en un auténtico diálogo que se oriente eficazmente a sanar las raíces profundas y no la apariencia de los males de nuestro mundo», [92] porque «se trata de escuchar el clamor de pueblos enteros, de los pueblos más pobres de la tierra». [93]

92. Por lo tanto, es preciso seguir denunciando la “dictadura de una economía que mata” y reconocer que «mientras las ganancias de unos pocos crecen exponencialmente, las de la mayoría se quedan cada vez más lejos del bienestar de esa minoría feliz. Este desequilibrio proviene de ideologías que defienden la autonomía absoluta de los mercados y la especulación financiera. De ahí que nieguen el derecho de control de los Estados, encargados de velar por el bien común. Se instaura una nueva tiranía invisible, a veces virtual, que impone, de forma unilateral e implacable, sus leyes y sus reglas». [94] Aunque no faltan diferentes teorías que intentan justificar el estado actual de las cosas, o explicar que la racionalidad económica nos exige que esperemos a que las fuerzas invisibles del mercado resuelvan todo, la dignidad de cada persona humana debe ser respetada ahora, no mañana, y la situación de miseria de muchas personas a quienes esta dignidad se niega debe ser una llamada constante para nuestra conciencia.

93. En la encíclica *Dilexit nos*, el Papa Francisco ha recordado cómo el pecado social toma la forma de “estructura de pecado” en la sociedad, que «muchas veces [...] se inserta en una mentalidad dominante que considera normal o racional lo que no es más que egoísmo e indiferencia. Este fenómeno se puede definir “alienación social”». [95] Se vuelve normal ignorar a los pobres y vivir como si no existieran. Se presenta como elección racional organizar la economía pidiendo sacrificios al pueblo, para alcanzar ciertos objetivos que interesan a los poderosos; mientras que a los

pobres sólo les quedan promesas de “gotas” que caerán, hasta que una nueva crisis global los lleve de regreso a la situación anterior. Es una auténtica alienación aquella que lleva sólo a encontrar excusas teóricas y no a tratar de resolver hoy los problemas concretos de los que sufren. Lo decía ya san Juan Pablo II: «Está alienada una sociedad que, en sus formas de organización social, de producción y consumo, hace más difícil la realización de esta donación y la formación de esa solidaridad interhumana». [96]

94. Debemos comprometernos cada vez más para resolver las causas estructurales de la pobreza. Es una urgencia que «no puede esperar, no sólo por una exigencia pragmática de obtener resultados y de ordenar la sociedad, sino para sanarla de una enfermedad que la vuelve frágil e indigna y que sólo podrá llevarla a nuevas crisis. Los planes asistenciales, que atienden ciertas urgencias, sólo deberían pensarse como respuestas pasajeras». [97] La falta de equidad «es raíz de los males sociales». [98] En efecto, «muchas veces se percibe que, de hecho, los derechos humanos no son iguales para todos». [99]

95. Resulta que «en el vigente modelo “exitista” y “privatista” no parece tener sentido invertir para que los lentos, débiles o menos dotados puedan abrirse camino en la vida». [100] La pregunta recurrente es siempre la misma: ¿los menos dotados no son personas humanas? ¿Los débiles no tienen nuestra misma dignidad? ¿Los que nacieron con menos posibilidades valen menos como seres humanos, y sólo deben limitarse a sobrevivir? De nuestra respuesta a estos interrogantes depende el valor de nuestras sociedades y también nuestro futuro. O reconquistamos nuestra dignidad moral y espiritual, o caemos como en un pozo de suciedad. Si no nos detenemos a tomar las cosas en serio continuaremos así, de manera explícita o disimulada, legitimando «el modelo distributivo actual, donde una minoría se cree con el derecho de consumir en una proporción que sería imposible

generalizar, porque el planeta no podría ni siquiera contener los residuos de semejante consumo». [101]

96. Entre las cuestiones estructurales —que no es posible imaginar que se resuelvan de lo alto y que requieren ser asumidas lo antes posible— está el tema de los lugares, los espacios, las casas y las ciudades donde los pobres viven y transitan. Lo sabemos, «¡qué hermosas son las ciudades que superan la desconfianza enfermiza e integran a los diferentes, y que hacen de esa integración un nuevo factor de desarrollo! ¡Qué lindas son las ciudades que, aun en su diseño arquitectónico, están llenas de espacios que conectan, relacionan, favorecen el reconocimiento del otro!». [102] Al mismo tiempo, «no podemos dejar de considerar los efectos de la degradación ambiental, del actual modelo de desarrollo y de la cultura del descarte en la vida de las personas». [103] De hecho, «el deterioro del ambiente y el de la sociedad afectan de un modo especial a los más débiles del planeta». [104]

97. Por consiguiente, es responsabilidad de todos los miembros del pueblo de Dios hacer oír, de diferentes maneras, una voz que despierte, que denuncie y que se exponga, aun a costo de parecer “estúpidos”. Las estructuras de injusticia deben ser reconocidas y destruidas con la fuerza del bien, a través de un cambio de mentalidad, pero también con la ayuda de las ciencias y la técnica, mediante el desarrollo de políticas eficaces en la transformación de la sociedad. Siempre debe recordarse que la propuesta del Evangelio no es sólo la de una relación individual e íntima con el Señor. La propuesta es más amplia: «es el Reino de Dios (cf. Lc 4,43); se trata de amar a Dios que reina en el mundo. En la medida en que Él logre reinar entre nosotros, la vida social será ámbito de fraternidad, de justicia, de paz, de dignidad para todos. Entonces, tanto el anuncio como la experiencia cristiana tienden a provocar consecuencias sociales. Buscamos su Reino». [105]

98. En fin, un documento que al principio no fue bien acogido por algunos, nos ofrece una reflexión siempre actual: «A los defensores de “la ortodoxia”, se dirige a veces el reproche de pasividad, de indulgencia o de complicidad culpables respecto a situaciones de injusticia intolerables y de los regímenes políticos que las mantienen. La conversión espiritual, la intensidad del amor a Dios y al prójimo, el celo por la justicia y la paz, el sentido evangélico de los pobres y de la pobreza, son requeridos a todos, y especialmente a los pastores y a los responsables. La preocupación por la pureza de la fe ha de ir unida a la preocupación por aportar, con una vida teologal integral, la respuesta de un testimonio eficaz de servicio al prójimo, y particularmente al pobre y al oprimido». [106]

Los pobres como sujetos

99. Un don fundamental para el camino de la Iglesia universal está representado por el discernimiento de la Conferencia de Aparecida, donde los obispos latinoamericanos explicitaron que la opción preferencial de la Iglesia por los pobres «está implícita en la fe cristológica en aquel Dios que se ha hecho pobre por nosotros, para enriquecernos con su pobreza». [107] En el documento se contextualiza la misión en la actual situación del mundo globalizado, con sus nuevos y dramáticos desequilibrios, [108] y los obispos, en el mensaje final, escriben: «Las agudas diferencias entre ricos y pobres nos invitan a trabajar con mayor empeño en ser discípulos que saben compartir la mesa de la vida, mesa de todos los hijos e hijas del Padre, mesa abierta, incluyente, en la que no falte nadie. Por eso reafirmamos nuestra opción preferencial y evangélica por los pobres». [109]

100. Al mismo tiempo, el documento —profundizando un tema ya presente en las Conferencias precedentes del episcopado de América Latina— insiste en la necesidad de considerar a las comunidades marginadas como sujetos capaces de crear su propia cultura, más que como objetos de beneficencia. Esto implica que

dichas comunidades tienen el derecho de vivir el Evangelio, de celebrar y comunicar la fe según los valores presentes en su cultura. La experiencia de la pobreza les da la capacidad para reconocer aspectos de la realidad que otros no son capaces de ver, y por esta razón la sociedad necesita escucharlos. Lo mismo vale para la Iglesia, que debe valorizar positivamente la manera “popular” que ellos tienen de vivir la fe. Un hermoso texto del documento final de Aparecida nos ayuda a reflexionar sobre este punto, para encontrar la actitud correcta: «Sólo la cercanía que nos hace amigos nos permite apreciar profundamente los valores de los pobres de hoy, sus legítimos anhelos y su modo propio de vivir la fe. [...] Día a día, los pobres se hacen sujetos de la evangelización y de la promoción humana integral: educan a sus hijos en la fe, viven una constante solidaridad entre parientes y vecinos, buscan constantemente a Dios y dan vida al peregrinar de la Iglesia. A la luz del Evangelio reconocemos su inmensa dignidad y su valor sagrado a los ojos de Cristo, pobre como ellos y excluido entre ellos. Desde esta experiencia creyente, compartiremos con ellos la defensa de sus derechos». [110]

101. Todo esto comporta la presencia de un aspecto en la opción por los pobres que debemos recordar constantemente: esta opción, en efecto, exige de nuestra parte «una atención puesta en el otro [...]. Esta atención amante es el inicio de una verdadera preocupación por su persona, a partir de la cual deseo buscar efectivamente su bien. Esto implica valorar al pobre en su bondad propia, con su forma de ser, con su cultura, con su modo de vivir la fe. El verdadero amor siempre es contemplativo, nos permite servir al otro no por necesidad o por vanidad, sino porque él es bello, más allá de su apariencia. [...] Sólo desde esta cercanía real y cordial podemos acompañarlos adecuadamente en su camino de liberación». [111] Por esta razón, dirijo un sincero agradecimiento a todos los que han escogido vivir entre los pobres; es decir, a aquellos que no van a visitarlos de vez en cuando, sino que viven

con ellos y como ellos. Esta es una opción que debe encontrar lugar entre las formas más altas de vida evangélica.

102. En esta perspectiva, aparece claramente la necesidad de que «todos nos dejemos evangelizar» [112] por los pobres, y que todos reconozcamos «la misteriosa sabiduría que Dios quiere comunicarnos a través de ellos». [113] Crecidos en la extrema precariedad, aprendiendo a sobrevivir en medio de las condiciones más difíciles, confiando en Dios con la certeza de que nadie más los toma en serio, ayudándose mutuamente en los momentos más oscuros, los pobres han aprendido muchas cosas que conservan en el misterio de su corazón. Aquellos entre nosotros que no han experimentado situaciones similares, de una vida vivida en el límite, seguramente tienen mucho que recibir de esa fuente de sabiduría que constituye la experiencia de los pobres. Sólo comparando nuestras quejas con sus sufrimientos y privaciones, es posible recibir un reproche que nos invite a simplificar nuestra vida.

CAPÍTULO QUINTO

UN DESAFÍO PERMANENTE

103. He decidido recordar esta bimilenaria historia de atención eclesial a los pobres y con los pobres para mostrar que ésta forma parte esencial del camino ininterrumpido de la Iglesia. El cuidado de los pobres forma parte de la gran Tradición de la Iglesia, como un faro de luz que, desde el Evangelio, ha iluminado los corazones y los pasos de los cristianos de todos los tiempos. Por tanto, debemos sentir la urgencia de invitar a todos a sumergirse en este río de luz y de vida que proviene del reconocimiento de Cristo en el rostro de los necesitados y de los que sufren. El amor a los pobres es un elemento esencial de la historia de Dios con nosotros y, desde el corazón de la Iglesia, prorrumpe como una llamada continua en los corazones de los creyentes, tanto en las comunidades como en cada uno de los fieles. La Iglesia, en cuanto Cuerpo de Cristo, siente como su propia “carne” la vida de los

pobres, que son parte privilegiada del pueblo que va en camino. Por esta razón, el amor a los que son pobres —en cualquier modo en que se manifieste dicha pobreza— es la garantía evangélica de una Iglesia fiel al corazón de Dios. De hecho, cada renovación eclesial ha tenido siempre como prioridad la atención preferencial por los pobres, que se diferencia, tanto en las motivaciones como en el estilo, de las actividades de cualquier otra organización humanitaria.

104. El cristiano no puede considerar a los pobres sólo como un problema social; estos son una “cuestión familiar”, son “de los nuestros”. Nuestra relación con ellos no se puede reducir a una actividad o a una oficina de la Iglesia. Como enseña la Conferencia de Aparecida, «se nos pide dedicar tiempo a los pobres, prestarles una amable atención, escucharlos con interés, acompañarlos en los momentos más difíciles, eligiéndolos para compartir horas, semanas o años de nuestra vida, y buscando, desde ellos, la transformación de su situación. No podemos olvidar que el mismo Jesús lo propuso con su modo de actuar y con sus palabras». [114]

El buen samaritano de nuevo

105. La cultura dominante de los inicios de este milenio instiga a abandonar a los pobres a su propio destino, a no juzgarlos dignos de atención y mucho menos de aprecio. En la encíclica *Fratelli tutti* el Papa Francisco nos invitaba a reflexionar sobre la parábola del buen samaritano (cf. Lc 10,25-37), precisamente para profundizar en este punto. En dicha parábola vemos que, frente a aquel hombre herido y abandonado en el camino, las actitudes de aquellos que pasan son distintas. Sólo el buen samaritano se ocupa de cuidarlo. Entonces vuelve la pregunta que interpela a cada uno en primera persona: «¿Con quién te identificas? Esta pregunta es cruda, directa y determinante. ¿A cuál de ellos te pareces? Nos hace falta reconocer la tentación que nos circunda de desentendernos de los demás; especialmente de los más débiles. Digámoslo, hemos crecido en muchos aspectos, aunque somos analfabetos en

acompañar, cuidar y sostener a los más frágiles y débiles de nuestras sociedades desarrolladas. Nos acostumbramos a mirar para el costado, a pasar de lado, a ignorar las situaciones hasta que estas nos golpean directamente». [115]

106. Y nos hace mucho bien descubrir que aquella escena del buen samaritano se repite también hoy. Recordemos esta situación de nuestros días: «Cuando encuentro a una persona durmiendo a la intemperie, en una noche fría, puedo sentir que ese bulto es un imprevisto que me interrumpe, un delincuente ocioso, un estorbo en mi camino, un aguijón molesto para mi conciencia, un problema que deben resolver los políticos, y quizá hasta una basura que ensucia el espacio público. O puedo reaccionar desde la fe y la caridad, y reconocer en él a un ser humano con mi misma dignidad, a una creatura infinitamente amada por el Padre, a una imagen de Dios, a un hermano redimido por Jesucristo. ¡Eso es ser cristianos! ¿O acaso puede entenderse la santidad al margen de este reconocimiento vivo de la dignidad de todo ser humano?». [116] ¿Qué hizo el buen samaritano?

107. La pregunta se vuelve urgente, porque nos ayuda a darnos cuenta de una grave falta en nuestras sociedades y también en nuestras comunidades cristianas. El hecho es que muchas formas de indiferencia que hoy encontramos «son signos de un estilo de vida generalizado, que se manifiesta de diversas maneras, quizás más sutiles. Además, como todos estamos muy concentrados en nuestras propias necesidades, ver a alguien sufriendo nos molesta, nos perturba, porque no queremos perder nuestro tiempo por culpa de los problemas ajenos. Estos son síntomas de una sociedad enferma, porque busca construirse de espaldas al dolor. Mejor no caer en esa miseria. Miremos el modelo del buen samaritano». [117] Las últimas palabras de la parábola evangélica —«Ve, y procede tú de la misma manera» (Lc 10,37)— son un mandamiento que un cristiano debe oír resonar cada día en su corazón.

Un desafío ineludible para la Iglesia de hoy

108. En una época particularmente difícil para la Iglesia de Roma, cuando las instituciones imperiales estaban colapsando bajo la presión de los bárbaros, san Gregorio Magno amonestaba a sus fieles de este modo: «Todos los días, si lo buscamos, hallamos a Lázaro, y, aunque no lo busquemos, le tenemos a la vista. Ved que a todas horas se presentan los pobres y que ahora nos piden ellos, que luego vendrán como intercesores nuestros. [...] No perdáis el tiempo de la misericordia; no hagáis caso omiso de los remedios que habéis recibido». [118] No sin valentía, él desafiaba los prejuicios generalizados hacia los pobres, como los de quienes los consideraban responsables de su propia miseria: «Cuando veis que algunos pobres hacen algunas cosas reprensibles: no los despreciéis, no desconfiéis, porque tal vez la fragua de la pobreza purifica el exceso de alguna maldad pequeñísima que los mancha». [119] No pocas veces, la riqueza nos vuelve ciegos, hasta el punto de pensar que nuestra felicidad sólo puede realizarse si logramos prescindir de los demás. En esto, los pobres pueden ser para nosotros como maestros silenciosos, devolviendo nuestro orgullo y arrogancia a una justa humildad.

109. Si es verdad que los pobres son sostenidos por quienes tienen medios económicos, también se puede afirmar con certeza lo contrario. Esta es una sorprendente experiencia corroborada por la misma tradición cristiana y que se vuelve un verdadero punto de inflexión en nuestra vida personal, cuando caemos en la cuenta de que justamente los pobres son quienes nos evangelizan. ¿De qué manera? Los pobres, en el silencio de su misma condición, nos colocan frente a la realidad de nuestra debilidad. El anciano, por ejemplo, con la debilidad de su cuerpo, nos recuerda nuestra vulnerabilidad, aun cuando buscamos esconderla detrás del bienestar o de la apariencia. Además, los pobres nos hacen reflexionar sobre la precariedad de aquel orgullo agresivo con el que frecuentemente afrontamos las dificultades de la vida. En esencia, ellos revelan nuestra fragilidad y el vacío de una vida

aparentemente protegida y segura. Al respecto, volvemos a escuchar estas palabras de san Gregorio Magno: «Nadie, pues, se cuente seguro diciendo: Ea, yo no robo lo ajeno, sino que disfruto buenamente de los bienes que he recibido; porque este rico no fue castigado precisamente por robar lo ajeno, sino porque malamente reservó para sí solo los bienes que había recibido. También le llevó al infierno esto: el no vivir temeroso en medio de su felicidad, el hacer servir a su arrogancia los dones recibidos, el no tener entrañas de caridad». [120]

110. Para nosotros cristianos, la cuestión de los pobres conduce a lo esencial de nuestra fe. La opción preferencial por los pobres, es decir, el amor de la Iglesia hacia ellos, como enseñaba san Juan Pablo II, «es determinante y pertenece a su constante tradición, la impulsa a dirigirse al mundo en el cual, no obstante el progreso técnico-económico, la pobreza amenaza con alcanzar formas gigantescas». [121] La realidad es que los pobres para los cristianos no son una categoría sociológica, sino la misma carne de Cristo. En efecto, no es suficiente limitarse a enunciar en modo general la doctrina de la encarnación de Dios; para adentrarse en serio en este misterio, en cambio, es necesario especificar que el Señor se hace carne, carne que tiene hambre, que tiene sed, que está enferma, encarcelada. «Una Iglesia pobre para los pobres empieza con ir hacia la carne de Cristo. Si vamos hacia la carne de Cristo, comenzamos a entender algo, a entender qué es esta pobreza, la pobreza del Señor. Y esto no es fácil». [122]

111. El corazón de la Iglesia, por su misma naturaleza, es solidario con aquellos que son pobres, excluidos y marginados, con aquellos que son considerados un “descarte” de la sociedad. Los pobres están en el centro de la Iglesia, porque es desde la «fe en Cristo hecho pobre, y siempre cercano a los pobres y excluidos, [que] brota la preocupación por el desarrollo integral de los más abandonados de la sociedad». [123] En el corazón de cada fiel se encuentra «la exigencia de escuchar este clamor [que] brota de la

misma obra liberadora de la gracia en cada uno de nosotros, por lo cual no se trata de una misión reservada sólo a algunos». [124]

112. A veces se percibe en algunos movimientos o grupos cristianos la carencia o incluso la ausencia del compromiso por el bien común de la sociedad y, en particular, por la defensa y la promoción de los más débiles y desfavorecidos. A este respecto, es necesario recordar que la religión, especialmente la cristiana, no puede limitarse al ámbito privado, como si los fieles no tuvieran que preocuparse también de los problemas relativos a la sociedad civil y de los acontecimientos que afectan a los ciudadanos. [125]

113. En realidad, «cualquier comunidad de la Iglesia, en la medida en que pretenda subsistir tranquila sin ocuparse creativamente y cooperar con eficiencia para que los pobres vivan con dignidad y para incluir a todos, también correrá el riesgo de la disolución, aunque hable de temas sociales o critique a los gobiernos. Fácilmente terminará sumida en la mundanidad espiritual, disimulada con prácticas religiosas, con reuniones infecundas o con discursos vacíos». [126]

114. No estamos hablando sólo de la asistencia y del necesario compromiso por la justicia. Los creyentes deben darse cuenta de otra forma de incoherencia respecto a los pobres. En verdad, «la peor discriminación que sufren los pobres es la falta de atención espiritual [...]. La opción preferencial por los pobres debe traducirse principalmente en una atención religiosa privilegiada y prioritaria». [127] No obstante, esta atención espiritual hacia los pobres es puesta en discusión por ciertos prejuicios, también por parte de cristianos, porque nos sentimos más a gusto sin los pobres. Hay quienes siguen diciendo: “Nuestra tarea es rezar y enseñar la verdadera doctrina”. Pero, desvinculando este aspecto religioso de la promoción integral, agregan que sólo el gobierno debería encargarse de ellos, o que sería mejor dejarlos en la miseria, para que aprendan a trabajar. A veces, sin embargo, se asumen criterios

pseudocientíficos para decir que la libertad de mercado traerá espontáneamente la solución al problema de la pobreza. O incluso, se opta por una pastoral de las llamadas élites, argumentando que, en vez de perder el tiempo con los pobres, es mejor ocuparse de los ricos, de los poderosos y de los profesionales, para que, por medio de ellos, se puedan alcanzar soluciones más eficaces. Es fácil percibir la mundanidad que se esconde detrás de estas opiniones; estas nos llevan a observar la realidad con criterios superficiales y desprovistos de cualquier luz sobrenatural, prefiriendo círculos sociales que nos tranquilizan o buscando privilegios que nos acomodan.

Aún hoy, dar

115. Es bueno dedicar una última palabra a la limosna, que hoy no goza de buena fama, a menudo incluso entre los creyentes. No sólo no se practica, sino que además se desprecia. Por un lado, confirmo que la ayuda más importante para una persona pobre es promoverla a tener un buen trabajo, para que pueda ganarse una vida más acorde a su dignidad, desarrollando sus capacidades y ofreciendo su esfuerzo personal. El hecho es que «la falta de trabajo es mucho más que la falta de una fuente de ingresos para poder vivir. El trabajo es también esto, pero es mucho, mucho más. Trabajando nosotros nos hacemos más persona, nuestra humanidad florece, los jóvenes se convierten en adultos solamente trabajando. La Doctrina Social de la Iglesia ha visto siempre el trabajo humano como participación en la creación que continúa cada día, también gracias a las manos, a la mente y al corazón de los trabajadores». [128] Por otro lado, si aún no existe esta posibilidad concreta, no podemos correr el riesgo de dejar a una persona abandonada a su suerte, sin lo indispensable para vivir dignamente. Y, por tanto, la limosna sigue siendo un momento necesario de contacto, de encuentro y de identificación con la situación de los demás.

116. Es evidente, para quien ama de verdad, que la limosna no exime de sus responsabilidades a las autoridades competentes,

ni elimina el compromiso organizado de las instituciones, y mucho menos sustituye la lucha legítima por la justicia. Sin embargo, invita al menos a detenerse y a mirar al pobre a la cara, a tocarle y compartir con él algo de lo suyo. De cualquier manera, la limosna, por pequeña que sea, infunde piedad en una vida social en la que todos se preocupan de su propio interés personal. Dice el libro de los Proverbios: «El hombre generoso será bendecido, porque comparte su pan con el pobre» (Pr 22,9).

117. Tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento contienen auténticos himnos a la limosna: «Pero tú sé indulgente con el humilde y no le hagas esperar tu limosna, [...] que el tesoro encerrado en tus graneros sea la limosna, y ella te preservará de todo mal» (Si 29,8.12). Y Jesús retoma esta enseñanza: «Vendan sus bienes y denlos como limosna. Háganse bolsas que no se desgasten y acumulen un tesoro inagotable en el cielo» (Lc 12,33).

118. A san Juan Crisóstomo se le atribuía esta exhortación: «La limosna es el ala de la oración; si no le das alas a la oración, no volará». [129] Y san Gregorio Nacianceno concluía una de sus célebres oraciones con estas palabras: «En verdad, si en algo confiáis en mí, siervos de Cristo, hermanos y coherederos, mientras llega el momento, visitemos a Cristo, curemos a Cristo, alimentemos a Cristo, vistamos a Cristo, hospedemos a Cristo, honremos a Cristo; no sólo en la mesa, como algunos; ni con perfumes, como María; no sólo en el sepulcro, como José de Arimatea; ni con lo relativo a la sepultura, como Nicodemo, que amaba a Cristo a medias; ni con oro, incienso y mirra, como los Magos, anteriores a los mencionados; sino puesto que el Señor del universo quiere misericordia y no sacrificio [...], ofrezcámosle esa compasión por medio de los necesitados y de los que ahora se encuentran arrojados por tierra, para que, cuando salgamos de aquí abajo, seamos recibidos en las moradas eternas». [130]

119. Hay que alimentar el amor y las convicciones más profundas, y eso se hace con gestos. Permanecer en el mundo de las ideas y las discusiones, sin gestos personales, asiduos y sinceros, sería la perdición de nuestros sueños más preciados. Por esta sencilla razón, como cristianos, no renunciamos a la limosna. Es un gesto que se puede hacer de diferentes formas, y que podemos intentar hacer de la manera más eficaz, pero es preciso hacerlo. Y siempre será mejor hacer algo que no hacer nada. En todo caso nos llegará al corazón. No será la solución a la pobreza mundial, que hay que buscar con inteligencia, tenacidad y compromiso social. Pero necesitamos practicar la limosna para tocar la carne sufriente de los pobres.

120. El amor cristiano supera cualquier barrera, acerca a los lejanos, reúne a los extraños, familiariza a los enemigos, atraviesa abismos humanamente insuperables, penetra en los rincones más ocultos de la sociedad. Por su naturaleza, el amor cristiano es profético, hace milagros, no tiene límites: es para lo imposible. El amor es ante todo un modo de concebir la vida, un modo de vivirla. Pues bien, una Iglesia que no pone límites al amor, que no conoce enemigos a los que combatir, sino sólo hombres y mujeres a los que amar, es la Iglesia que el mundo necesita hoy.

121. Ya sea a través del trabajo que ustedes realizan, o de su compromiso por cambiar las estructuras sociales injustas, o por medio de esos gestos sencillos de ayuda, muy cercanos y personales, será posible para aquel pobre sentir que las palabras de Jesús son para él: «Yo te he amado» (Ap 3,9).

Dado en Roma, junto a San Pedro, el 4 de octubre, memoria de san Francisco de Asís, del año 2025, primero de mi Pontificado.

LEÓN PP. XIV

[1] Francisco, Carta enc. *Dilexit nos* (24 octubre 2024), 170: AAS 116 (2024), 1422.

[2] *Ibíd.*, 171: AAS 116 (2024), 1422-1423.

[3] *Id.*, Exhort. ap. *Gaudete et exsultate* (19 marzo 2018), 96: AAS 110 (2018), 1137.

[4] Francisco, Encuentro con los representantes de los medios de comunicación (16 marzo 2013): AAS 105 (2013), 381.

[5] J. Bergoglio – A. Skorka, *Sobre el cielo y la tierra*, Buenos Aires 2013, 214.

[6] S. Pablo VI, Homilía en la Santa Misa concelebrada durante la última sesión pública del Concilio Ecuménico Vaticano II (7 diciembre 1965): AAS 58 (1966), 55-56.

[7] Cf. Francisco, Exhort. ap. *Evangelii gaudium* (24 noviembre 2013), 187: AAS 105 (2013), 1098.

[8] *Ibíd.*, 212: AAS 105 (2013), 1108.

[9] *Id.*, Carta. enc. *Fratelli tutti* (3 octubre 2020), 23: AAS 112 (2020), 977.

[10] *Ibíd.*, 21: AAS 112 (2020), 976.

[11] Consejo de las Comunidades Europeas, Decisión (85/8/CEE) relativa a una acción comunitaria específica de lucha contra la pobreza (19 diciembre 1984), art. 1, par. 2: Diario Oficial de las Comunidades Europeas, N. L 2/24.

[12] Cf. S. Juan Pablo II, *Catequesis* (27 octubre 1999): *L'Osservatore Romano*, ed. semanal en lengua española, 29 octubre 1999, 3.

[13] Francisco, Exhort. ap. *Evangelii gaudium* (24 noviembre 2013), 197: AAS 105 (2013), 1102.

[14] Cf. *id.*, Mensaje para la V Jornada Mundial de los Pobres (13 junio 2021), 3: AAS 113 (2021), 691: «Jesús no sólo está de parte de los pobres, sino que comparte con ellos la misma suerte. Esta es una importante lección también para sus discípulos de todos los tiempos».

[15] *Id.*, Exhort. ap. *Evangelii gaudium* (24 noviembre 2013), 186: AAS 105 (2013), 1098.

[16] Id., Exhort. ap. *Gaudete et exsultate* (19 marzo 2018), 95: AAS 110 (2018), 1137.

[17] *Ibíd.*, 97: AAS 110 (2018), 1137.

[18] Id., Exhort. ap. *Evangelii gaudium* (24 noviembre 2013), 194: AAS 105 (2013), 1101.

[19] Francisco, Encuentro con los representantes de los medios de comunicación (16 marzo 2013): AAS 105 (2013), 381.

[20] Conc. Ecum. Vaticano II, Const. dogm. *Lumen gentium*, 8.

[21] Francisco, Exhort. ap. *Evangelii gaudium* (24 noviembre 2013), 48: AAS 105 (2013), 1040.

[22] En este capítulo propondremos algunos de estos ejemplos de santidad, que no pretenden ser exhaustivos, sino indicativos del cuidado de los pobres que siempre ha caracterizado la presencia de la Iglesia en el mundo. Una reflexión detallada sobre la historia de esta atención eclesial a los más pobres se encuentra en el libro de V. Paglia, *Storia della povertà*, Milán 2014.

[23] Cf. S. Ambrosio, *De officiis ministrorum* I, cap. 41, 205-206: CCSL 15, Turnhout 2000, 76-77; II, cap. 28, 140-143: CCSL 15, 148-149.

[24] *Ibíd.* II, cap. 28, 140: CCSL 15, 148.

[25] *Ibíd.*

[26] *Ibíd.* II, cap. 28, 142: CCSL 15, 148.

[27] S. Ignacio de Antioquía, *Epistula ad Smyrnaeos*, 6, 2: SCh 10bis, París 2007, 136-138.

[28] S. Policarpo, *Epistula ad Philippenses*, 6, 1: SCh 10bis, 186.

[29] S. Justino, *Apologia prima*, 67, 6-7: SCh 507, París 2006, 310.

[30] S. Juan Crisóstomo, *Homiliae in Matthaeum*, 50, 3: PG 58, París 1862, 508.

[31] *Ibíd.*, 50, 4: PG 58, 509.

[32] Id., *Homilia in Epistula ad Hebraeos*, 11, 3: PG 63, París 1862, 94.

[33] Id., *Homilia II De Lazaro*, 6: PG 48, París 1862, 992.

[34] S. Ambrosio, *De Nabuthae*, 12, 53: CSEL 32/2, Praga-Viena-Leipzig 1897, 498.

[35] S. Agustín, *Enarrationes in Psalmos*, 125, 12: CSEL 95/3, Viena 2001, 181.

[36] Id., *Sermo LXXXVI*, 5: CCSL 41Ab, Turnhout 2019, 411-412.

[37] Pseudoagustín, *Sermo CCCLXXXVIII*, 2: PL 39, París 1862, 1700.

[38] S. Cipriano, *De mortalitate*, 16: CCSL 3A, Turnhout 1976, 25.

[39] Francisco, *Mensaje para la XXX Jornada Mundial del Enfermo* (10 diciembre 2021), 3: AAS 114 (2022), 51.

[40] S. Camilo de Lellis, *Reglas de la Compañía de los Ministros de los Enfermos*, 27: M. Vanti (ed.), *Scritti di San Camillo de Lellis*, Milán 1965, 67.

[41] Sta. Luisa de Marillac, *Carta a las Hermanas Claude Carré y Marie Gaudoin* (28 noviembre 1657): E. Charpy (ed.), *Sainte Louise de Marillac. Écrits*, París 1983, 576.

[42] S. Basilio Magno, *Regulae fusius tractatae*, 37, 1: PG 31, París 1857, 1009 C-D.

[43] *Regula Benedicti*, 53, 15: SCh 182, París 1972, 614.

[44] S. Juan Casiano, *Collationes XIV*, 10: CSEL 13, Viena 2004, 410.

[45] Benedicto XVI, *Catequesis* (21 octubre 2009): *L'Osservatore Romano*, ed. semanal en lengua española, 23 octubre 2009, 32.

[46] Cf. Inocencio III, *Bula Operante divinae dispositionis – Regla Primitiva de los Trinitarios* (17 diciembre 1198), 2: J. L. Aurrecoechea – A. Moldón (eds.), *Fuentes históricas de la Orden Trinitaria* (s. XII-XV), Córdoba 2003, 6-7: «Todos los bienes, de dondequiera que lícitamente provengan, los dividan en tres partes iguales; y en la medida en que dos partes sean suficientes, se lleven a cabo con ellas obras de misericordia, junto con un moderado sustento de sí mismos y de los que por necesidad están a su

servicio. En cambio, la tercera parte se reserve para la redención de los cautivos a causa de su fe en Cristo».

[47] Cf. Constituciones de la Orden de los Mercedarios, n. 14: Orden de la Bienaventurada Virgen María de la Merced, Regla y Constituciones, Roma 2014, 53: «Para cumplir esta misión, impulsados por la caridad, nos consagramos a Dios con un voto particular, llamado de Redención, en virtud del cual prometemos dar la vida como Cristo la dio por nosotros, si fuere necesario, para salvar a los cristianos que se encuentran en extremo peligro de perder su fe, en las nuevas formas de cautividad».

[48] Cf. S. Juan Bautista de la Concepción, La regla de la Orden de la Santísima Trinidad, XX, 1: BAC Maior 60, Madrid 1999, 90: «Y en esto son los pobres y cautivos semejantes a Cristo, en quien el mundo arroja sus penas [...]. A éstos esta santa Religión de la Santísima Trinidad llama y convida que vengan a beber del agua del Salvador, que es decir que, por haberse Cristo puesto en la cruz a ser salud y salvador de los hombres, ella ha cogido de aquella salud y la quiere dar y repartir a los pobres y salvar y librar a los cautivos».

[49] Cf. id., El recogimiento interior, XL, 4: BAC Maior 48, Madrid 1995, 689: «El libre albedrío al hombre le hace señor y libre entre todas las criaturas, pero ¡ay, buen Dios!, cuántos más son los que por ese camino son esclavos y cautivos del demonio, presos y aherrojados de sus pasiones y apetitos desordenados».

[50] Francisco, Mensaje para la XLVIII Jornada Mundial de la Paz (8 diciembre 2014), 3: AAS 107 (2015), 69.

[51] Id., Encuentro con los agentes de la policía penitenciaria, los detenidos y los voluntarios de la cárcel de Montorio (Verona, 18 de mayo de 2024): AAS 116 (2024), 766.

[52] Honorio III, Bula Solet annuere – Regla bulada (29 noviembre 1223), cap. VI: SCh 285, París 1981, 192.

[53] Cf. Gregorio IX, Bula Sicut manifestum est (17 septiembre 1228), 7: SCh 325, París 1985, 200: «Sicut igitur supplicastis, altissimae paupertatis propositum vestrum favore

apostolico roboramus, auctoritate vobis praesentium indulgentes, ut recipere possessiones a nullo compelli possitis».

[54] Cf. S. C. Tugwell (ed.), *Early Dominicans. Selected Writings*, Mahwah 1982, 16-19.

[55] Tomás de Celano, *Vita Secunda – pars prima*, cap. IV, 8: *AnalFranc* 10, Florencia 1941, 135.

[56] Francisco, *Discurso después de la visita a la tumba de don Lorenzo Milani* (Barbiana, 20 de junio de 2017), 2: *AAS* 109 (2017), 745.

[57] S. Juan Pablo II, *Discurso a los participantes en el Capítulo General de los Clérigos Regulares Pobres de la Madre de Dios de las Escuelas Pías – Escolapios* (5 julio 1997), 2: *L'Osservatore Romano*, ed. semanal en lengua española, 11 julio 1997, 2.

[58] *Ibíd.*

[59] *Id.*, *Homilía durante la Santa Misa de canonización* (18 abril 1999): *AAS* 91 (1999), 930.

[60] Cf. *id.*, *Carta Iuvenum Patris* (31 enero 1988), 9: *AAS* 80 (1988), 976.

[61] Cf. Francisco, *Discurso a los participantes en el Capítulo General del Instituto de la Caridad – Rosminianos* (1 octubre 2018): *L'Osservatore Romano*, 1-2 octubre 2018, 7.

[62] *Id.*, *Homilía durante la Santa Misa de canonización* (9 octubre 2022): *AAS* 114 (2022), 1338.

[63] S. Juan Pablo II, *Mensaje a la Congregación de Misioneras del Sagrado Corazón* (31 mayo 2000), 3: *L'Osservatore Romano*, ed. semanal en lengua española, 28 julio 2000, 5.

[64] Cf. Pío XII, *Breve ap. Superiore iam aetate* (8 septiembre 1950): *AAS* 43 (1951), 455-456.

[65] Francisco, *Mensaje para la CV Jornada Mundial del Migrante y del Refugiado* (27 mayo 2019): *AAS* 111 (2019), 911.

[66] *Id.*, *Mensaje para la C Jornada Mundial del Migrante y del Refugiado* (5 agosto 2013): *AAS* 105 (2013), 930.

[67] Sta. Teresa de Calcuta, Discurso al recibir el Premio Nobel de la Paz (Oslo, 10 de diciembre de 1979): Id., *Aimer jusqu'à en avoir mal*, Lyon 2017, 19-20.

[68] S. Juan Pablo II, Discurso a los peregrinos venidos a Roma para la beatificación de la Madre Teresa de Calcuta (20 octubre 2003), 3: *L'Osservatore Romano*, ed. semanal en lengua española, 31 octubre 2003, 7.

[69] Francisco, Homilía durante la Santa Misa de canonización (13 octubre 2019): AAS 111 (2019), 1712.

[70] S. Juan Pablo II, Carta ap. *Novo millennio ineunte* (6 enero 2001), 49: AAS 93 (2001), 302.

[71] Francisco, Exhort. ap. *Christus vivit* (25 marzo 2019), 231: AAS 111 (2019), 458.

[72] Id., Discurso a los participantes en el Encuentro mundial de los movimientos populares (28 octubre 2014): AAS 106 (2014), 851-852.

[73] *Ibíd.*: AAS 106 (2014), 859.

[74] Id., Discurso a los participantes en el Encuentro mundial de los movimientos populares (5 noviembre 2016): *L'Osservatore Romano*, ed. semanal en lengua española, 11 noviembre 2016, 8.

[75] *Ibíd.*

[76] S. Juan XXIII, Radiomensaje a todos los fieles del mundo un mes antes de la apertura del Concilio Ecuménico Vaticano II (11 septiembre 1962): AAS 54 (1962), 682.

[77] G. Lercaro, Intervención en la XXXV Congregación general del Concilio Ecuménico Vaticano II (6 diciembre 1962), 2: AS I/IV, 327-328.

[78] *Ibíd.*, 4: AS I/IV, 329.

[79] Istituto per le Scienze Religiose (ed.), *Per la forza dello Spirito. Discorsi conciliari del Card. Giacomo Lercaro*, Bolonia 1984, 115.

[80] S. Pablo VI, Alocución en la solemne apertura de la segunda sesión del Concilio Ecuménico Vaticano II (29 septiembre 1963): AAS 55 (1963), 857.

[81] Id., Catechesis (11 noviembre 1964): Insegnamenti di Paolo VI, II (1964), 984.

[82] Conc. Ecum. Vat. II, Const. past. *Gaudium et spes*, 69. 71.

[83] S. Pablo VI, Carta enc. *Populorum progressio* (26 marzo 1967), 23: AAS 59 (1967), 269.

[84] Cf. *ibíd.*, 4: AAS 59 (1967), 259.

[85] S. Juan Pablo II, Carta enc. *Sollicitudo rei socialis* (30 diciembre 1987), 42: AAS 80 (1988), 572.

[86] *Ibíd.*: AAS 80 (1988), 573.

[87] Id., Carta enc. *Laborem exercens* (14 septiembre 1981), 3: AAS 73 (1981), 584.

[88] Benedicto XVI, Carta enc. *Caritas in veritate* (29 junio 2009), 7: AAS 101 (2009), 645.

[89] *Ibíd.*, 27: AAS 101 (2009), 661.

[90] II Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, Documento de Medellín (24 octubre 1968), 14, n. 7: CELAM, Medellín. Conclusiones, Lima 2005, 131-132.

[91] Francisco, Exhort. ap. *Evangelii gaudium* (24 noviembre 2013), 202: AAS 105 (2013), 1105.

[92] *Ibíd.*, 205: AAS 105 (2013), 1106.

[93] *Ibíd.*, 190: AAS 105 (2013), 1099.

[94] *Ibíd.*, 56: AAS 105 (2013), 1043.

[95] Id., Carta enc. *Dilexit nos* (24 octubre 2024), 183: AAS 116 (2024), 1427.

[96] S. Juan Pablo II, Carta enc. *Centesimus annus* (1 mayo 1991), 41: AAS 83 (1991), 844-845.

[97] Francisco, Exhort. ap. *Evangelii gaudium* (24 noviembre 2013), 202: AAS 105 (2013), 1105.

[98] *Ibíd.*

[99] Id., Carta enc. *Fratelli tutti* (3 octubre 2020), 22: AAS 112 (2020), 976.

[100] Id., Exhort. ap. *Evangelii gaudium* (24 noviembre 2013), 209: AAS 105 (2013), 1107.

[101] Id., Carta enc. *Laudato si'* (24 mayo 2015), 50: AAS 107 (2015), 866.

[102] Id., Exhort. ap. *Evangelii gaudium* (24 noviembre 2013), 210: AAS 105 (2013), 1107.

[103] Id., Carta enc. *Laudato si'* (24 mayo 2015), 43: AAS 107 (2015), 863.

[104] *Ibíd.*, 48: AAS 107 (2015), 865.

[105] Id., Exhort. ap. *Evangelii gaudium* (24 noviembre 2013), 180: AAS 105 (2013), 1095.

[106] Congregación para la Doctrina de la Fe, Instrucción sobre algunos aspectos de la “Teología de la liberación” (6 agosto 1984), XI, 18: AAS 76 (1984), 907-908.

[107] V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe, Documento de Aparecida (29 junio 2007), n. 392, Bogotá 2007, pp. 179-180. Cf. Benedicto XVI, Discurso en la sesión inaugural de los trabajos de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe (13 mayo 2007), 3: AAS 99 (2007), 450.

[108] Cf. V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe, Documento de Aparecida (29 junio 2007), nn. 43-87, pp. 31-47.

[109] Id., Mensaje final (29 mayo 2007), n. 4, Bogotá 2007, p. 275.

[110] Id., Documento de Aparecida (29 junio 2007), n. 398, p. 182.

[111] Francisco, Exhort. ap. *Evangelii gaudium* (24 noviembre 2013), 199: AAS 105 (2013), 1103-1104.

[112] *Ibíd.*, 198: AAS 105 (2013), 1103.

[113] *Ibíd.*

[114] V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe, Documento de Aparecida (29 junio 2007), n. 397, p. 182.

[115] Francisco, Carta enc. *Fratelli tutti* (3 octubre 2020), 64: AAS 112 (2020), 992.

[116] Id., Exhort. ap. *Gaudete et exsultate* (19 marzo 2018), 98: AAS 110 (2018), 1137.

[117] Id., Carta enc. *Fratelli tutti* (3 octubre 2020), 65-66: AAS 112 (2020), 992.

[118] S. Gregorio Magno, Homilía 40, 10: SCh 522, París 2008, 552-554.

[119] *Ibíd.*, 6: SCh 522, 546.

[120] *Ibíd.*, 3: SCh 522, 536.

[121] S. Juan Pablo II, Carta enc. *Centesimus annus* (1 mayo 1991), 57: AAS 83 (1991) 862-863.

[122] Francisco, Vigilia de Pentecostés con los movimientos eclesiales (18 mayo 2013): *L'Osservatore Romano*, ed. semanal en lengua española, 24 mayo 2013, 6.

[123] Id., Exhort. ap. *Evangelii gaudium* (24 noviembre 2013), 186: AAS 105 (2013), 1098.

[124] *Ibíd.*, 188: AAS 105 (2013), 1099.

[125] Cf. *ibíd.*, 182-183: AAS 105 (2013), 1096-1097.

[126] *Ibíd.*, 207: AAS 105 (2013), 1107.

[127] *Ibíd.*, 200: AAS 105 (2013), 1104.

[128] Id., Discurso en ocasión del encuentro con el mundo del trabajo en el establecimiento siderúrgico ILVA en Génova (27 mayo 2017): AAS 109 (2017), 613.

[129] Pseudocrisóstomo, Homilia de jejunio et eleemosyna: PG 48, 1060.

[130] S. Gregorio Nacianceno, Oratio XIV, 40: PG 35, París 1886, 910.

CARTA APOSTÓLICA ‘DISEÑAR NUEVOS MAPAS DE ESPERANZA’ DEL SANTO PADRE LEÓN XIV CON MOTIVO DEL LX ANIVERSARIO DE LA DECLARACIÓN CONCILIAR GRAVISSIMUM EDUCATIONIS

1. Proemio

1.1. Diseñar nuevos mapas de esperanza. El 28 de octubre de 2025 se cumple el 60.º aniversario de la Declaración conciliar *Gravissimum educationis* sobre la extrema importancia y actualidad de la educación en la vida del ser humano. Con ese texto, el Concilio Vaticano II recordó a la Iglesia que la educación no es una actividad accesorio, sino que constituye el tejido mismo de la evangelización: es la forma concreta con la que el Evangelio se convierte en gesto educativo, relación, cultura. Hoy, ante los rápidos cambios y las incertidumbres que desorientan, ese legado muestra una sorprendente solidez. Allí donde las comunidades educativas se dejan guiar por la palabra de Cristo, no se retiran, sino que se relanzan; no levantan muros, sino que construyen puentes. Reaccionan con creatividad, abriendo nuevas posibilidades para la transmisión del conocimiento y del sentido en la escuela, en la universidad, en la formación profesional y civil, en la pastoral escolar y juvenil, y en la investigación, porque el Evangelio no envejece, sino que «hace nuevas todas las cosas» (Ap. 21,5). Cada generación lo escucha como una novedad que regenera. Cada generación es responsable del Evangelio y del descubrimiento de su poder seminal y multiplicador.

1.2. Vivimos en un entorno educativo complejo, fragmentado y digitalizado. Precisamente por eso es sabio detenerse y recuperar la mirada sobre la «cosmología de la paideia cristiana»: una visión que, a lo largo de los siglos, supo renovarse e inspirar positivamente todas las poliédricas facetas de la educación. Desde sus orígenes, el Evangelio ha generado «constelaciones educativas»: experiencias humildes y fuertes a la vez, capaces de leer los tiempos, de custodiar la unidad entre la fe y la razón, entre

el pensamiento y la vida, entre el conocimiento y la justicia. Han sido, en la tormenta, un ancla de salvación; y en la bonanza, una vela desplegada. Un faro en la noche para guiar la navegación.

1.3. La Declaración Gravissimum educationis no ha perdido fuerza. Desde su recepción ha nacido un firmamento de obras y carismas que aún hoy orienta el camino: escuelas y universidades, movimientos e institutos, asociaciones laicales, congregaciones religiosas y redes nacionales e internacionales. Juntos, estos cuerpos vivos han consolidado un patrimonio espiritual y pedagógico capaz de atravesar el siglo XXI y responder a los retos más apremiantes. Este patrimonio no está inmovilizado: es una brújula que sigue indicando la dirección y hablando de la belleza del viaje. Las expectativas actuales no son menores que las muchas a las que se enfrentó la Iglesia hace sesenta años. Más bien se han ampliado y se han vuelto más complejas. Ante los muchos millones de niños en el mundo que aún no tienen acceso a la educación primaria, ¿cómo no actuar? Ante las dramáticas situaciones de emergencia educativa provocadas por las guerras, las migraciones, las desigualdades y las diversas formas de pobreza, ¿cómo no sentir la urgencia de renovar nuestro compromiso? La educación —como recordé en mi Exhortación Apostólica Dilexi te— «ha sido siempre una de las expresiones más altas de la caridad cristiana» [1]. El mundo necesita esta forma de esperanza.

2. Una historia dinámica

2.1. La historia de la educación católica es la historia del Espíritu en acción. La Iglesia, «madre y maestra» [2], no por supremacía, sino por servicio: genera en la fe y acompaña en el crecimiento de la libertad, asumiendo la misión del Divino Maestro para que todos «tengan vida y la tengan en abundancia» (Jn 10,10). Los estilos educativos que se han sucedido muestran una visión del ser humano como imagen de Dios, llamado a la verdad y al bien, y un pluralismo de métodos al servicio de esta llamada. Los carismas

educativos no son fórmulas rígidas: son respuestas originales a las necesidades de cada época.

2.2. En los primeros siglos, los Padres del desierto enseñaban la sabiduría con parábolas y apotegmas; redescubrieron el camino de lo esencial, de la disciplina de la lengua y de la custodia del corazón; transmitieron una pedagogía de la mirada que reconoce a Dios en todas partes. San Agustín, al injertar la sabiduría bíblica en la tradición grecorromana, comprendió que el maestro auténtico suscita el deseo de la verdad, educa la libertad para leer los signos y escuchar la voz interior. El monacato ha llevado adelante esta tradición en los lugares más inaccesibles, donde durante décadas se han estudiado, comentado y enseñado las obras clásicas, de tal manera que, sin este trabajo silencioso al servicio de la cultura, muchas obras maestras no habrían llegado hasta nuestros días. «Desde el corazón de la Iglesia» surgieron las primeras universidades, que desde sus orígenes se revelaron como «un centro incomparable de creatividad y de irradiación del saber para el bien de la humanidad» [3]. En sus aulas, el pensamiento especulativo encontró en la mediación de las órdenes mendicantes la posibilidad de estructurarse sólidamente y llegar hasta las fronteras de las ciencias. No pocas congregaciones religiosas dieron sus primeros pasos en estos campos del saber, enriqueciendo la educación de manera pedagógicamente innovadora y socialmente visionaria.

2.3. La educación se ha expresado de muchas maneras. En la Ratio Studiorum, la riqueza de la tradición escolar se fusiona con la espiritualidad ignaciana, adaptando un programa de estudios tan articulado como interdisciplinario y abierto a la experimentación. En la Roma del siglo XVII, san José Calasanz abrió escuelas gratuitas para los pobres, intuyendo que la alfabetización y el cálculo son dignidad antes que competencia. En Francia, san Juan Bautista de La Salle, «consciente de la injusticia que suponía la exclusión de los hijos de los obreros y campesinos del sistema educativo» [4], fundó los Hermanos de las Escuelas Cristianas. A

principios del siglo XIX, también en Francia, san Marcelino Champagnat se dedicó «con todo su corazón, en una época en la que el acceso a la educación seguía siendo un privilegio de unos pocos, a la misión de educar y evangelizar a los niños y jóvenes» [5]. Del mismo modo, san Juan Bosco, con su «método preventivo», transformó la disciplina en razonabilidad y proximidad. Mujeres valientes, como Vicenta María López y Vicuña, Francesca Cabrini, Giuseppina Bakhita, María Montessori, Katharine Drexel o Elizabeth Ann Seton, abrieron caminos para las niñas, los migrantes, los últimos. Reitero lo que afirmé con claridad en *Dilexi te*: «La educación de los pobres, para la fe cristiana, no es un favor, sino un deber» [6]. Esta genealogía de concreción atestigua que, en la Iglesia, la pedagogía nunca es teoría desencarnada, sino carne, pasión e historia.

3. Una tradición viva

3.1. La educación cristiana es una obra coral: nadie educa solo. La comunidad educativa es un «nosotros» en el que el docente, el estudiante, la familia, el personal administrativo y de servicio, los pastores y la sociedad civil convergen para generar vida [7]. Este «nosotros» impide que el agua se estanque en el pantano del «siempre se ha hecho así» y la obliga a fluir, a nutrir, a regar. El fundamento sigue siendo el mismo: la persona, imagen de Dios (Génesis 1,26), capaz de verdad y relación. Por eso, la cuestión de la relación entre fe y razón no es un capítulo opcional: «la verdad religiosa no es solo una parte, sino una condición del conocimiento general» [8]. Estas palabras de san John Henry Newman —a quien, en el contexto de este Jubileo del Mundo Educativo, tengo la gran alegría de declarar copatrocinador de la misión educativa de la Iglesia junto con santo Tomás de Aquino— son una invitación a renovar el compromiso con un conocimiento tan intelectualmente responsable y riguroso como profundamente humano. Y también hay que tener cuidado de no caer en el iluminismo de una *fides* que se contrapone exclusivamente a la *ratio*. Es necesario salir de los bajíos recuperando una visión

empática y abierta para comprender cada vez mejor cómo se entiende el ser humano hoy en día, a fin de desarrollar y profundizar su enseñanza. Por eso no hay que separar el deseo y el corazón del conocimiento: significaría romper a la persona. La universidad y la escuela católica son lugares donde las preguntas no se silencian y la duda no se prohíbe, sino que se acompaña. Allí, el corazón dialoga con el corazón, y el método es el de la escucha que reconoce al otro como un bien, no como una amenaza. *Cor ad cor loquitur* fue el lema cardenalicio de san John Henry Newman, tomado de una carta de san Francisco de Sales: «La sinceridad del corazón, y no la abundancia de palabras, toca el corazón de los seres humanos»

3.2. Educar es un acto de esperanza y una pasión que se renueva porque manifiesta la promesa que vemos en el futuro de la humanidad [9]. La especificidad, la profundidad y la amplitud de la acción educativa es esa obra, tan misteriosa como real, de «hacer florecer el ser [...] es cuidar el alma», como se lee en la Apología de Sócrates de Platón (30a-b). Es un «oficio de promesas»: se promete tiempo, confianza, competencia; se promete justicia y misericordia, se promete el valor de la verdad y el bálsamo del consuelo. Educar es una tarea de amor que se transmite de generación en generación, remendando el tejido desgarrado de las relaciones y devolviendo a las palabras el peso de la promesa: «Todo ser humano es capaz de la verdad, sin embargo, el camino es mucho más soportable cuando se avanza con la ayuda de los demás» [10]. La verdad se busca en comunidad.

4. La brújula de *Gravissimum educationis*

4.1. La declaración conciliar *Gravissimum educationis* reafirma el derecho de todos a la educación y señala a la familia como la primera escuela de humanidad. La comunidad eclesial está llamada a apoyar entornos que integren la fe y la cultura, respeten la dignidad de todos y dialoguen con la sociedad. El documento advierte contra cualquier reducción de la educación a

una formación funcional o a un instrumento económico: una persona no es un «perfil de competencias», no se reduce a un algoritmo predecible, sino que es un rostro, una historia, una vocación.

4.2. La formación cristiana abarca a toda la persona: espiritual, intelectual, afectiva, social, corporal. No opone lo manual y lo teórico, la ciencia y el humanismo, la técnica y la conciencia; pide, en cambio, que la profesionalidad esté impregnada de ética, y que la ética no sea una palabra abstracta, sino una práctica cotidiana. La educación no mide su valor solo en función de la eficiencia: lo mide en función de la dignidad, la justicia y la capacidad de servir al bien común. Esta visión antropológica integral debe seguir siendo el eje central de la pedagogía católica. Ella, siguiendo el pensamiento de san John Henry Newman, se opone a un enfoque puramente mercantilista que a menudo obliga hoy en día a medir la educación en términos de funcionalidad y utilidad práctica [11].

4.3. Estos principios no son recuerdos del pasado. Son estrellas fijas. Dicen que la verdad se busca juntos; que la libertad no es capricho, sino respuesta; que la autoridad no es dominio, sino servicio. En el contexto educativo, no se debe «alzarse la bandera de la posesión de la verdad, ni en el análisis de los problemas, ni en su resolución» [12]. En cambio, «es más importante saber acercarse que dar una respuesta apresurada sobre por qué ha sucedido algo o cómo superarlo. El objetivo es aprender a afrontar los problemas, que siempre son diferentes, porque cada generación es nueva, con nuevos retos, nuevos sueños, nuevas preguntas» [13]. La educación católica tiene la tarea de reconstruir la confianza en un mundo marcado por los conflictos y los miedos, recordando que somos hijos y no huérfanos: de esta conciencia nace la fraternidad.

5. La centralidad de la persona

5.1. Poner a la persona en el centro significa educar en la mirada larga de Abraham (Génesis 15,5): hacerles descubrir el sentido de la vida, la dignidad inalienable, la responsabilidad hacia los demás. La educación no es solo transmisión de contenidos, sino aprendizaje de virtudes. Se forman ciudadanos capaces de servir y creyentes capaces de dar testimonio, hombres y mujeres más libres, que ya no están solos. Y la formación no se improvisa. Recuerdo con agrado los años que pasé en la querida Diócesis de Chiclayo, visitando la Universidad Católica San Toribio de Mogrovejo, las oportunidades que tuve de dirigirme a la comunidad académica, diciendo: «No se nace profesionales; cada trayectoria universitaria se construye paso a paso, libro a libro, año tras año, sacrificio tras sacrificio» [14].

5.2. La escuela católica es un ambiente en el que se entrelazan la fe, la cultura y la vida. No es simplemente una institución, sino un ambiente vivo en el que la visión cristiana impregna cada disciplina y cada interacción. Los educadores están llamados a una responsabilidad que va más allá del contrato de trabajo: su testimonio vale tanto como su lección. Por eso, la formación de los maestros —científica, pedagógica, cultural y espiritual— es decisiva. Al compartir la misión educativa común, también es necesario un camino de formación común, «inicial y permanente, capaz de captar los retos educativos del momento presente y de proporcionar los instrumentos más eficaces para afrontarlos [...]. Esto implica en los educadores una disponibilidad para el aprendizaje y el desarrollo de los conocimientos, para la renovación y actualización de las metodologías, pero también para la formación espiritual, religiosa y el compartir» [15]. Y no bastan las actualizaciones técnicas: es necesario custodiar un corazón que escucha, una mirada que anima, una inteligencia que discierne.

5.3. La familia sigue siendo el primer lugar educativo. Las escuelas católicas colaboran con los padres, no los sustituyen, porque «el deber de la educación, sobre todo religiosa, les

corresponde a ustedes antes que a nadie» [16]. La alianza educativa requiere intencionalidad, escucha y corresponsabilidad. Se construye con procesos, instrumentos y verificaciones compartidas. Es un esfuerzo y una bendición: cuando funciona, suscita confianza; cuando falta, todo se vuelve más frágil.

6. Identidad y subsidiariedad

6.1. Ya la *Gravissimum educationis* reconocía la gran importancia del principio de subsidiariedad y el hecho de que las circunstancias varían según los diferentes contextos eclesiales locales. Sin embargo, el Concilio Vaticano II articuló el derecho a la educación y sus principios fundamentales como universalmente válidos. Destacó las responsabilidades que recaen tanto en los propios padres como en el Estado. Consideró un «derecho sagrado» la oferta de una formación que permitiera a los estudiantes «evaluar los valores morales con recta conciencia» [17] y pidió a las autoridades civiles que respetaran ese derecho. Además, advirtió contra la subordinación de la educación al mercado laboral y a la lógica, a menudo férrea e inhumana, de las finanzas.

6.2. La educación cristiana se presenta como una coreografía. Dirigiéndose a los universitarios en la Jornada Mundial de la Juventud de Lisboa, mi difunto predecesor, el papa Francisco, dijo: «Sean protagonistas de una nueva coreografía que ponga en el centro a la persona humana; sean coreógrafos de la danza de la vida» [18]. Formar a la persona «en su totalidad» significa evitar compartimentos estancos. La fe, cuando es verdadera, no es una «materia» añadida, sino el aliento que oxigena todas las demás materias. Así, la educación católica se convierte en levadura en la comunidad humana: genera reciprocidad, supera los reduccionismos, abre a la responsabilidad social. La tarea hoy es atreverse con un humanismo integral que habite las preguntas de nuestro tiempo sin perder la fuente.

7. La contemplación de la Creación

7.1. La antropología cristiana es la base de un estilo educativo que promueve el respeto, el acompañamiento personalizado, el discernimiento y el desarrollo de todas las dimensiones humanas. Entre ellas, no es secundaria una inspiración espiritual, que se realiza y se fortalece también a través de la contemplación de la Creación. Este aspecto no es nuevo en la tradición filosófica y teológica cristiana, donde el estudio de la naturaleza tenía también como propósito demostrar las huellas de Dios (vestigia Dei) en nuestro mundo. En las *Collationes in Hexaemeron*, san Buenaventura de Bagnoregio escribe que «el mundo entero es una sombra, un sendero, una huella». Es el libro escrito desde fuera (Ez 2,9), porque en cada criatura hay un reflejo del modelo divino, pero mezclado con la oscuridad. El mundo es, por tanto, un camino similar a la opacidad mezclada con la luz; en ese sentido, es un camino. Así como un rayo de luz que penetra por una ventana se colorea según los diferentes colores de las diferentes partes del vidrio, el rayo divino se refleja de manera diferente en cada criatura y adquiere propiedades diferentes» [19]. Esto también se aplica a la plasticidad de la enseñanza calibrada en función de los diferentes caracteres que, en cualquier caso, convergen en la belleza de la Creación y en su salvaguarda. Y requiere proyectos educativos «interdisciplinarios y transdisciplinarios ejercidos como sabiduría y creatividad» [20].

7.2. Olvidar nuestra humanidad común ha generado fracturas y violencia; y cuando la tierra sufre, los pobres sufren más. La educación católica no puede callar: debe unir la justicia social y la justicia ambiental, promover la sobriedad y los estilos de vida sostenibles, formar conciencias capaces de elegir no solo lo conveniente, sino lo justo. Cada pequeño gesto —evitar el desperdicio, elegir con responsabilidad, defender el bien común— es alfabetización cultural y moral.

7.3. La responsabilidad ecológica no se agota en datos técnicos. Estos son necesarios, pero no suficientes. Se necesita una

educación que involucre la mente, el corazón y las manos; nuevos hábitos, estilos comunitarios, prácticas virtuosas. La paz no es ausencia de conflicto: es fuerza mansa que rechaza la violencia. Una educación para la paz «desarmada y desarmante» [21] enseña a deponer las armas de la palabra agresiva y de la mirada que juzga, para aprender el lenguaje de la misericordia y de la justicia reconciliada.

8. Una constelación educativa

8.1. Hablo de «constelación» porque el mundo educativo católico es una red viva y plural: escuelas parroquiales y colegios, universidades e institutos superiores, centros de formación profesional, movimientos, plataformas digitales, iniciativas de aprendizaje-servicio y pastorales escolares, universitarias y culturales. Cada «estrella» tiene su propio brillo, pero todas juntas trazan una ruta. Donde en el pasado hubo rivalidad, hoy pedimos a las instituciones que converjan: la unidad es nuestra fuerza más profética.

8.2. Las diferencias metodológicas y estructurales no son lastres, sino recursos. La pluralidad de carismas, si se coordina bien, compone un cuadro coherente y fecundo. En un mundo interconectado, el juego se desarrolla en dos tableros: el local y el global. Se necesitan intercambios de profesores y estudiantes, proyectos comunes entre continentes, reconocimiento mutuo de buenas prácticas, cooperación misionera y académica. El futuro nos obliga a aprender a colaborar más, a crecer juntos.

8.3. Las constelaciones reflejan sus propias luces en un universo infinito. Como en un caleidoscopio, sus colores se entrelazan creando nuevas variaciones cromáticas. Lo mismo ocurre en el ámbito de las instituciones educativas católicas, que están abiertas al encuentro y a la escucha de la sociedad civil, de las autoridades políticas y administrativas, así como de los representantes de los sectores productivos y de las categorías

laborales. Se les invita a colaborar aún más activamente con ellas con el fin de compartir y mejorar los itinerarios educativos, para que la teoría se sustente en la experiencia y la práctica. La historia enseña, además, que nuestras instituciones acogen a estudiantes y familias no creyentes o de otras religiones, pero deseosos de una educación verdaderamente humana. Por esta razón, como ya ocurre en la realidad, se deben seguir promoviendo comunidades educativas participativas, en las que laicos, religiosos, familias y estudiantes compartan la responsabilidad de la misión educativa junto con las instituciones públicas y privadas.

9. Navegando por nuevos espacios

9.1. Hace sesenta años, la *Gravissimum educationis* abrió una etapa de confianza: animó a actualizar métodos y lenguajes. Hoy en día, esta confianza se mide con el entorno digital. Las tecnologías deben servir a la persona, no sustituirla; deben enriquecer el proceso de aprendizaje, no empobrecer las relaciones y las comunidades. Una universidad y una escuela católica sin visión corren el riesgo de caer en un “eficientismo” sin alma, en la estandarización del conocimiento, que se convierte entonces en empobrecimiento espiritual.

9.2. Para habitar estos espacios se necesita creatividad pastoral: reforzar la formación de los docentes también en el ámbito digital; valorizar la didáctica activa; promover el aprendizaje-servicio y la ciudadanía responsable; evitar toda tecnofobia. Nuestra actitud hacia la tecnología nunca puede ser hostil, porque «el progreso tecnológico forma parte del plan de Dios para la creación» [22]. Pero exige discernimiento en el diseño didáctico, la evaluación, las plataformas, la protección de datos y el acceso equitativo. En cualquier caso, ningún algoritmo podrá sustituir lo que hace humana a la educación: la poesía, la ironía, el amor, el arte, la imaginación, la alegría del descubrimiento e incluso la educación en el error como oportunidad de crecimiento.

9.3. El punto clave no es la tecnología, sino el uso que hacemos de ella. La inteligencia artificial y los entornos digitales deben orientarse a la protección de la dignidad, la justicia y el trabajo; deben regirse por criterios de ética pública y participación; deben ir acompañados de una reflexión teológica y filosófica a la altura. Las universidades católicas tienen una tarea decisiva: ofrecer «diaconía de la cultura», menos cátedras y más mesas donde sentarse juntos, sin jerarquías innecesarias, para tocar las heridas de la historia y buscar, en el Espíritu, sabidurías que nacen de la vida de los pueblos.

10. La estrella polar del Pacto Educativo

10.1. Entre las estrellas que orientan el camino se encuentra el Pacto Educativo Global. Con gratitud recojo esta herencia profética que nos ha confiado el Papa Francisco. Es una invitación a formar una alianza y una red para educar en la fraternidad universal. Sus siete caminos siguen siendo nuestra base: poner a la persona en el centro; escuchar a los niños y jóvenes; promover la dignidad y la plena participación de las mujeres; reconocer a la familia como primera educadora; abrirse a la acogida y la inclusión; renovar la economía y la política al servicio del ser humano; cuidar la casa común. Estas «estrellas» han inspirado a escuelas, universidades y comunidades educativas en todo el mundo, generando procesos concretos de humanización.

10.2. Sesenta años después de la Gravissimum educationis y cinco años después del Pacto, la historia nos interpela con nueva urgencia. Los rápidos y profundos cambios exponen a los niños, adolescentes y jóvenes a fragilidades inéditas. No basta con conservar: es necesario relanzar. Pido a todas las realidades educativas que inauguren una etapa que hable al corazón de las nuevas generaciones, recomponiendo el conocimiento y el sentido, la competencia y la responsabilidad, la fe y la vida. El Pacto forma parte de una Constelación Educativa Global más amplia: carismas e instituciones, aunque diferentes, forman un diseño unitario y luminoso que orienta los pasos en la oscuridad del tiempo presente.

10.3. A las siete vías añadido tres prioridades. La primera se refiere a la vida interior: los jóvenes piden profundidad; necesitan espacios de silencio, discernimiento, diálogo con la conciencia y con Dios. La segunda se refiere a lo digital humano: formemos en el uso sabio de las tecnologías y la IA, colocando a la persona antes que el algoritmo y armonizando las inteligencias técnica, emocional, social, espiritual y ecológica. La tercera se refiere a la paz desarmada y desarmante: educamos en lenguajes no violentos, en la reconciliación, en puentes y no en muros; «Bienaventurados los pacificadores» (Mt 5,9) se convierte en método y contenido del aprendizaje.

10.4. Somos conscientes de que la red educativa católica posee una capilaridad única. Se trata de una constelación que llega a todos los continentes, con una presencia particular en las zonas con bajos ingresos: una promesa concreta de movilidad educativa y de justicia social [23]. Esta constelación exige calidad y valentía: calidad en la planificación pedagógica, en la formación de los docentes, en la gobernanza; valentía para garantizar el acceso a los más pobres, para apoyar a las familias frágiles, para promover becas y políticas inclusivas. La gratuidad evangélica no es retórica: es un estilo de relación, un método y un objetivo. Allí donde el acceso a la educación sigue siendo un privilegio, la Iglesia debe abrir puertas e inventar caminos, porque «perder a los pobres» equivale a perder la escuela misma. Esto también se aplica a la universidad: la mirada inclusiva y el cuidado del corazón salvan de la estandarización; el espíritu de servicio reaviva la imaginación y reaviva el amor.

11. Nuevos mapas de esperanza

11.1. En el sexagésimo aniversario de la Gravissimum educationis, la Iglesia celebra una fecunda historia educativa, pero también se enfrenta a la necesidad imperiosa de actualizar sus propuestas a la luz de los signos de los tiempos. Las constelaciones

educativas católicas son una imagen inspiradora de cómo la tradición y el futuro pueden entrelazarse sin contradicciones: una tradición viva que se extiende hacia nuevas formas de presencia y servicio. Las constelaciones no se reducen a concatenaciones neutras y aplanadas de las diferentes experiencias. En lugar de cadenas, nos atrevemos a pensar en las constelaciones, en su entrelazamiento lleno de maravilla y despertares. En ellas reside esa capacidad de navegar entre los desafíos con esperanza, pero también con una revisión valiente, sin perder la fidelidad al Evangelio. Somos conscientes de las dificultades: la hiperdigitalización puede fragmentar la atención; la crisis de las relaciones puede herir la psique; la inseguridad social y las desigualdades pueden apagar el deseo. Sin embargo, precisamente aquí, la educación católica puede ser un faro: no un refugio nostálgico, sino un laboratorio de discernimiento, innovación pedagógica y testimonio profético. Diseñar nuevos mapas de esperanza: esta es la urgencia del mandato.

11.2. Les pido a las comunidades educativas: desarmen las palabras, levanten la mirada, custodien el corazón. Desarmen las palabras, porque la educación no avanza con la polémica, sino con la mansedumbre que escucha. Levanten la mirada. Como Dios le dijo a Abraham: «Mira al cielo y cuenta las estrellas» (Génesis 15,5): sepan preguntarse adónde van y por qué. Custodien el corazón: la relación está antes que la opinión, la persona antes que el programa. No desperdicien el tiempo y las oportunidades: «citando una expresión agustiniana: nuestro presente es una intuición, un tiempo que vivimos y del que debemos aprovechar antes de que se nos escape de las manos» [24]. En conclusión, queridos hermanos y hermanas, hago mía la exhortación del apóstol Pablo: «Deben brillar como estrellas en el mundo, manteniendo en alto la palabra de la vida» (Fil 2,15-16).

11.3. Encomiendo este camino a la Virgen María, Sedes Sapientiae, y a todos los santos educadores. Pido a los pastores, a

los consagrados, a los laicos, a los responsables de las instituciones, a los maestros y a los estudiantes: sean servidores del mundo educativo, coreógrafos de la esperanza, investigadores incansables de la sabiduría, artífices creíbles de expresiones de belleza. Menos etiquetas, más historias; menos contraposiciones estériles, más sinfonía en el Espíritu. Entonces nuestra constelación no solo brillará, sino que orientará: hacia la verdad que libera (cf. Jn 8, 32), hacia la fraternidad que consolida la justicia (cf. Mt 23, 8), hacia la esperanza que no defrauda (cf. Rm 5, 5).

Basílica de San Pedro, 27 de octubre de 2025
Víspera del 60.º aniversario
LEÓN PP. XIV

[1] LEÓN XIV, Exhortación Apostólica *Dilexi te* (4 de octubre de 2025), n. 68.

[2] Cf. JUAN XXIII, Carta encíclica *Mater et Magistra* (15 de mayo de 1961).

[3] JUAN PABLO II, Constitución Apostólica *Ex corde Ecclesiae* (15 de agosto de 1990), n. 1.

[4] LEÓN XIV, Exhortación Apostólica *Dilexi te* (4 de octubre de 2025), n. 69.

[5] LEÓN XIV, Exhortación Apostólica *Dilexi te* (4 de octubre de 2025), n. 70.

[6] LEÓN XIV, Exhortación Apostólica *Dilexi te* (4 de octubre de 2025), n. 72.

[7] CONGREGACIÓN PARA LA EDUCACIÓN CATÓLICA, Instrucción «La identidad de la escuela católica para una cultura del diálogo» (25 de enero de 2022), n. 32.

[8] JOHN HENRY NEWMAN, *La idea de la Universidad* (2005), p. 76.

[9] Cf. CONGREGACIÓN PARA LA EDUCACIÓN CATÓLICA, *Instrumentum laboris* Educar hoy y mañana. Una pasión que se renueva (7 de abril de 2014), Introducción.

[10] S.E. Mons. ROBERT F. PREVOST, O.S.A., Homilía en la Universidad Católica Santo Toribio de Mogrovejo (2018).

[11] Véase JOHN HENRY NEWMAN, *Escritos sobre la Universidad* (2001).

[12] LEÓN XIV, Audiencia a los miembros de la Fundación Centesimus Annus Pro Pontifice (17 de mayo de 2025).

[13] *Ibidem*.

[14] S.E. Mons. ROBERT F. PREVOST, O.S.A., Homilía en la Universidad Católica Santo Toribio de Mogrovejo (2018).

[15] CONGREGACIÓN PARA LA EDUCACIÓN CATÓLICA, Carta circular Educar juntos en la escuela católica (8 de septiembre de 2007), n. 20.

[16] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo contemporáneo, *Gaudium et spes* (29 de junio de 1966), n. 48.

[17] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, Declaración *Gravissimum educationis* (28 de octubre de 1965), n. 1.

[18] PAPA FRANCISCO, Discurso a los jóvenes universitarios con motivo de la Jornada Mundial de la Juventud (3 de agosto de 2023).

[19] SAN BONAVENTURA DE BAGNOREGIO, *Collationes in Hexaemeron*, XII, en *Opera Omnia* (ed. Peltier), Vivès, París, t. IX (1867), pp. 87-88.

[20] PAPA FRANCISCO, Constitución Apostólica *Veritatis gaudium* (8 de diciembre de 2017), n. 4c.

[21] LEÓN XIV, Saludo desde la Logia central de la Basílica de San Pedro tras la elección (8 de mayo de 2025).

[22] DICASTÉRIO PARA LA DOCTRINA DE LA FE Y DICASTÉRIO PARA LA CULTURA Y LA EDUCACIÓN, *Nota Antiqua et nova* (28 de enero de 2025), n. 117.

[23] Cf. Anuario Estadístico de la Iglesia (actualizado al 31 de diciembre de 2022).

[24] S.E. Mons. ROBERT F. PREVOST, O.S.A., Mensaje a la Universidad Católica Santo Toribio de Mogrovejo con motivo del XVIII aniversario de su fundación (2016).

HOMILÍA DEL SANTO PADRE LEÓN XIV EN EL JUBILEO DE LOS JÓVENES

(Tor Vergara, 3 de agosto de 2025)

Queridos jóvenes:

Después de la que vivimos juntos ayer por la tarde, volvemos a encontrarnos hoy para celebrar la Eucaristía, Sacramento del don total de sí que el Señor ha hecho por nosotros. Podemos imaginar que recorreremos, en esta experiencia, el camino realizado la tarde de Pascua por los discípulos de Emaús (cf. Lc 24,13-35). Primero se alejaban de Jerusalén atemorizados y desilusionados; se iban convencidos de que, después de la muerte de Jesús, ya no había nada más que hacer, nada que esperar. Y, en cambio, se encontraron precisamente con Él, lo acogieron como compañero de viaje, lo escucharon mientras les explicaba las Escrituras, y finalmente lo reconocieron al partir el pan. Entonces, sus ojos se abrieron y el gozoso anuncio de la Pascua encontró lugar en sus corazones.

La liturgia de hoy no nos habla directamente de este episodio, pero nos ayuda a reflexionar sobre aquello que allí se narra: el encuentro con el Cristo resucitado que cambia nuestra existencia, que ilumina nuestros afectos, deseos y pensamientos.

La primera lectura, del Libro de Qohélet, nos invita a tomar contacto, como los dos discípulos de los que hemos hablado, con la experiencia de nuestros límites, de la finitud de las cosas que pasan (cf. Qo 1,2;2,21-23); y el Salmo responsorial, que le hace eco, nos

propone la imagen de «la hierba que brota de mañana: por la mañana brota y florece, y por la tarde se seca y se marchita» (Sal 90,5-6). Son dos referencias fuertes, quizá un poco impactantes, pero que no deben asustarnos, como si fueran argumentos “tabú”, que se deben evitar. La fragilidad de la que hablan, en efecto, forma parte de la maravilla que somos. Pensemos en el símbolo de la hierba: ¿no es hermosísimo un prado florecido? Ciertamente, es delicado, hecho con tallos delgados, vulnerables, propensos a secarse, doblarse, quebrarse; pero, al mismo tiempo, son reemplazados rápidamente por otros que florecen después de ellos; y los primeros se vuelven generosamente para estos alimento y abono, al consumirse en el terreno. Así vive el campo, renovándose continuamente, e incluso durante los meses fríos del invierno, cuando todo parece callar, su energía vibra bajo tierra y se prepara para explotar en miles de colores durante la primavera.

También nosotros, queridos amigos, somos así; hemos sido hechos para esto. No para una vida donde todo es firme y seguro, sino para una existencia que se regenera constantemente en el don, en el amor. Y por eso aspiramos continuamente a un “más” que ninguna realidad creada nos puede dar; sentimos una sed tan grande y abrasadora, que ninguna bebida de este mundo puede saciar. No engañemos nuestro corazón ante esta sed, buscando satisfacerla con sucedáneos ineficaces. Más bien, escuchémosla. Hagámonos de ella un taburete para subir y asomarnos, como niños, de puntillas, a la ventana del encuentro con Dios. Nos encontraremos ante Él, que nos espera; más bien, que llama amablemente a la puerta de nuestra alma (cf. Ap 3,20). Y es hermoso, también con veinte años, abrirle de par en par el corazón, permitirle entrar, para después aventurarnos con Él hacia espacios eternos del infinito.

San Agustín, hablando de su intensa búsqueda de Dios, se preguntaba: «¿Qué es, entonces, esa cosa tan esperada [...]? ¿La tierra? No. ¿Algo que se origina en la tierra, como el oro, la plata, el árbol, la mies, el agua? [...] Todas estas cosas causan deleite, son

hermosas, son buenas» (Sermón 313/F, 3). Y concluía: «Busca a quien las hizo: él es tu esperanza» (ibíd.). Pensando, luego, en el camino que había recorrido, rezaba diciendo: «Y he aquí que tú [Señor] estabas dentro de mí y yo fuera, y por fuera te andaba buscando [...]. Llamaste y clamaste, y rompiste mi sordera; brillaste y resplandeciste, y ahuyentaste mi ceguera; exhalaste tu fragancia y respiré, y ya suspiro por ti; gusté de ti, y siento hambre y sed; me tocaste, y me abrasé en tu paz» (Confesiones, 10, 27).

Hermanas y hermanos, son palabras muy hermosas, que nos recuerdan lo que decía el Papa Francisco en Lisboa, durante la Jornada Mundial de la Juventud, a otros jóvenes como ustedes: «Cada uno está llamado a confrontarse con grandes preguntas que no tienen [...] una respuesta simplista o inmediata, sino que invitan a emprender un viaje, a superarse a sí mismos, a ir más allá [...], a un despegue sin el cual no hay vuelo. No nos alarmemos, entonces, si nos encontramos interiormente sedientos, inquietos, incompletos, deseosos de sentido y de futuro [...]. ¡No estamos enfermos, estamos vivos!» (Discurso en el encuentro con los jóvenes universitarios, 3 agosto 2023).

Hay una inquietud importante en nuestro corazón, una necesidad de verdad que no podemos ignorar, que nos lleva a preguntarnos: ¿qué es realmente la felicidad? ¿Cuál es el verdadero sabor de la vida? ¿Qué es lo que nos libera de los pantanos del sinsentido, del aburrimiento y de la mediocridad?

Durante los días pasados ustedes han tenido muchas experiencias hermosas. Se han encontrado entre coetáneos provenientes de diferentes partes del mundo, pertenecientes a culturas distintas. Han intercambiado conocimientos, han compartido expectativas, han dialogado con la ciudad a través del arte, la música, la informática y el deporte. Después, en el Circo Máximo, acercándose al Sacramento de la Penitencia, han recibido el perdón de Dios y le han pedido su ayuda para una vida buena.

De todo esto se puede deducir una respuesta importante: la plenitud de nuestra existencia no depende de lo que acumulamos ni de lo que poseemos, como hemos escuchado en el Evangelio (cf. Lc 12,13-21); más bien, está unida a aquello que sabemos acoger y compartir con alegría (cf. Mt 10,8-10; Jn 6,1-13). Comprar, acumular, consumir no es suficiente. Necesitamos alzar los ojos, mirar a lo alto, a las «cosas celestiales» (Col 3,2), para darnos cuenta de que todo tiene sentido, entre las realidades del mundo, sólo en la medida en que sirve para unirnos a Dios y a los hermanos en la caridad, haciendo crecer en nosotros “sentimientos de profunda compasión, de benevolencia, de humildad, de dulzura, de paciencia” (cf. Col 3,12), de perdón (cf. ibíd., v. 13) y de paz (cf. Jn 14,27), como los de Cristo (cf. Flp 2,5). Y en este horizonte comprenderemos cada vez mejor lo que significa que «la esperanza no quedará defraudada, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo, que nos ha sido dado» (Rm 5,5).

Muy queridos jóvenes, nuestra esperanza es Jesús. Es Él, como decía san Juan Pablo II, «el que suscita en vosotros el deseo de hacer de vuestra vida algo grande, [...] para mejoraros a vosotros mismos y a la sociedad, haciéndola más humana y fraterna» (XV Jornada Mundial de la Juventud, Vigilia de oración, 19 agosto 2000). Mantengámonos unidos a Él, permanezcamos en su amistad, siempre, cultivándola con la oración, la adoración, la comunión eucarística, la confesión frecuente, la caridad generosa, como nos han enseñado los beatos Pier Giorgio Frassati y Carlo Acutis, que próximamente serán proclamados santos. Aspiren a cosas grandes, a la santidad, allí donde estén. No se conformen con menos. Entonces verán crecer cada día la luz del Evangelio, en ustedes mismos y a su alrededor.

Los encomiendo a María, la Virgen de la esperanza. Con su ayuda, al regresar a sus países en los próximos días, en cada parte del mundo, sigan caminando con alegría tras las huellas del

Salvador, y contagien a los que encuentren con el entusiasmo y el testimonio de su fe. ¡Buen camino!

HOMILÍA DEL SANTO PADRE LEÓN XIV EN EL JUBILEO DE LOS EQUIPOS SINODALES Y DE LOS ÓRGANOS DE PARTICIPACIÓN

(Basilica de San Pedro, 26 de octubre de 2025)

Hermanos y hermanas:

Al celebrar el Jubileo de los equipos sinodales y de los órganos de participación, se nos invita a contemplar y a redescubrir el misterio de la Iglesia, que no es una simple institución religiosa ni se identifica con las jerarquías o con sus estructuras. La Iglesia, en cambio, como nos lo ha recordado el Concilio Vaticano II, es el signo visible de la unión entre Dios y los hombres, de su proyecto de reunirnos a todos en una única familia de hermanos y hermanas y de hacer de nosotros su pueblo, un pueblo de hijos amados, todos unidos en el único abrazo de su amor.

Mirando el misterio de la comunión eclesial, generada y custodiada por el Espíritu Santo, podemos comprender también el significado de los equipos sinodales y de los órganos de participación. Estas estructuras expresan lo que ocurre en la Iglesia, donde las relaciones no responden a las lógicas del poder sino a las del amor. Las primeras —para recordar una admonición constante del Papa Francisco— son lógicas “mundanas”, mientras que en la comunidad cristiana el primado atañe a la vida espiritual, que nos hace descubrir que todos somos hijos de Dios, hermanos entre nosotros, llamados a servirnos los unos a los otros.

La regla suprema en la Iglesia es el amor. Nadie está llamado a mandar, todos lo son a servir; nadie debe imponer las propias

ideas, todos deben escucharse recíprocamente; sin excluir a nadie, todos estamos llamados a participar; ninguno posee la verdad toda entera, todos la debemos buscar con humildad, y juntos.

Precisamente la palabra “juntos” expresa la llamada a la comunión en la Iglesia. El Papa Francisco nos lo ha recordado también en su último Mensaje de Cuaresma: «La vocación de la Iglesia es caminar juntos, ser sinodales. Los cristianos están llamados a hacer camino juntos, nunca como viajeros solitarios. El Espíritu Santo nos impulsa a salir de nosotros mismos para ir hacia Dios y hacia los hermanos, y nunca a encerrarnos en nosotros mismos. Caminar juntos significa ser artesanos de unidad, partiendo de la dignidad común de hijos de Dios (Mensaje de Cuaresma, 25 de febrero de 2025).

Caminar juntos. Aparentemente es lo que hacen los dos personajes de la parábola que hemos recién escuchado en el Evangelio. El fariseo y el publicano suben los dos al templo a orar, podríamos decir que “suben juntos” o de todas formas se encuentran juntos en el lugar sagrado; y sin embargo, están divididos y entre ellos no hay ninguna comunicación. Ambos recorren el mismo camino, pero su caminar no es un caminar juntos; ambos se encuentran en el templo, pero uno ocupa el primer lugar y el otro, el último; ambos rezan al Padre, pero sin ser hermanos y sin compartir nada.

Esto depende sobre todo de la actitud del fariseo. Su oración, aparentemente dirigida a Dios, es solamente un espejo en el que él se mira, se justifica y se elogia a sí mismo. Él «subió a orar, pero no quiso rogar a Dios, sino alabarse a sí mismo» (S. Agustín, Sermón 115,2), sintiéndose mejor que el otro, juzgándolo con desprecio y mirándolo con desdén. Está obsesionado con su ego y, de ese modo, termina por girar en torno a sí mismo sin tener una relación ni con Dios ni con los demás.

Hermanos y hermanas, esto puede suceder también en la comunidad cristiana. Sucede cuando el yo prevalece sobre el nosotros, generando personalismos que impiden relaciones auténticas y fraternas; cuando la pretensión de ser mejor que los demás, como hace el fariseo con el publicano, crea división y transforma la comunidad en un lugar crítico y excluyente; cuando se aprovecha del propio cargo para ejercitar el poder y ocupar espacios.

Es al publicano, en cambio, al que debemos mirar. Con su misma humildad, también en la Iglesia nos debemos reconocer todos necesitados de Dios y necesitados los unos de los otros, ejercitándonos en el amor mutuo, en la escucha recíproca, en la alegría de caminar juntos, sabiendo que «Cristo está con los que son humildes de corazón y no con los que se exaltan a sí mismos por encima de la grey» (S. Clemente de Roma, Carta a los corintios, c. XVI).

Los equipos sinodales y los organismos de participación son imagen de esa Iglesia que vive en la comunión. Y hoy quisiera invitarlos a que, en la escucha del Espíritu, en el diálogo, en la fraternidad y en la parresia, nos ayuden a comprender que, en la Iglesia, antes de cualquier diferencia, estamos llamados a caminar juntos en busca de Dios, para revestirnos de los sentimientos de Cristo; ayúdenos a ensanchar el espacio eclesial para que este sea colegial y acogedor.

Esto nos ayudará a afrontar con confianza y con espíritu renovado las tensiones que atraviesan la vida de la Iglesia —entre unidad y diversidad, tradición y novedad, autoridad y participación—, dejando que el Espíritu las transforme, para que no se conviertan en contraposiciones ideológicas y polarizaciones dañinas. No se trata de resolverlas reduciendo unas a otras, sino dejar que sean fecundadas por el Espíritu, para que se armonicen y orienten hacia un discernimiento común. Como equipos sinodales y

miembros de organismos de participación saben ciertamente que el discernimiento eclesial requiere «libertad interior, humildad, oración, confianza mutua, apertura a las novedades y abandono a la voluntad de Dios. No es nunca la afirmación de un punto de vista personal o de grupo, ni se resuelve en la simple suma de opiniones individuales» (Documento final, 26 octubre 2024, n. 82). Ser Iglesia sinodal significa reconocer que la verdad no se posee, sino que se busca juntos, dejándonos guiar por un corazón inquieto y enamorado del Amor.

Queridos hermanos y hermanas, debemos soñar y construir una Iglesia humilde. Una Iglesia que no se mantiene erguida como el fariseo, triunfante y llena de sí misma, sino que se abaja para lavar los pies de la humanidad; una Iglesia que no juzga como hace el fariseo con el publicano, sino que se convierte en un lugar acogedor para todos y para cada uno; una Iglesia que no se cierra en sí misma, sino que permanece a la escucha de Dios para poder, al mismo tiempo, escuchar a todos. Comprometámonos a construir una Iglesia totalmente sinodal, totalmente ministerial, totalmente atraída por Cristo y por lo tanto dedicada al servicio del mundo.

Sobre ustedes, sobre todos nosotros, sobre la Iglesia extendida por el mundo, invoco la intercesión de la Virgen María con las palabras del siervo de Dios don Tonino Bello: «Santa María, mujer afable, alimenta en nuestras Iglesias el anhelo de comunión. [...] Ayúdala a superar las divisiones internas. Interviene cuando el demonio de la discordia serpentea en su seno. Apaga los focos de las facciones. Reconcilia las disputas mutuas. Atenúa sus rivalidades. Detenlas cuando decidan actuar por su cuenta, descuidando la convergencia en proyectos comunes» (Maria, Donna dei nostri giorni, Cinisello Balsamo 1993, 99).

Que el Señor nos conceda la gracia de permanecer enraizados en el amor de Dios para vivir en comunión entre nosotros. De ser, como Iglesia, testigos de unidad y de amor.

HOMILÍA DEL SANTO PADRE LEÓN XIV EN LA SOLEMNIDAD DE LA NATIVIDAD DEL SEÑOR

(Basilica de San Pedro, 25 de diciembre de 2025)

Queridos hermanos y hermanas:

«Prorrumpen en gritos de alegría» (Is 52,9), clama el mensajero de paz a quienes encuentra entre las ruinas de una ciudad que debe ser totalmente reconstruida. Sus pies, aun llenos de polvo y heridos, son hermosos —escribe el profeta (cf. Is 52,7)— porque, a través de caminos largos y difíciles, han llevado un anuncio gozoso, en el que ahora todo renace. ¡Es un nuevo día! También nosotros participamos en este momento decisivo, en el que pareciera que aún nadie cree: la paz existe y está ya en medio de nosotros.

«Les dejo la paz, les doy mi paz, pero no como la da el mundo» (Jn 14,27); así habló Jesús a sus discípulos —a los que poco tiempo antes había lavado los pies—, mensajeros de paz que desde ese momento deberían correr por el mundo, sin cansarse, para revelar a todos el «poder de llegar a ser hijos de Dios» (Jn 1,12). Hoy, por tanto, no sólo nos sorprende la paz que ya hay aquí, sino que celebramos cómo nos ha sido dado este don. En el cómo, en efecto, brilla la diferencia divina que nos hace prorrumpir en cantos de alegría. Así, en todo el mundo, la Navidad es una fiesta de música y de cantos por excelencia.

También el prólogo del cuarto Evangelio es un himno y tiene por protagonista al Verbo de Dios. El “verbo” es una palabra que indica acción. Esta es una característica de la Palabra de Dios: nunca queda sin efecto. Si nos fijamos bien, también muchas de nuestras palabras producen efectos, a veces no deseados. Sí, las palabras actúan. Pero he aquí la sorpresa que la liturgia de la Navidad coloca frente a nosotros: el Verbo de Dios se manifiesta y no sabe hablar, viene a nosotros como un recién nacido que sólo

llora y solloza. «Se hizo carne» (Jn 1,14) y, si bien crecerá y un día aprenderá la lengua de su pueblo, lo que ahora habla es sólo su presencia sencilla y frágil. «Carne» es la desnudez radical de quien en Belén y en el Calvario carece también de palabra; como carecen de palabra tantos hermanos y hermanas despojados de su dignidad y reducidos al silencio. La carne humana requiere cuidado, solicita acogida y reconocimiento, busca manos capaces de ternura y mentes dispuestas a la atención, desea palabras buenas.

«Vino a los suyos, y los suyos no la recibieron. Pero a todos los que la recibieron [...] les dio el poder de llegar a ser hijos de Dios» (Jn 1,11-12). Este es el modo paradójico en el que la paz está ya entre nosotros: el don de Dios es fascinante, busca acogida y mueve a la entrega. Nos sorprende porque nos expone al rechazo, nos atrae porque nos arrebatada de la indiferencia. Llegar a ser hijos de Dios es un verdadero poder; un poder que queda enterrado mientras permanecemos indiferentes al llanto de los niños y a la fragilidad de los ancianos, al silencio impotente de las víctimas y a la melancolía resignada del que hace el mal que no quiere.

Como escribió el amado Papa Francisco, para llamarnos a la alegría del Evangelio: «A veces sentimos la tentación de ser cristianos manteniendo una prudente distancia de las llagas del Señor. Pero Jesús quiere que toquemos la miseria humana, que toquemos la carne sufriente de los demás. Espera que renunciemos a buscar esos cobertizos personales o comunitarios que nos permiten mantenernos a distancia del nudo de la tormenta humana, para que aceptemos de verdad entrar en contacto con la existencia concreta de los otros y conozcamos la fuerza de la ternura» (Exhort. ap. Evangelii gaudium, 270).

Queridos hermanos y hermanas, puesto que el Verbo se hizo carne, ahora la carne habla, grita el deseo divino de encontrarnos. El Verbo ha establecido su tienda frágil entre nosotros. ¿Y cómo no pensar en las tiendas de Gaza, expuestas desde hace semanas a las

lluvias, al viento y al frío, y a las de tantos otros desplazados y refugiados en cada continente, o en los refugios improvisados de miles de personas sin hogar en nuestras ciudades? Frágil es la carne de las poblaciones indefensas, probadas por tantas guerras en curso o terminadas dejando escombros y heridas abiertas. Frágiles son las mentes y las vidas de los jóvenes obligados a tomar las armas que, estando en el frente, advierten la insensatez de lo que se les pide y la mentira que impregna los rimbombantes discursos de quien los manda a morir.

Cuando la fragilidad de los demás nos atraviesa el corazón, cuando el dolor ajeno hace añicos nuestras sólidas certezas, entonces ya comienza la paz. La paz de Dios nace de un sollozo acogido, de un llanto escuchado; nace entre ruinas que claman una nueva solidaridad, nace de sueños y visiones que, como profecías, invierten el curso de la historia. Sí, todo esto existe, porque Jesús es el Logos, el sentido a partir del cual todo ha sido formado. «Todas las cosas fueron hechas por medio de la Palabra y sin ella no se hizo nada de lo que existe» (Jn 1,3). Este misterio nos interpela desde los pesebres que hemos construido, nos abre los ojos a un mundo donde la Palabra todavía resuena, «en muchas ocasiones y de diversas maneras» (cf. Hb 1,1), y nos sigue llamando a la conversión.

Ciertamente, el Evangelio no esconde la resistencia de las tinieblas a la luz, describe el camino de la Palabra de Dios como un trayecto escabroso, diseminado de obstáculos. Hasta hoy, los auténticos mensajeros de paz siguen al Verbo por este camino, que finalmente alcanza los corazones; corazones inquietos, que a menudo desean precisamente aquello a lo que se resisten. De ese modo, la Navidad vuelve a motivar a una Iglesia misionera, impulsándola sobre vías que la Palabra de Dios le ha trazado. No estamos al servicio de una palabra prepotente —estas ya resuenan por todas partes— sino de una presencia que suscita el bien, que conoce su eficacia, que no se atribuye el monopolio.

Este es el camino de la misión: un camino hacia el otro. En Dios cada palabra es palabra pronunciada, es una invitación al diálogo, una palabra nunca igual a sí misma. Es la renovación que el Concilio Vaticano II ha promovido y que veremos florecer sólo si caminamos juntos con toda la humanidad, sin separarnos nunca de ella. Mundano es lo contrario: tener por centro a uno mismo. El movimiento de la Encarnación es un dinamismo de diálogo. Habrá paz cuando nuestros monólogos se interrumpan y, fecundados por la escucha, caigamos de rodillas ante la carne desnuda de los demás. La Virgen María es precisamente en esto la Madre de la Iglesia, la Estrella de la evangelización, la Reina de la paz. En ella comprendemos que nada nace del exhibicionismo de la fuerza y todo renace del silencioso poder de la vida acogida.

8 EN LA PAZ DEL SEÑOR

Damos gracias a Dios por la vida de estos presbíteros y su fecundo ministerio:

RVDO D. LUIS DURÁN SÁNCHEZ († 15-07-2025)

El sacerdote Luis Durán Sánchez, natural de El Bodón, falleció en Salamanca el 15 de julio, a los 78 años de edad, tras más de cincuenta años de entrega generosa al servicio del Evangelio.

Luis Durán nació en El Bodón el 27 de mayo de 1947 y fue bautizado en su parroquia natal donde comenzó sus primeros pasos en la fe, acompañado por el testimonio de sus padres, Fructuoso y Adriana, de sus cuatro hermanos y de su comunidad parroquial.

Se formó en el Seminario diocesano de Ciudad Rodrigo donde cultivó su vocación hasta ser ordenado presbítero el 29 de julio de 1973, en su parroquia natal, El Bodón, de manos del obispo Mons. Demetrio Mansilla.

Cursó Pedagogía en la Universidad Pontificia de Salamanca y tras completar sus estudios fue enviado a Alemania, primero a la Misión católica española en Remscheid y, poco después, a la de Osnabrück, donde desarrolló su ministerio durante 26 años. En esos años acompañó y sirvió a comunidades de emigrantes españoles, no solo desde el ámbito pastoral, sino también desde el plano social y cultural. Él mismo recordaba aquella etapa como “su vivencia pastoral más real”. Además de la celebración de la liturgia, la

catequesis y los sacramentos, compartía que “también les atendíamos en sus casas, en el trabajo, o hacíamos de intérpretes y les acompañábamos al médico...”, comentaba hace dos años, al hacer balance de su vida sacerdotal con motivo de sus bodas de oro.

De regreso a España en 2004, comenzó a colaborar en las parroquias de Torresmenudas, Aldearrodrigo y Zamayón, de la Diócesis de Salamanca. En 2007 solicitó la incardinación en esa diócesis y, dos años después, el obispo de Salamanca, Mons. Carlos López, le encomendó la administración parroquial de El Arco y, más tarde, en 2016, de Palacios del Arzobispo y Santiz. Por motivos de salud, en 2023 se centró en Torresmenudas y Aldearrodrigo, donde sirvió hasta su fallecimiento.

D.E.P.

EXCMO. Y RVDMO. D. FRANCISCO GIL HELLÍN
(† 27-11-2025)

El arzobispo emérito de Burgos, Mons. Francisco Gil Hellín, que fue administrador apostólico de nuestra diócesis entre junio de 2018 y enero de 2019, murió en la tarde del 27 de noviembre en Murcia, donde residía en los últimos años, a los 85 años de edad.

Mons. Gil Hellín nació en La Ñora (Murcia) el 2 de julio de 1940. Estudió Filosofía y Teología en el Seminario diocesano de Murcia, se licenció en Teología Dogmática en la Pontificia Universidad Gregoriana y completó estudios de Teología Moral en Roma, doctorándose posteriormente en Teología por la Universidad de Navarra.

A lo largo de su ministerio desarrolló una amplia labor docente y pastoral, y colaboró estrechamente con la Santa Sede,

especialmente en el Pontificio Consejo para la Familia, del que fue subsecretario y, más tarde, secretario. En 2002, el papa Juan Pablo II lo nombró arzobispo de Burgos, misión que desempeñó hasta 2015. Y más tarde, del 15 de junio de 2018 al 16 de enero de 2019, fue administrador apostólico de Ciudad Rodrigo, tarea que le fue confiada por el papa Francisco.

En la Conferencia Episcopal Española, participó en diversas comisiones, entre ellas Apostolado Seglar, Clero y Familia y Vida, y fue miembro de la Comisión Permanente en representación de la Provincia Eclesiástica de Burgos.

D.E.P.

RVDO D. ALFONSO FRANCIA HERNÁNDEZ
(† 28-12-2025)

Alfonso Francia Hernández, natural de Barruecopardo, falleció en Sevilla el 28 de diciembre, a los 88 años de edad y tras 72 años de vida salesiana y 62 de ministerio sacerdotal, entregados con generosidad al servicio de la Iglesia y de los jóvenes.

Don Alfonso nació en Barruecopardo (Salamanca) el 13 de agosto de 1937. Realizó sus primeros estudios en los Salesianos de Antequera y Montilla, donde comenzó a madurar su vocación religiosa y sacerdotal. Ingresó en el noviciado salesiano en San José del Valle, donde el 16 de agosto de 1953 profesó sus primeros votos; y, seis años después emitió su profesión perpetua. Cursó sus estudios de Teología en Posadas y en Lyon, donde fue ordenado sacerdote el 30 de marzo de 1963.

A lo largo de su dilatada trayectoria pastoral desarrolló su misión en numerosas comunidades salesianas de España, Francia y

Perú, destacando especialmente su dedicación a la catequesis, la pastoral juvenil y la comunicación social. Fue autor de numerosos libros y colaboró activamente en iniciativas formativas y pastorales a nivel inspectorial y nacional.

D.E.P.